JUAN ZORRILLA DE SAN MARTIN

OBRAS COMPLETAS

CONFERENCIAS Y DISCURSOS

UNIVERSITY OF ARIZONA
39001008208863

TOMO - II

La edición de las obras completas del Dr. Juan Zorrilla de San Martín.

Banco de la República Oriental del Uruguay.

Mayo 24 de 1929.

Señor Dr. Don Juan Zorrilla de San Martín.

Me complazco en hacer saber a Vd. que el Directorio que presido, en sesión de fecha 20 del corriente, adoptó la siguiente resolución, con la adhesión unánime de todos sus miembros al pensamiento que la inspira, expresado individual y colectivamente en forma altamente elogiosa para su persona:

"El Directorio del Banco de la República, inspirado en el patriótico propósito de que se conmemore en forma perdurable el cincuentenario de **La Leyenda Patria**, que acaba de celebrarse; considerando que el altísimo cantor de las glorias nacionales ejerce la funciones de Delegado del Gobierno en el Banco desde hace 24 años; creyendo, además, que difundir ampliamente entre el pueblo las obras del esclarecido ciudadano es contribuir a robustecer el concepto de Patria y a avivar la conciencia nacional, y que con ello se realiza, a la vez, obra de eficaz cultura; teniendo en cuenta el conocido precedente de que el Banco de España editó las obras completas de Ricardo León como homenaje a este eminente hombre de letras, antiguo funcionario de aquella institución de crédito, resuelve: Publicar, en edición especial y popular, las obras completas del Dr. Zorrilla de San Martín, encomendando este trabajo al propio autor, a quien se hará entrega de la edición, separando de ella quinientos ejemplares, los cuales serán directamente distribuídos por el Banco entre las instituciones de enseñanza y cultura del país".

Al trasmitirle esta resolución con que el Directorio del Banco de la República adhiere a los homenajes de que ha sido Vd. objeto con motivo del cincuentenario recientemente celebrado, me es grato solicitarle se sirva formular el plan de la publicación y disponer la forma de la misma.

Solamente me resta agregar a los ya expresados, mis sentimientos de adhesión personal, y ofrecerle las seguridades de mi más alta consideración.

Alejandro Gallinal
Presidente.

Julio Carlos Netto
Pro-Secretario.

Conferencias y Discursos

Conferencias y Discursos

868.69
Z89
C7
v.2

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTIN

Conferencias y Discursos

Tomo II

Imprenta Nacional Colorada
Juan Carlos Gomez, 1223
MONTEVIDEO
MCMXXX

LIBRERIA
MAXIMINO GARCIA
Sarandí 477 - Montevideo

UNIVERSITY OF ARIZONA
LIBRARY

A TRABAJAR EN PAZ

Discurso pronunciado en la velada literaria que tuvo lugar en el Club Católico de Montevideo, el 4 de Octubre de 1888.

SUMARIO: Diputado católico. — Su carácter como representante del pueblo y su programa. — La confirmación social de sus poderes. — Ratificación de sus invariables declaraciones. — La frase-programa del Presidente de la República: "A trabajar en paz por los intereses de la Patria". — Puesto y programa de los católicos en la ejecución de ese propósito. — El progreso material y el progreso moral. — No sólo de pan vive el hombre. — La riqueza. — El dinero. — La inmigración y el hombre de la tierra. — Lo que es la virtud del patriotismo. — El gaucho. — La única entidad que se acerca al pueblo para elevar su nivel moral. — La organización católica. — La parte que en ella corresponde a la mujer. —La revolución del Quebracho. — Ineficacia de las revoluciones para el mejoramiento moral del pueblo. — El único recurso eficaz.

Vacilé, señores, mucho tiempo, antes de resolverme a tomar parte en este acto, pues es una fiesta; pero, al fin, por diversas consideraciones, lo estimé un deber ineludible, y vengo sólo a cumplirlo.

Vosotros comprendéis la intención de mis pa-

165985

labras; yo pasaré rápidamente a mi objeto fundamental sin más preámbulo, porque vosotros no necesitáis que yo os pida alguna indulgencia, alguna simpatía, para concedérmelas generosas.

Es la primera vez, señores, que tengo el honor de hacer oir mi voz en el *Club Católico* después de algunos años, y, principalmente, después que los sucesos que la Providencia ordenó en nuestro país en ese lapso de tiempo, me llevaron al seno de la representación nacional. Formada mi modestísima personalidad política en gran parte aquí, en el seno de este *Club Católico,* campo casi exclusivo de mi actividad intelectual, yo estaba de tiempo atrás en el deber, según las exigencias razonables de la vida democrática, de hacer en este centro algunas declaraciones. Voy a aprovechar este acto para darles forma, adaptándolas, en lo posible, a la índole de esta fiesta.

Antes de que el hecho a que me he referido se produjera, pero cuando ya se hacía posible, si no probable, yo procuré, en declaración que vió la luz pública, definir mi carácter y mis propósitos de ciudadano, a fin de que, en caso de que los sucesos pusieran sobre mis hombros, harto débiles por cierto, la augusta investidura de representante del pueblo, nunca pudiera verse en mí otra cosa, nunca pudiera designárseme

con otro nombre, que con el para mí tan preciado y tan querido de diputado católico.

Tener ese carácter, con prescindencia de todo otro partido político, había sido siempre el programa de mi pasado; ese es el anhelo de mi presente, y esa la protesta que hoy vuelvo a deponer en vuestras manos, para que rija mis actos en lo porvenir. Soy sólo de mi causa católica; en ella veo concentradas todas las aspiraciones sanas de las demás actuales agrupaciones políticas de mi país, que considero indiferentes. La causa católica es la causa verdaderamente institucional en esta tierra; la sola que acepta la constitución de la república íntegra, sin mutilaciones, sin reservas mentales, con el propósito de cumplirla en todas sus partes, como el cumplimiento del propio programa.

Con esa bandera luché desde muy joven; con ella en las manos, fuí herido, acaso de muerte, en el corazón, y alzándola en alto quiero terminar los días, cortos o largos que Dios me acuerde sobre la tierra. Bien poco es una vida para tal causa, señores; bien poco es una vida, para dejar de dársela toda.

En este vivir siempre instable de nuestras turbulentas democracias, señores, en que el ciudadano pasa, con vertiginosa rapidez, de la la-

bor tranquila al ostracismo, de la prensa o la tribuna a la conspiración o al campo de batalla; en que los hechos se presentan y se suceden como las imágenes de un caleidoscopio, y los desenlaces jamás pueden preverse; en esta nuestra vida, en que la Providencia parece empeñada en burlar todos los cálculos y las previsiones todas de los hombres, dejándoles en cambio lecciones que meditar, el ciudadano que, empujado por los acontecimientos, se encuentra, como yo, sin buscarlo ni siquiera desearlo, sentado en el recinto de las leyes, y se ve llamado representante del pueblo, siente una ansia viva de poner en claro sus títulos y su ejecutoria, pues ni siquiera ha tenido el reposo necesario para verse a sí mismo.

Yo, señores, aun aceptando, como ha aceptado el país, las evoluciones pacíficas impuestas por providenciales desastres, más de una vez, os lo confieso ingenuamente, he creído ver desteñida, mi investidura, al invocarla en el recinto de las leyes. Sin méritos especiales que me hicieran descollar entre mis conciudadanos; sin talentos ni virtudes relevantes, únicos títulos que, según nuestra constitución, pueden establecer preeminencias entre los hombres, yo he sentido acaso algún momento de desaliento, en medio a la satisfacción moral que me proporcionaba la esperanza de ser útil a mi país y a mi causa en la tribuna parlamentaria.

Sí, yo he sentido, señores, esos desalientos. Pero cuando he recordado que tantas veces aquí, en este mismo sitio, mi mente se ha identificado con vuestra mente; que mi corazón ha latido al unísono con el vuestro; que mis entusismos han sido los vuestros, y vuestras también mis amarguras en los momentos de prueba; cuando he pensado en que, según la idílica frase del Evangelio, puesta en labios de la hermosa mohabita, mi Dios es vuestro Dios, mis altares son los vuestros, y comunes entre vosotros y yo los conceptos de patria, de verdad, de justicia, de felicidad individual y social; cuando he pensado y pienso por fin, en que vosotros, señores miembros del *Club Católico,* y vosotras también, señoras, sois los intérpretes más genuinos del pensar y del sentir de este país cristiano, me he sentido firme por vosotros, grande en vosotros, y me he dicho a mí mismo que, puesto que puedo ser el eco de vuestras almas, bien puedo ser llamado representante del pueblo, a pesar de mis escasos merecimientos personales.

Una vez más me aplaudís, señores. Yo os lo agradezco; sí, os lo agradezco. Esos vuestros aplausos, quiero creerlo, ratifican la investidura que los sucesos han puesto sobre mis hombros; nunca los he escuchado con más satisfacción,

nunca con mayor alegría. Os confieso que los necesitaba.

Yo pido a Dios me dé la fuerza necesaria para hacerme digno de ellos; y, confiando en El, yo os prometo que aquellas protestas de fe y de amor a la causa de Cristo que vosotros oísteis de mis labios en este sitio, cuando la felicidad me sonreía, no serán vanas, y, antes por el contrario, se habrán retemplado y vigorizado en el infortunio y la amargura; yo os prometo trasladar fielmente a la tribuna parlamentaria, si no con brillo, con entereza y energía, todas las ideas y sentimientos, todos los anhelos, los amores, las protestas, que tantas veces brotaron de mis labios en esta tribuna que me parece animada de mis mejores recuerdos, recuerdos armoniosos, cuyos acordes lejanos parecen perderse en una larga queja impregnada de melancolía.

Esta era la declaración que os debía, señores; y, una vez hecha, debo dar por terminado mi discurso. Yo estoy mal en este sitio; no me pertenece; corresponde hoy sólo a la juventud y a la belleza que reclaman alegría. Sólo es propio arrojaros flores desde aquí; y las flores ya no brotan en mi huerto; que si brotasen, casi estoy por creer con el poeta que sólo al tocarlas yo se marchitaran...

Pero a todo he venido dispuesto y preparado al hacer oir mi palabra en este acto, y, sobre todo, a poner en práctica el principio aquel de los maestros, según el cual, el orador debe dejar a su auditorio, antes que el auditorio interrumpa su comunicación con el orador.

Siento que aun hay contacto entre nuestros espíritus; que no me abandonáis todavía; me dispensáis atención benévola y generosa, y proseguiré, mientras esta me dure, aunque tenga que pasar del diapasón de los afectos, al menos musical del raciocinio, y sin que por eso afirme que el raciocinio no tenga también sus resonantes armonías.

Estamos en nuestro país, señores, en un período de fundadas esperanzas, al que todos debemos colaborar. Quien no espera vencer, está vencido.

Comenzó con una frase de nuestro presidente de la república, que, como síntesis de un programa de gobierno, ha hecho camino: *"Vamos a trabajar en paz por los intereses de la Patria"*.

Sea: vamos a trabajar en paz, cada uno en su puesto, por esos intereses: por la vida y la prosperidad de la patria; por su presente y por su porvenir; por su engrandecimiento, por su honor y por su gloria.

Pero en esa labor patriótica, señores, nos-

otros, el *Club Católico,* los que aspiramos al título de sus representantes, tenemos nuestro puesto perfectamente caracterizado; tenemos una misión que nos define y diferencia, constituyendo nuestra razón de ser; tenemos pues, un programa; somos, por consiguiente, y debemos ser algo en la vida cívica de la nación.

Que el progreso se difunda vigoroso en este hermoso y querido pedazo de tierra que es nuestro, y al que la Providencia depara tan grandes destinos; que se pueblen nuestras musicales colinas casi solitarias; que silbe por todas partes la locomotora triunfante, cruzando al través de campos poblados de ganados de noble raza y generosa, o cubiertos de espigas, de mazorcas, y de pámpanos; que barcos de todas las banderas amigas sean, en nuestros puertos cómodos y hospitalarios, el símbolo y la realidad del intercambio comercial que pone en contacto al productor con el consumidor, centuplicando el acervo de la riqueza nacional; que las flámulas de humo de las chimeneas proclamen el nacimiento y el desarrollo de la industria uruguaya; que los cantos de los labradores felices saluden las auroras por todas partes también, con sus cantos de amanecer. Ese anhelo nos es común con todos nuestros conciudadanos.

Pero nosotros creemos, y ese es el programa

que nos caracteriza y distingue, que si labor empeñosa exigen los intereses materiales, empeño más valiente aún reclaman los intereses morales; porque nosotros creemos que, si el ideal del bruto en la tierra consiste en satisfacer del mejor modo posible todos los apetitos de su ser puramente sensitivo, en algo debe diferenciarse de él el ser inteligente y libre, a despecho y pesar de las doctrinas decadentes que hacen del hombre un simple eslabón en la cadena de los brutos, o del bruto un simple tramo en la escala de los hombres; porque nosotros sostenemos que el trabajo es bueno indudablemente, pero no lo es en absoluto, sino en relación a su fin, desde que también el crimen puede imponer trabajo al hombre, como se lo impone la avaricia, el egoísmo, la acumulación de riquezas destinadas al mal o a la simple satisfacción de los apetitos; porque nosotros creemos, por fin, con el Divino Maestro, que no sólo de pan vive el hombre, ni sólo de puentes y ferocarriles pueden vivir las naciones cristianas, y muy especialmente nuestra patria.

Las palabras de Jesucristo, señores, *"no sólo de pan vive el hombre"*, demuestran bien a las claras que lo que nuestros principios condenan no es que se busque y se desee el pan, es decir, el bienestar general y el progreso económico,

sino que se busque y se desee *sólo* el pan; que se haga del bienestar material, de la satisfacción de los deseos puramente sensitivos y terrenales, el *único* objetivo de la actividad humana, y la fórmula de la perfección social y política; que hagamos de los dones de Dios una ocasión próxima de olvido de su nombre, en vez de hacer de ellos, como lo hacen los cielos al encender sus soles y sus auroras, una ocasión de reconocerlo, de bendecirlo, de servirlo, de glorificarlo.

No hemos, pues, desechado nosotros jamás el progreso material. Bien al contrario, juzgamos que los bienes materiales son también un don de Dios, y son a menudo el fruto bendito del trabajo encaminado a un fin honesto: la manifestación de la justicia. Proudhon tuvo una vez razón, en cierto sentido, cuando dijo que "lo útil es el aspecto práctico de lo justo."

Los pontífices de la Iglesia han estimulado siempre el verdadero progreso, aún material; y Pío IX condenaba en el Syllabus, según él mismo lo enseñaba, no el progreso ni la civilización, que son hijos del cristianismo, sino el progreso y la civilización *modernos,* es decir, la tendencia según la cual los hombres y las naciones más ricas, las que tienen más trabajo material acumulado o en acción, las que más profusamente satisfacen los apetitos humanos y más gozan

materialmente, son, por ese solo hecho, más civilizadas, y desempeñan mejor su misión sobre la tierra.

Bien es cierto que la Iglesia enseña, y nosotros creemos, que es heroico el abandono de las riquezas; pero los actos heroicos no son obligatorios ni generales, y, por otra parte, bien se puede trabajar con tesón y energía por aumentar la riqueza individual, base armónica de la social, sin apegar a ella el corazón: ser pobre de los que Cristo proclamó bienaventurados, en medio de las riquezas, y hasta hacer de éstas un instrumento de la gloria de Dios y del adelantamiento moral del hombre y de la sociedad.

Esa es la única riqueza verdaderamente respetable y digna de ser estimulada; no la riqueza en sí misma, cualesquiera que sean su origen y su empleo. Esa es la riqueza por cuyo acrecentamiento en la sociedad debemos trabajar los católicos: la virtud de la riqueza, la virtud en la riqueza.

Y hoy más que nunca, señores, es necesario poner en guardia a hombres y a pueblos contra el predominio absoluto de los bienes materiales o del dinero que es su símbolo o su equivalente para los cambios. Verdad es, ha dicho un gran pensador, que el dinero puede hacer mucho; pero

no puede hacerlo todo. Es de necesidad que conozcamos los límites de su dominio, y que no consintamos en manera alguna que los traspase, dado que lo pretendiera.

Para ello, señores, es necesario prestigiar la virtud, hacer que ella se cotice también en la sociedad en que vivimos, que se cotice al menos tanto como el dinero, como los bienes materiales; negar a éstos, no sólo una adoración incondicional y con prescindencia de su origen, sino también un respeto y una consideración de preferencia, aunque su origen sea puro.

La adquisición de bienes materiales por los individuos o las sociedades puede ser, y es realmente, como lo he afirmado, un elemento de progreso moral; pero después de cierto límite, y, sobre todo, no siendo presidida por el principio cristiano que nosotros proclamamos, puede ser un elemento de decadencia individual y social. Es preciso evitar que lo sea; es preciso ser muy altivo ante esa plebeya majestad, por más fornida que sea, si pretende erigirse en tirano.

Cuando un hombre de fortuna, dice Renán, trabaja por enriquecerse más, realiza una obra que, cuando menos, es profana, desde que ese hombre no puede proponerse más objeto que el del goce; pero cuando el que trabaja es un miserable, que lo hace para elevarse más arriba de la

necesidad, ese hombre realiza una acción virtuosa, porque establece la base de su redención, y hace todo cuanto debe hacer por el momento.

El extraviado filósofo francés no concibe que un rico trabaje por enriquecerse más, con un propósito que no sea el de gozar. Yo sí lo concibo; yo concibo ricos trabajadores virtuosos; pero cuando el rico no tiene otro propósito que el goce, o el predominio sobre sus semejantes, su riqueza, efectivamente, no le da un título de honor, porque no importa un acto de virtud: rendirle esa honra, es un acto indigno y aun corruptor. Y lo que se dice del hombre, debe decirse de la sociedad. Yo estoy plenamente persuadido, señores, de que la verdadera causa de la decadencia moral de ciertas naciones no ha sido otra que el aumento del bienestar material, más allá de cierto límite; el aumento o la conservación cuando menos de ese bienestar llega a constituir la suprema aspiración del hombre; perder ese bienestar, ese predominio que da el dinero, es el supremo, es el único mal. Todo se sacrifica a esa aspiración concupiscente; el trabajo, tan noble en sí mismo, se transforma entonces en vértigo, que lleva a la sociedad a hundirse hasta el cuello en la materia.

Sí: todo se sacrifica entonces a la posesión del dinero. Hasta el más fecundo de los amores de

la tierra, el que une al hombre y la mujer para constituir la familia, se ofrece en holocausto a esa siniestra y voraz divinidad; los matrimonios por amor desaparecen, para ceder su puesto a los contratos; la unión de los corazones queda sustituída por la unión de las fortunas. Eso, que no existe y que parece felizmente imposible entre nosotros, acontece, sin embargo, en el mundo, y en el mundo cristiano.

Los progresos modernos corren peligro de convertirse en ese vértigo, señores; la virtud, el honor, la consideración, el amor del hombre, se cotizan cada vez menos en el mundo; sólo se cotiza la riqueza. La gratitud llegará a ser palabra sin sentido. En otro tiempo, dice Lerroux, que he leído citado por Fernández Concha, la sociedad tenía al menos la apariencia de una familia... El honor, como el más rico de todos los metales, circulaba como letra de cambio; el más pobre, al rendir honor, tenía por lo mismo derecho a la consideración, porque ese homenaje que él rendía era una riqueza de su alma, que le reconocía aquel a quien él rendía tal honor. Hoy no existe entre los hombres otra riqueza que el oro; y aquel que de él se halla privado, nada tiene que dar a otros; y, por consiguiente, nada podrá recibir. Ya no es, pues, el hombre quien reina sobre el hombre; es el metal quien

reina; es la propiedad quien reina. Luego es la materia quien reina, es el oro, es la plata; es esa porción de tierra, de lodo, de estiércol, lo que ejerce el imperio...

Hay una gran profundidad en esas observaciones, señores. Cuando no se cotizan, o se cotizan en poco, el honor o la amistad, el placer o la satisfacción que ofrece el contacto de los hombres de virtud, de valer moral o de inteligencia, es porque no hay demanda de todo eso, porque no hay quien desee honor, ejemplos de virtud, verdades, deleites intelectuales. El dinero, pues, que se acumule suprimiendo esos deleites superiores, o se guardará como el ídolo del avaro, o se invertirá en deleites de otro género: en deleites inferiores; en sensualidades o en faustos tendentes a ostentar el reinado insolente del poseedor del dinero sobre los que no lo tienen. En ese caso, la falta de demanda disminuirá la producción de esos elementos despreciados en la sociedad: de la virtud, de las producciones de la inteligencia o del corazón o de la sensibilidad delicada, de todo aquello, en fin, que tiende a satisfacer las exigencias de lo que no sea sensualidad y fausto. Desaparecerá, pues, la sociabilidad afectuosa, la cultura ideal, el cambio de buenos ejemplos y buenas inspiraciones. Esa es la razón de la decadencia moral de

muchas sociedades, señores, esa, y no otra es la causa: el reinado del dinero, como medio de obtener el bienestar, aun lícito, o el deleite ilícito, constituídos en supremo objeto de la vida humana, y como único signo de progreso social.

Las católicos, pues, trabajaremos en paz, unidos a todos nuestros conciudadanos, por los intereses de la patria; pero trabajaremos guiados por los grandes ideales de equilibrio entre el progreso moral y el material, que constituyen las sublimes armonías del Evangelio. Y cuando otros piensen en las cosas, nosotros, sin descuidar éstas, pensaremos también en el hombre, que es también valor, el más sublime de los valores; que es el factor más importante en los problemas económicos y políticos, y cuya felicidad, no sólo material, sino también eterna, constituye el objeto final de las sociedades cristianas. Cuando otros piensen sólo en los cuerpos, alguien habrá también, estando nosotros, que piense en las almas y las valorice; cuando otros busquen que se levanten al aire, como símbolo único de prosperidad, las humeantes chimeneas de la fábrica, alguien habrá que, sin apagar el fuego de los hornos, pida que se levante también al cielo la simbólica cruz del campanario sonoro. Trabajar es orar, ha solido decirse. Sí, es verdad en cierto

modo; pero orar es también trabajar, realizar el más noble y fecundo de los trabajos; el que distingue al hombre que conduce un arado, del buey que tira de él.

Y cuando otros deseen, por fin, señores, que vengan hombres a nuestro país despoblado, muchos hombres de otros pueblos, considerados como meros instrumentos de producción, alguien habrá, allí donde nosotros estemos, que considere a esos hombres, no sólo como piezas útiles de carne organizada importada para la máquina social, sino como cristianos, y que, sin rechazar ese elemento inestimable de prosperidad, piense también un poco en el hombre de nuestra tierra, que Dios nos ha confiado expresamente, en ese nuestro pobre gaucho, que no podemos olvidar, porque si, como dicen algunos, no ha aprendido a trabajar mucho, es porque tuvo que pelear mucho; porque si, como dicen otros, no está muy habituado aún a regar su tierra con el sudor de la frente, es porque ha tenido que regarla mucho tiempo con la sangre de las venas.

Sólo así, señores, formando nuestro pueblo propio, corrigiéndole sus vicios y conservándole sus virtudes, sólo así evitaremos los males de que adolece nuestra patria, y que muchos creen poder evitar modificando las leyes o las situaciones políticas. Nó, señores; lo que es preciso

modificar es el hombre, la masa de hombres, el organismo social que de ésta se forma. Yo recuerdo, cuando pienso en esta verdad, ya muy repetida, y que en nuestro país toma un carácter propio, yo recuerdo siempre la frase gráfica de Carlyle que, con la crudeza que le es propia, nos dice: la Inglaterra sigue empeñada todavía en la solución imposible de este desesperado problema: dado un mundo de bribones, educir una honradez de la acción combinada de todos esos caballeros.

Dado un pueblo formado de hombres sin familia cristiana, sin las virtudes domésticas que sólo se conciben en la vida religiosa, sin respeto de los hijos a los padres, sin ejemplos de los padres a los hijos, sin conocimiento de los mandamientos de la ley de Dios, sin virtudes individuales, jamás educiremos del conjunto de esos hombres una libertad política ni un bienestar social.

Inútil será pensar para ello en el predominio del partido político A sobre el partido político B, desde que todos los partidos políticos de nuestro país no son hoy sino pedazos heterogéneos de la misma masa, de la misma substancia social, que no se mejora con la simple agitación; ésta, muy generalmente, sólo saca a la superficie a los menos aptos para el mejoramiento moral del individuo, de la familia, de la sociedad.

Es este un problema, señores, que tiene que entrar de lleno en nuestro programa católico caracterizándolo: el mejoramiento moral y material de nuestro pueblo. Sólo nosotros pensaremos en él: las doctrinas anticristianas condenan a la extinción, entre los hombres como entre los brutos, a los débiles y desamparados, considerados como especies inferiores llamadas a desaparecer. El hombre de la patria tienen que ser uno de esos condenados, en el concepto de los que sólo creen en el resultado material e inmediato del esfuerzo humano. Según esa doctrina, que es una regresión al paganismo, la caridad, y el amor al hombre por amor a Dios, debe ser substituída por la filantropía, que es el amor al hombre por el hombre mismo o por la humanidad, es decir, una simple forma del egoísmo. Nosotros, señores, que proclamamos el amor del hombre por amor de Dios, proclamamos, como base de la virtud cristiana del patriotismo, no la falta de amor, y menos el odio, hacia los hombres de otras regiones, pero sí el amor de predilección hacia el hombre que Dios ha puesto a nuestro lado, hacia aquel que, con nosotros, forma la comunidad de hombres que constituye la patria, y comparte con nosotros el amor a los recuerdos, a las tradiciones, a la tierra, a las glorias que nos son comunes, y forman nuestro patrimonio exclusivo.

Sí, señores: nuestros principios nos imponen la predilección hacia el compatriota que habita nuestros campos.

Yo recuerdo siempre a ese hombre, señores, en su origen, en sus vicisitudes, en sus glorias impersonales e ignoradas; yo proclamo su título histórico a nuestra gratitud, a nuestra predilección, a nuestro sacrificio, e incorporo el de esa deuda nacional a nuestro programa. Hablo de su título *histórico,* señores, es decir, del que puede exhibir una clase de hombres en una sociedad, sin ser el que procede del trabajo individual, o de la utilidad actual apreciable por la simple ley de la oferta y la demanda.

Yo recuerdo aquella época de formación de la patria, en que Artigas, el viejo sembrador, amasaba nuestra nacionalidad con el limo de nuestra tierra, para inocularle el soplo de la libertad, germen de la futura independencia. Allí, como en un crisol sostenido por un forjador hercúleo, hervían las últimas gotas de sangre del charrúa, y se perdían en la generosa sangre española predominante, para formar nuestro tipo popular.

Entónces veo brotar de aquel crisol a nuestro gaucho, libre, altivo, con sus grandes ojos negros llenos de melancolía, con su melena al viento del desierto y su potro a la carrera; tiene el beso de la gloria en la frente, y con ella descubierta

y levantada, atraviesa nuestras lomas en busca del campo de batalla, cantando a media voz, al compás del galope de su caballo, una fiera canción de guerra, o una triste cantinela de amor.

Fué el primer trovador errante de nuestros patrios desiertos; sonaban sus *tristes* al compás de la guitarra en los fogones del vivac, y en ellos exhalaba la patria sus anhelos balbucientes de libertad; y ese hombre luchaba, y moría, y nos legaba una patria sin legarnos siquiera su nombre, y sin pedirnos un pedazo de pan para los hijos desvalidos que habían quedado en su rancho abandonado, o habían nacido en la carreta que seguía al ejército heroico en sus marchas incesantes.

Ese hombre existe aún, señores, y constituye nuestro pueblo. Si nosotros tenemos glorias, suyas son esas glorias; y si él tiene vicios tradicionales, nuestros son esos vicios. Lejos de pensar en arrojarlo después de haberlo exprimido, como se arroja una corteza, estamos en el deber de corregirlo con tesón cristiano, de incorporarlo a todo trance al movimiento del progreso, y de hacerlo el más apto entre todos los habitantes de la república para la vida social.

Los principios religiosos nos imponen vínculos especiales con el compatriota, porque nos los imponen para con la patria.

¡Qué misteriosa sugestión he visto yo siempre, señores, en aquella firme predilección con que Jesucristo miraba a Jerusalén, metrópoli entonses de Judea, patria del Hombre-Dios!

El patriotismo es una virtud esencialmente religiosa; se ama a la patria, porque Dios lo quiere, porque es ley natural, es decir, ley grabada por el Creador en el alma de la criatura inteligente y libre, y que ésta puede leer en su propia naturaleza a la luz de la razón.

Por eso el ansia de *solos* progresos materiales, que es la negación de religión, extingue paulatinamente el patriotismo; de ahí que el olvido de los altos objetivos puramente morales traiga aparejado un enfriamiento inmediato del sentimiento patrio, en cuya formación tienen que entrar, como elemento esencial, el desinterés, la abnegación, el amor; de ahí que la tendencia a hacer del hombre una máquina, que será tanto mejor y más preferible cuanto más produzca, lleve a los pueblos al enervamiento, al olvido de sus tradiciones y de sus glorias, y los conduzca, por fin, a la pérdida de su propia personalidad, es decir, a la muerte.

Ahora bien, señores: salid de nuestra capital; atravesad nuestros campos solitarios, y preguntad al habitante de nuestros ranchos, al hijo de

los que nos dieron la patria, si algún hombre, en cumplimiento del programa de su partido político, se ha acercado a él alguna vez sin más propósito que el de ayudarlo a elevar su nivel moral y social, para hablarle de Dios, de virtudes privadas o domésticas, de principios cristianos, de orden, de civilización.

Ese hombre os contestará que, si algún propagandista político se ha acercado a él, sólo ha sido para inocularle o ratificarle pasiones o tradiciones instintivas, para pedirle su sangre, para estimular sus instintos de guerra en favor de su partido, para empujarlo por fin a la lucha, en que han revivido todos sus malos instintos cada vez que han comenzado a amortiguarse, y para olvidarlo después o sustituirlo en el trabajo por el hombre venido de otras tierras, a pretexto de que es mejor, porque es más dócil, más laborioso, más obediente. Ese hombre de nuestro rancho os contestará, señores, que, si alguna vez ha oído en su vida el nombre de Dios o el de Jesucristo, y escuchado palabras de paz, de mansedumbre, de perdón de las injurias, de amor a la virtud y odio al vicio, de sumisión a las leyes divinas y humanas, esas palabras le han sido dichas, nó por los políticos que se llaman sus amigos, sino por algún Jacinto Vera que ha pasado por aquellos campos, o por algún desco-

nocido misionero que ha cruzado aquellas soledades en busca de almas que salvar, de pobres que evangelizar, de hombres que ennoblecer, de familias que legitimar ante Dios y ante los hombres. Y en esa obra de civilización, señores, lejos de contar el misionero con el apoyo de todos esos políticos que se dicen amigos del pueblo, ¡cuántas veces tiene que luchar con la hostilidad, con el odio, con la injuria de gran parte de ellos!

Sólo, pues, el espíritu católico, como el espíritu de Dios que flotaba sobre las aguas del caos, pasa por sobre las almas de nuestro pueblo, derramando sobre ellas palabras germinadoras. Y sólo ese espíritu, señores, penetra hasta la raíz de las acciones humanas, pues sólo él influye en la conciencia del hombre, la rectifica, la ilumina, la levanta, la constituye en sanción eficaz de nuestros actos. Nosotros somos ese espíritu en la vida cívica de nuestro país: somos la fe cristiana colocada como base de todo progreso; somos el progreso moral antepuesto al simple progreso material; somos la fe en la palabra de Cristo, según la cual el pueblo, lo mismo que el hombre, que busca el reino de Dios y su justicia, obtendrá por añadidura todo lo demás: bienestar material, progreso institucional, paz fecunda; somos pues, esa paz que se busca para trabajar a su sombra por los intereses de la patria.

¿No será bastante, señores, un programa como ese, para exigir de nosotros todas nuestras energías de ciudadanos, sin exclusiones ni regateos?

Estas ligeras consideraciones no son un programa ciertamente, señores; pero acaso pueden ser el esbozo o los fragmentos del que debe regular nuestra acción de ciudadanos católicos, y darnos un carácter.

Ese es nuestro rumbo cuando menos; esos los propósitos que deben abrigar los representantes católicos; esa la razón por la cual yo he reclamado y reclamo y reclamaré ese título, y sólo ese título.

Para realizar tales propósitos, de nada sirven los puestos elevados, si el que los ocupa no cuenta con el apoyo popular y social.

Por eso vosotros, señores miembros del *Club Católico,* debéis trabajar sin cesar porque vuestra organización no languidezca, y por que vuestra influencia se haga sentir a todo trance en todas las manifestaciones de nuestra vida social y también cívica. No esperéis de nuevo, señores, a ser brutalmente agredidos en vuestros derechos, para organizar vuestra defensa; no esperéis a ver de nuevo dictadas leyes de opresión por hombres designados por la tiranía, perseguidas y expulsadas vuestras comunidades religiosas,

amordazada la cátedra sagrada. No esperéis nada de eso para recordar que también vosotros sois ciudadanos, que sois el derecho, y que podéis ser la fuerza, con sólo buscar la unión en el seno de los principios fundamentales que os son comunes, y que deben hablar más alto en vuestras almas católicas que las tradiciones e intereses de otro orden que pudieran dividiros o dispersaros. No confiéis, señores, para la defensa de nuestra causa, en más recursos que en ese: en la unión, en la organización, en la disciplina de los católicos. Ya habéis palpado, señores, el resultado de los otros recursos: sacrificio estéril; confirmación de los actos de la tiranía contra nosotros, por muchos de los que con nosotros decían combatirla.

También tenemos necesidad de vuestro precioso concurso, señoras.

Acaso alguna vez se ha procurado desdeñar el apoyo que vosotras prestáis irresistiblemente a la gran causa religiosa y social en nuestra patria; pero, o mucho me equivoco, o eso ha sido precisamente porque se le cree muy poderoso.

Si la naturaleza de vuestra misión sobre la tierra no os da derechos políticos, tenéis en cambio derechos sociales; si no hacéis las leyes, haceis las costumbres, que las leyes no pueden

menos de respetar; si la constitución no os da la facultad de elegir a los ciudadanos para los cargos públicos, Dios os ha dado la excelsa facultad de formarlos, de inocularles el ser de vuestro ser, y, lo que es más grande y más sutil, el perfume cristiano de vuestras almas.

Es cierto, señoras, que vosotras no vais al campo de batalla; pero... ¡el campo de batalla!

¡Qué triste y precarias son las esperanzas que en él se cifran! ¡Qué distintas de las que se basan en el fiel desempeño de nuestra misión moral sobre la tierra, señoras, en el cumplimiento estricto de nuestro deber, en la firme confianza puesta en los principios conservadores católicos que son claros y precisos!

Un recuerdo me asalta en estos momentos, y me felicito de ello, porque sin él hubiera quedado trunco el pensamiento que preside mis palabras.

Hubo un momento, no muy remoto, en nuestro país, en que todo parecía derrumbarse; en que se dijera que todo tambaleaba: leyes, instituciones, hasta el mismo santuario. Detentadores ilegítimos de la autoridad o del poder público hacían de este, no un elemento de orden y de felicidad común, sino un instrumento, de origen espurio, de común desgracia. Poco hubiera sido la malversión de nuestros bienes materiales, ni la supresión de las formas institucionales, si no

se hubiera atentado contra las conciencias; no hubiera sido tanto el desconocimiento de los derechos políticos de los ciudadanos, si no se hubieran desconocido aún los civiles de los hombres; no hubiera sido tan desesperante el atentado contra los partidos políticos y las personas físicas, si no hubiera existido el peligro de la patria misma, el de la persona colectiva que forma el estado independiente y soberano. No se trataba, pues, de las formas o accidentes, sino de las esencias. Fuimos los católicos, a causa de nuestra altiva actitud frente al poder ilegítimo y arbitrario, el objeto preferido de sus injustos ataques; se dictaron leyes fundamentales contra nosotros, bajo la presión irresistible de un hombre; se expulsaron comunidades de caridad, con fractura de sus domicilios; se pusieron soldados al pie de las cátedras sagradas, para impedir la predicación de la verdad evangélica, y se proyectaban nuevas expulsiones y confiscaciones, que llegaron a ser inminentes, y que hubieran sido irreparables.

Vosotras recordáis perfectamente, señoras, aquellos días de angustia y desesperación de esta sociedad, que clamaba sin esperanza de ser escuchada.

En esos momentos de ira hacia la tiranía, y de casi desaliento, yo, como tantos otros, bus-

qué el ángel de la esperanza para la patria, y creí verlo simbolizado en un arcángel armado que cruzaba ante mis ojos, y mostraba, en el campo de batalla, el sitio indispensable de las reivindicaciones heroicas. Formé entonces plena conciencia moral, y me adherí, con pasión santa y convicción plena, a la última revolución popular, no de un partido, sino del país entero, y cuyos sucesos me arrancaron los girones más preciosos de mi alma.

Bien está este recuerdo, aunque parezca lo contrario, al dirigirme especialmente a vosotras, señoras, que sois encarnación de la ternura, del amor y de la paz.

Es que yo os debía una satisfacción, y os la quiero dar; es que yo había dicho en este mismo sitio, y hoy debo ratificarlo, que el ángel de la esperanza para la patria no era un arcángel armado; yo había afirmado que él estaba en vosotras, que formáis las nuevas generaciones en el patriotismo y la virtud; que él palpitaba en vuestros corazones cristianos, sonreía en vuestro regazo, o dormía en esas cunas que vosotras arrullabáis con vuestros maternos y pensativos cantares.

Pues bien, señoras; desencantado, hoy creo lo que ayer. Hoy espero incomparablemente más de vuestra dulce y constante solicitud por inspirar

a vuestros hijos el odio al mal y a la tiranía, que del esfuerzo popular por derrocarla. Vuestros desvelos son siempre hermosos y benditos de Dios; los esfuerzos populares son ¡y cuán a menudo! disipados por la Providencia, que parece repetirnos, en la práctica, lo que ya estaba escrito en el libro santo: "¡Maldito el hombre que en el hombre confía!"

Sí, señores: vamos, vamos todos juntos, cada cual en su puesto, a trabajar en paz por los intereses de la patria, dispuestos a soportar las inevitables imperfecciones de nuestra sociabilidad incipiente. No nos desalentemos por sus tropiezos y caídas; todos los pueblos han tropezado y han padecido congojas. Sólo han muerto los que se han resuelto a morir.

Ya lo veis, señores; os parecería imposible que aun quedaran energías y entusiasmos en mi espíritu marchito. Es verdad: me siento viejo, aunque sin canas y quizá sin muchos años; pero como el muerto aquel de la leyenda alemana, que creía percibir y distinguir desde su tumba el casco del caballo del emperador que pasaba sobre la tierra, yo siento, señores, cuando la voz de mi causa eterna me llama, que llega el tiempo de arrojar mis ropas de luto, y vestir de nuevo mi antiguo uniforme de soldado. Entonces creo

que es y será inextinguible mi entusiasmo, y eterna mi juventud.

Vamos, pues, señores, vamos a trabajar, con fe en nuestros principios, con esperanza en Dios, con prudencia y fortaleza de alma, vamos a trabajar en paz por los verdaderos intereses de la patria.

Cuando lo hayamos puesto todo de nuestra parte, Dios hará lo demás; pero no antes. No tenemos el derecho de pedir al Cielo que venga a suplir nuestra pereza, nuestra indiferencia o nuestra culpable ineptitud en buscar el reino de Dios y su justicia. Si lo buscamos, estemos plenamente seguros de que todo lo demás nos será dado por añadidura: tendremos libertades públicas, progresos administrativos, prosperidades económicas, felicidad individual.

"Los cielos y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán". Eso fué lo que dijo el Maestro; Aquél cuyas palabras, como estrellas polares habitadas por el Espíritu, rigen y regirán, mientras existan estrellas, y aun más allá, infinitamente más allá, los destinos de los hombres, y de los pueblos, y de los orbes.

A LOS AMIGOS

Discurso pronunciado en el banquete ofrecido al autor por sus amigos, en el salón del Club Católico al regresar de su misión diplomática en España y Francia.—12 de septiembre de 1896.

SUMARIO: Contestando la bienvenida del prelado. — Agradeciendo a los amigos. — Yo creo, Señor; ayuda Tú mi incredulidad. — La obra literaria. — La labor diplomática. — Lo que es la fe. — El ciego de Jericó. — Los servicios a la causa católica. — Retribuyendo el abrazo de la amistad.

Todas mis ideas, todo cuanto se me ocurría decir en este momento embarazoso, para agradecer esta riente manifestación de afecto que me ofrecéis, señores, tiene que ceder el paso al reflejo de la impresión que me han producido las palabras que mi insigne prelado acaba de dejar caer en el fondo de mi corazón. Dejadme, pues, estar sólo con él por un momento.

Nó, excelentísimo señor. Mis correligionarios, la causa católica, vuestra señoría especialmente, no necesitáis de mí en la patria; lo que os hace desear mi permanencia entre mis hermanos, que

yo también desearía, señor, no son mis méritos. Advertid que estáis padeciendo una paternal ilusión; advertid que estáis dando demasiado crédito a vuestro afecto, y que me estáis mirando al través de un lente que produce, en los ojos de vuestra alma generosa, una desviación tanto más sensible, cuanto mayor es la pureza y la diáfana curvatura del cristal; ese lente es vuestro corazón, señor, vuestro corazón todo transparencia. Nó, excelentísimo señor: ninguno de vuestros hijos, y menos yo, es necesario aquí para la causa católica, mientras estéis vos, que lo habéis sido y lo seréis todo para ella después de Dios; que le dais brillo, con el de vuestro nombre ilustre, que le dais luz, con la clarísima de vuestra inteligencia, que le dais la sal de vuestra prudencia, el calor vital de vuestros ejemplos, el nervio de vuestro carácter.

Yo me inclino, sin embargo, a recoger avergonzado, pero con gratitud filial, ese aplauso inmerecido que me tributáis, y lo guardo, como guarda el avaro sus monedas de oro, en el fondo de esta mi cerrada caja de caudales: mi corazón, mi memoria.

También recojo vuestro aplauso, señores, amigos míos; también lo pongo conmovido entre mis joyas. Lo guardaré con doble llave, para sacarlo como consuelo en las horas tristes que vendrán,

y para incluirlo oportunamente en el acervo hereditario que se repartirán mis hijos.

¿Qué os diré, después de eso, sobre los elogios que me habéis tributado? Porque es preciso que yo os diga algo, por más que nada tiene mayor intensidad que el silencio en estos casos. ¿Deberé decir que no soy acreedor a esos elogios? Os confieso que tengo una aversión invencible a las fórmulas banales, a las palabras deshabitadas. Eso lo dicen todos en las circunstancias en que yo me encuentro; y yo debo buscar algo personal que deciros, señores; debo buscar lo más sincero, lo más real que se halle en mí, para corresponder a la sinceridad con que vosotros os equivocáis en favor mío.

¿Recordáis, señores, la frase aquella del Maestro, en el Evangelio de San Marcos, "ayuda mi incredulidad"? Era un padre desgraciado, como lo recordaréis, que había traído ante el Salvador que pasaba, su hijo poseído por un espíritu mudo; el pobre padre le pedía su amparo. Jesús le dijo: Si puedes creer, todas las cosas son posibles para el que cree. Y el padre le contestó llorando: Yo creo, Señor; *ayuda Tú mi incredulidad.*

¡Ayuda Tú mi incredulidad!

Yo creo, señores, en este momento, que no soy verdaderamente acreedor a esta vuestra mani-

festación de extraordinario aplauso; pero ¿cómo evitar en mí mismo algún sentimiento de orgullo en presencia de esta espléndida fiesta, que me ofrecéis con tanta sinceridad, poniendo a prueba el temple de mi humildad de corazón?

Tengo que llamar a la Verdad, señores, tengo que llamarla en ayuda de mi incredulidad.

Y con esa ayuda, puedo deciros con ingenuo corazón que realmente creo en lo que os digo.

Veamos, pues, esa verdad, señores.

Yo os he oído decir que celebráis en mí al poeta los unos, al digno representante de la patria en el extranjero los otros, al hombre de fe, al católico todos.

Festejáis al literato, al poeta. ¿Pero qué es en mí, señores, el literato? Apenas una parte de mí mismo, un accidente de mi vida, una forma mía, una forma amiga que pasó, que se fué con mi juventud primera. Muy poco ha quedado, como substancia, del paso de ese fantasma amable por mi vida, muy poco si se compara con vuestros generosos tributos; ahí están algunos cantos, sinceros es verdad, pero frágiles como esas mariposas blancas de muselina que aparecen en los soles de verano, y desaparecen como diluídas en el mismo sol que las trae.

Y esos mismos cantos, oh amigos, más que vosotros a mí, soy yo quien los debo a vosotros.

Yo bien recuerdo vuestras manifestaciones, vuestros entusiastas aplausos en la época en que tales cantos sonaron en mí; recuerdo cómo la melodiosa repercusión de vuestro aplauso en mi alma, era en mí sugestión, estímulo, anhelo de merecer lo que se me decía; eran nuevos cantos, pero cantos vuestros reflejados en mi espíritu. Os estáis, pues, aplaudiendo a vosotros mismos, desde que es bien notorio que el poeta, si no es un genio extraordinario portador de mensajes inauditos, no es sino el intérprete del medio en que vive. Y es evidente, señores, que yo no soy un genio.

Pero también festejáis al representante de la nación que vuelve del extranjero, y también decís que en eso yo he merecido bien de la patria.

Eso ya es otra cosa, señores, eso ya es otra cosa. Os he prometido la verdad, y este es el momento psicológico de la sincera confidencia.

No podéis imaginaros cuánto os agradezco vuestro bullente tributo, que, como sabéis, otros de mis conciudadanos pensaron en ofrecerme conjuntamente con vosotros.

¡Si supiérais, amigos míos, cuánto ha pesado sobre mi alma esa representación de la patria en el extranjero, desde el momento en que, sin una preparación larga y especial, que no se adquiere expresamente entre nosotros, la acepté

después de mucha vacilación! ¡Si pudiera describiros la impresión que yo experimentaba, sobre todo en los primeros tiempos, al ver enarbolada la bandera de la patria sobre mi casa modesta, convertida en pedazo desprendido de la patria misma, en el mástil del barco que me conducía, o cuando la veía brillar en las escarapelas de mi uniforme diplomático!

Ah, señores, esa bandera tan querida pesaba terriblemente sobre mi alma, se transformaba en un fantasma casi amenazante. ¿Cómo rectificar y dignificar mis actos? ¿Cómo velar suficientemente sobre mí mismo, sobre mi conducta, sobre mis palabras, hasta sobre mis miradas, para que las acciones mías no destiñeran jamás los colores simbólicos de nuestro honor, de nuestro decoro y nuestras glorias?

Esas datas que habéis recordado, señores; esos mis discursos que veo habéis seguido con interés, desde el pronunciado en nombre de América en el monasterio de la Rábida, desde las conferencias dadas en el Ateneo de Madrid, o en el Teatro Real, o en los congresos del centenario, hasta las palabras dichas en lengua que no era la mía al poner mis papeles diplomáticos en manos del presidente de la república francesa, todo eso ha sido, os lo confieso ingenuamente, una serie de ansiedades, de sobresaltos, de verdade-

ros pánicos para mí; porque, al resolverme a ocupar una posición más visible que la estrictamente exigida por mi cargo diplomático, sabía que me colocaba en un puesto de mayor honor, es cierto, pero también de mucho mayor peligro, que acaso debía evitar. Y al alzar entonces la cabeza, y ver la bandera de la patria que me cubría, creía sentir salir de entre sus pliegues la voz severa de un espíritu, que yo reconocía perfectamente, y que me decía: aquí estoy. ¡Cuántas veces hubiera yo pagado a peso de oro, señores, la facultad de desistir de un compromiso, o de excusarme de subir a una tribuna! ¡Cuántas veces habrá pasado por mi imaginación la idea, iba a decir el deseo, de una enfermedad, de un accidente cualquiera, así fuera el más desagrable, que justificara mi inasistencia a un acto solemne en que debía hacerme oir!

Yo no he podido descansar hasta este momento, señores; creédmelo, porque os estoy contando la historia de mi alma. La bandera de la patria es muy frágil, y al mismo tiempo muy pesada, para ser llevada en hombros al través del mundo, por quien la ama, sobre todo, como yo la amo.

Hoy, oh amigos míos, hoy, que al fin recibo vuestro aplauso, y el de todos mis conciudadanos, experimento un gran reposo en el alma; siento,

os lo confieso, un deleite inefable, y una gran necesidad de dar plena fe a lo que vosotros me decís: que no he sido indigno del depósito de fe que me ha confiado la patria; que he llevado con decoro su bandera, y que la traigo, si nó con mayor gloria, tal cual me fué entregada cuando menos: pura, brillante, digna del respeto de los extraños, como lo es del amor de los propios, de nuestro amor, oh amigos míos, de nuestro apasionado amor. Gracias, porque me hacéis creer en eso. Sí: yo quiero creerlo; yo debo creerlo.

Vosotros celebráis en mí también, y en primer término, al correligionario, al católico, al hombre de fe inquebrantable, al compañero de esfuerzos y de luchas.

Pero ¿es realmente un mérito personal, señores, digno del tributo que me ofrecéis, el haber recibido de Dios ese don inapreciable de la fe, que constituye nuestro tesoro, nuestra gloria, nuestra dicha?

Os he citado antes una frase inmensa del Evangelio. Otro recuerdo de la misma índole baja no sé desde dónde en este momento, y se posa en mi memoria: es el del ciego de Jericó. ¿Lo recordáis? Estaba sentado cerca del camino pidiendo limosna; oyó tropel de gente que pasa-

ba, y preguntó que qué era aquello. Cuando le dijeron que era Jesús Nazareno que pasaba, el hombre ciego comenzó a gritar: Jesús, hijo de David, ten misericordia de mí... Y, a pesar de los que querían hacerlo callar, seguía gritando el desgraciado con más fuerza: ¡Hijo de David! ¡Hijo de David!

¿Recordáis entonces a Jesús, señores? ¡Qué hermoso! ¡Qué grande! ¡Qué bueno! ¡Oh, el Hombre Dios! Se detuvo. ¿Qué quieres que te haga? dijo al hombre sin luz. Y éste le respondió: *Señor, que vea.*

— VÉ... Tu fe te ha hecho salvo.

Y el ciego vió, dice el Evangelio, y seguía a Jesús, glorificando a Dios.

¡Qué hondo es todo eso, señores! ¿No sentís, como yo, que esas palabras divinas pasan como un escalofrío al ras de vuestra carne?

¡Qué vea! ¡Qué vea! Eso es la fe, señores, eso es la fe: anhelo humilde y sincero de luz en el hombre; luz de Dios, palabra de Jesús de Nazaret, que abre nuestros ojos.

Líbreme Dios de afirmar, señores, que no hay en el acto de creer un acto de nuestro libre albedrío; sin eso la fe no sería obligatoria, y menos meritoria. Sí, hay en nosotros el grito del ciego, la plegaria, el clamor al Hijo de David; pero

¿qué es, señores, el grito del ciego, al lado de la palabra de Cristo: Ve?

La fe, señores, es, para el alma, lo que el aire para los pulmones: es necesario hacer algún esfuerzo de nuestra parte, es verdad, para respirarlo. ¿Pero qué es ese esfuerzo, si se le compara con la presión que hace el aire mismo para penetrar en nuestros pulmones, y encenderlos de vida?

La razón humana, señores, el acto libre del que anhela ver, es el pequeño movimiento de inspiración hacia el cielo; pero la fe, oh amigos míos, vosotros lo sabéis y lo sentís como yo, la fe es el aliento, es el espíritu, es el Verbo de Dios que penetra en nuestra alma, y hace en ella la luz, le trae mensajes misteriosos, evidencias imprevistas que se abren en ella como estrellas fijas, claridades boreales que se levantan en los horizontes y nos marcan la eterna ruta del Norte.

Y dice el libro sagrado: Tú niegas al orgullo del sabio, lo que revelas a la humildad de los pequeños.

Dejadme, pues, señores, colocarme entre los pequeños; dejadme humillar ante Dios, y ante vosotros, al sentir vuestros aplausos a mi fe, a fin de no exponerme a perder, con un acto de orgullo, esa fe que vosotros festejáis en mí, y

que no es sino un don gratuito de Dios, un reflejo de su gloria, un soplo luminoso de su infinita misericordia sobre el pedazo de barro de mi corazón.

¿Por qué recordáis, señores, servicios míos que decís prestados a la causa de nuestra fe católica, y que juntos hemos realizado? ¿Puede acaso concebirse una fe que, siendo verdadera, sea inactiva, en nuestros tiempos sobre todo?

La indiferencia es la duda; la fe, señores, o deja de ser tal, o es dinamismo, es celo, es entusiasmo, es abnegación. ¿Qué otra cosa que un acto de fe activa de vuestra parte es esta manifestación que ofrecéis a vuestro hermano en la causa de Cristo?

Yo personalmente no la merezco, oh amigos míos.

Porque, o yo he realizado esos esfuerzos que decís en pro de nuestra causa, teniendo por móvil el cumplimiento del deber que me impone el don gratuito de la fe, o los he llevado a efecto buscando los éxitos y los triunfos de la tierra. Si he perseguido esto último, vosotros no podéis tributarme vuestro aplauso; mis acciones no hubieran sido meritorias. Y si fuera cierto que he tenido la suerte de realizarlas buscando sólo la gloria de Dios, ¿por qué me premiáis ¡impru-

dentes! tan ampliamente en la tierra, y no me dejáis un pobre saldo siquiera que hacer valer en el cielo? ¿Lo queréis todo para vosotros, que habéis hecho lo que yo?

Oh, no, amigos míos, no sois imprudentes, ya lo sé. Yo retiro la palabra, aunque bien habéis comprendido todo el íntimo sentido del atrevido reproche. También yo os he comprendido a vosotros: es la ley del corazón, que es caridad entre cristianos, la que aquí impera, ley irresistible; es que vosotros me tenéis afecto *por que sí,* y sentíais la necesidad, que yo también sentía hace mucho tiempo, de fundir una vez más vuestros corazones con el del hermano ausente, en este sitio en que tantas veces hemos sido una sola alma, un solo pensamiento, una sola aspiración.

Yo correspondo a vuestro abrazo de bienvenida, con toda la efusión de mi alma; yo pongo una vez más en vuestras manos la protesta inquebrantable de mi fe, de mi consagración a la causa de Jesucristo en nuestra patria; yo os pido, por fin, que me ayudéis a obtener de Dios la gracia necesaria para que esa fe no vacile en mi alma, y para que este vuestro viejo camarada no se haga jamás indigno de esta manifestación de que lo habéis hecho objeto, y con la que habéis comprometido más y más sus esfuerzos y su vida.

EL ARZOBISPO DE MONTEVIDEO

Discurso pronunciado en el banquete ofrecido al Excelentísimo y Reverendísimo señor Arzobispo de Montevideo, Monseñor Mariano Soler, a su regreso del Concilio Latino-Americano celebrado en Roma.

SUMARIO: Ofrecimiento. — Monseñor Soler, tercer obispo de Montevideo. —Las circunstancias de su elección. — El Arzobispo de Montevideo en el Concilio Latino-Americano. — Concepto de que goza Monseñor Soler en el Vaticano. — Monseñor Soler se debe a su patria. — Las actuales perturbaciones del mundo, y la parte de responsabilidad que corresponde a los católicos en ellas. — La voz de León XIII. — El significado de las manifestaciones populares a Monseñor Soler. — El brindis filial.

Excmo. y Rvmo. Señor:

A mí me corresponde, como presidente de la asamblea de católicos, el ofreceros este banquete de bienvenida. Os lo ofrezco, señor, en nombre de esa asamblea; os lo ofrezco en nombre de todos los que, sentados en esta mesa, creen que comen el pan y beben el vino de la casa paterna, porpue vos los presidís y lo bebéis con ellos; os

lo ofrezco en nombre del pueblo católico: de ese que habéis visto anteayer salir en masa enorme a vuestro encuentro, alfombrar de flores vuestro camino, y llenar las naves de nuestra catedral para recibir vuestra bendición; de ese que ha corrido a dar gracias a Dios porque os había protegido en vuestro viaje, os había iluminado en vuestra misión, y os había devuelto, por fin, al ósculo respetuoso y cariñoso de vuestro pueblo que os ama, que os venera, y que se enorgullece de su insigne prelado metropolitano.

La patria tiene ciertamente motivos para dar gracias a Dios. Fué Él quien la inspiró, sin duda alguna, cuando, con un movimiento vigoroso y unánime, luchó contra vos mismo, señor, para arrancaros del alma un ensueño generoso que quería arrebataros para siempre a la patria, y para mostraros en ella vuestro verdadero campo de acción; en ella, en esta tierra querida que os vió nacer, y a la que pertenecéis porque Dios lo quiere, porque nosotros lo queremos, y porque vos también lo queréis; fué Dios quien la iluminó cuando vió en vos el hombre predestinado a recoger la herencia del doliente obispo mártir, y del primer obispo sembrador del Uruguay; fué Él, sin duda, quien la movió, cuando aclamó en vos por la primera vez, y aclama hoy de nuevo, la continuación de la tradición de inmaculada doc-

trina, de virtud y de celo, que constituye la serie de ilustres prelados que han sido el tesoro de nuestra patria ¡qué digo "han sido!" que *son* el tesoro de nuestra patria, por que las patrias, señores, se forman, no sólo de sus hijos vivos, sino también, y muy especialmente, de sus grandes hijos muertos.

La patria os ha seguido, señor, con avidez, en vuestras últimas importantísimas labores; os ha visto subir a la cátedra del Concilio Latino-Americano para pronunciar el discurso inaugural de esa memorable asamblea de nuestra raza, y ha sentido con gratitud, cómo se reflejaba en su nombre el brillo de vuestro carácter, de vuestras virtudes y de vuestro saber; os ha visto acercar al Vicario de Cristo, que os llamaba para consultar vuestras opiniones, y ha advertido cómo el augusto anciano escuchaba con atención vuestros dictámenes. Os ha visto, por fin, trabajar con energía y eficacia en el sostenimiento y adelantos del Colegio Pío Latino Americano de Roma, por el cual ya recorristeis una vez en peregrinación nuestra América Española; de ese Colegio Latino Americano, vivero fecundo del clero de nuestro continente, corazón que, unido íntimamente al del representante de Cristo, derrama por las arterias de nuestra América la savia de la doctrina, y envía por todos sus ámbitos

ejemplos de ciencia y de virtud, que, como vos, señor, y como esos dos prelados insignes que comparten con vos la paternidad espiritual en este banquete fraternal de vuestros hijos, son honra y prez de aquel colegio romano, y justo título de orgullo para sus patrias respectivas.

Pero la patria os ha seguido de lejos, señor, en vuestras labores en la ciudad eterna. Yo, que tuve la honra de gestionar, como enviado diplomático, la erección de la sede metropolitana de Montevideo; yo, que tuve la fortuna de recibir vuestra primera bendición pastoral, cuando recibisteis vuestra excelsa investidura, yo he podido ver de cerca todo el prestigio de vuestra persona en la ciudad eterna, y todo el respeto que habéis sabido conquistar allí con vuestras virtudes y vuestra inteligencia.

Yo os he visto atravesar la puerta de bronce en que termina la columnata del Bernini, y penetrar al Vaticano como a vuestra casa solariega; yo os he visto devolver, con noble inclinación de cabeza, el saludo de la guardia suiza de casco de bronce cubierto de crin blanca, pasar sereno ante la guardia noble, cruzar la semioscuridad de las antesalas del cardenal secretario de Estado, y he oído, en pos vuestro, lo que vos no escuchabais ya: el acento de veneración con que

se pronunciaba vuestro nombre en aquella casa que es el centro del mundo; el tono de admiración con que allí se decían los unos a los otros al veros pasar: "es el Arzobispo de Montevideo".

¡Oh! ¡El nombre de la patria! ¡El nombre de la patria pronunciado con respeto y admiración allá lejos! Gracias, señor, por los momentos aquellos de satifacción que experimentó mi alma, al sentir reflejarse sobre ese querido nombre la luz solar y el prestigio que de vuestro nombre irradiaban.

Pero yo tuve ocasión de ver algo más fundamental que eso que deleitaba mis sentidos: tuve entonces ocasión de convencerme de que León XIII os tiene *in pectore,* y de que vuestro nombre no se confunde entre los de tantos prelados eminentes que cruzan constantemente por su pensamiento luminoso. El cardenal Rampolla me hablaba de vos como del hombre indiscutible y transparente; y oí entonces decir que el pueblo os llamaba allá en Roma afectuosamente *il cittadino romano,* no sé si porque quiere incorporar a sus glorias la gloria de vuestro nombre, o si porque realmente vuestra figura clásica, reflejo fiel de vuestra alma serena y siempre fija en la esencia de las cosas, recuerda alguno de aquellos cardenales medioevales, en que el pincel de

Rafael quiso inmortalizar el tipo señorial de la nobleza romana.

Pero no, señores; agradezcamos, en buena hora, ese testimonio de veneración y simpatía del pueblo católico de Roma, hacia nuestro insigne metropolitano; pero apresurémonos a decir que es nuestro. Él es y será siempre, con la gracia de Dios, el hijo fiel de la Iglesia Romana; pero es y será siempre, también con la gracia de Dios, el ciudadano ilustre de la nación oriental que lo reclama.

Sed, pues, el bienvenido, señor, al seno de esta vuestra patria que os esperaba y que os necesitaba.

El mundo entero atraviesa una época de caóticas perturbaciones y de pálidos desalientos. Vos venís de palparlo, señor, en la Europa revolucionada, que nos envía sus doctrinas y sus ejemplos. El siglo termina en un crepúsculo de cieno, después de haber comenzado en una aurora de sangre. Los ideales se van confundiendo y obscureciendo; la humanidad pierde el rumbo. Las promesas de la revolución anticristiana eran sangrientas ánforas vacías; se van extinguiendo también las esperanzas que se cifraban en restauraciones monárquicas o en combinaciones puramente políticas, que prescinden por completo,

cuando no hostilizan, el reinado social de Jesucristo.

Se busca la paz, y se enciende cada vez más la guerra; se busca la riqueza, y se aumenta cada vez más la miseria de la inmensa mayoría de los hombres; se busca calmar y satisfacer al pueblo, incitándolo a la conquista de sus derechos, y sólo se consigue excitar sus pasiones, desenfrenarlo, y hacer de él el más terrible de los enemigos que amenazan la paz y la felicidad sociales.

¿Cuáles son las causas de ese deplorable estado del mundo europeo?

Las causas son varias, señores; pero nosotros debemos fijarnos muy especialmente en la parte que han tomado los mismos católicos en ese derrumbe de los grandes ideales en Europa. Los católicos, señores, adolecen quizá de un defecto fundamental: se toman muy a menudo gran trabajo en hacer a sus contrarios el examen de conciencia; pero no siempre se preocupan de hacer debidamente el examen de la propia; se inoculan mutuamente el odio contra los tiranos exteriores de su causa, contra los liberales impíos; pero muy pocas veces se acuerdan de los cómplices de esos tiranos, de los propios defectos católicos, de la falta de obediencia a los prelados, y hasta al Papa mismo, de la adhesión apasionada a la propia opinión, de la indiferencia, de la so-

berbia, de la indisciplina dentro de las propias filas. Ellos han olvidado muchas veces lo esencial, para preocuparse sólo de lo accidental; ellos han pospuesto muchas veces la causa soberana del catolicismo, que es donde está la única salvación, a causas transitorias y puramente humanas; se han dividido, se han dispersado, se han combatido, se han aniquilado, ya persiguiendo restauraciones dinásticas o ideales individuales, ya dejándose llevar de móviles políticos, con prescindencia completa de los ideales cristianos. Y ha sido necesario que León XIII les dé voces, que casi no se oyen entre el fragor de las luchas y preocupaciones políticas, para recordarles la causa soberana. "Nó, les ha dicho, no identifiquéis la causa de Dios con la de los hombres; no atéis la Iglesia a lo que pasa, porque ella es inmutable; no la amarréis a lo que lucha, porque ella es la paz en el mundo... La Iglesia, agregó el gran Pontífice, no se adhiere sino a un solo cadáver; al de Aquél que murió en la Cruz, porque con Él resucitará".

La voz de León XIII, señores, es la voz de la esperanza; ella y sólo ella puede salvar las sociedades vacilantes.

Ella y sólo ella debe dirigirnos también a nosotros, los católicos uruguayos, en nuestros esfuer-

zos en pro de la felicidad moral y material de la patria.

Estas manifestaciones de que es objeto nuestro ilustre prelado metropolitano, manifestaciones católicas como jamás se habían visto en la ciudad de Montevideo, son una protesta de amor y de veneración a la persona de nuestro querido pastor; pero son también, acaso ante todo, una protesta de adhesión a las enseñanzas de León XIII; son también una protesta de la necesidad de unión y de organización que experimenta el pueblo católico uruguayo; son una voz que quiere llegar elocuente y vigorosa a los oídos del Jefe de la Iglesia, para decirle: aquí estamos.

Aquí estamos, pues, señor; vos sois el único representante del Vicario de Cristo; vos sois nuestro padre y nuestro capitán.

Queremos acompañaros, señor; queremos acataros y obedeceros. Marcadnos el rumbo, que los católicos uruguayos miraremos como luz del Norte el brillo de vuestro báculo y de vuestra cruz pectoral; que los católicos orientales seguiremos las cruces negras de vuestro palio, tejido con el vellón de los corderos de Santa Inés, como en otro tiempo seguían los soldados el penacho blanco del rey caballero, en las gloriosas batallas de la patria de San Luis.

Confirmad vos, señor, con vuestra bendición, nuestros propósitos de unión y de fidelidad a la causa de Cristo y de su Iglesia libertadora. Retribuid nuestro saludo filial, saludándonos una vez más con la celeste frase del Divino Maestro: "La paz sea con vosotros".

Y mirad, ¡oh señor! con cuánta cordialidad bebemos en vuestro honor la copa que levanto en este nuestro banquete fraternal, concentrando en la ternura de mi palabra la armoniosa vibración de los corazones de todos los que aquí estamos.

Señores: levantemos nuestra copa en honor de nuestro querido y venerable prelado. Que Dios bendiga nuestros votos antes de formularlos... Y ahora, señores, pidámosle que proteja su vida, que ilumine su entendimiento, que lo colme de felicidades, porque la lumbre de su espíritu será la luz de la patria, y la felicidad de su vida es la dicha y la alegría de sus hijos.

UNIÓN CATÓLICA DEL URUGUAY

Discurso pronunciado en el tercer Congreso Católico Uruguayo, celebrado en Montevideo, el mes de Noviembre de 1900.

SUMARIO: El tercer Congreso Católico Uruguayo. — Un lapso de siete años. — Causas. —La Unión Católica. — No se refiere a los artículos de la fe. — Tampoco a formas de gobierno o tradiciones políticas. — Objeto característico de la Unión Católica del Uruguay. — El partido católico del porvenir. — Cifras de su programa. — Muertos, dirmid: no es hora todavía. — El "leader" del futuro. — Clodoveo el sicambro. — Cristo vive, reina, impera.

Excmo. y Rvmo. señor:

Vengo a hacerme el intérprete del espíritu de este tercer Congreso Católico del Uruguay, el eco de vuestro propio espíritu, señores, y a proclamar, una vez más, la constitución de la Unión Católica en la república.

El actual congreso es la continuación del celebrado en Enero de 1893, continuación a su vez del primero de la serie, que tuvo lugar el año 1889, bajo la presidencia del Ilmo. Monseñor Yéregui, de santa memoria y perdurable.

Ha transcurrido, pues, un lapso de siete años, sin que los católicos, dispersos por el territorio de la república, se hayan reunido en estas fecundas asambleas, a pensar en lo que más aman, y a uniformar sus opiniones y sus esfuerzos, en pro de la causa de la civilización cristiana en nuestra vida cívica.

¡Siete años! Es indudablemente demasiado tiempo el que hemos pasado sin vernos, señores. Windthorst, *la pequeña eminencia* alemana, llamaba a los congresos católicos, que se reunían en torno suyo, *nuestras maniobras de otoño*. Si lo fueran entre nosotros, muy largo hubiera sido nuestro último invierno; muy enmohecidas tendrían que estar nuestras armas, y harto atrasados sus sistemas; muy entumecidas por el frío nuestras manos, y en extremo desteñidos por el sol invernal los colores de nuestra bandera.

¿Será que el anhelo por la gloria de Dios ha languidecido en el alma uruguaya? ¿Es que realmente ha decaído el entusiasmo de otros tiempos en pro de la causa católica? ¿Es que ya los cristianos de esta tierra generosa no quieren hacer del amor a Jesucristo y a su Iglesia su amor soberano, y la suprema de sus glorias? ¿O es acaso que el laicismo católico no se resuelve ya, como en otros tiempos, a aceptar la misión de colaborar en la obra de Dios y de su Iglesia, y está

dispuesto a abandonar a ésta en manos de sus enemigos, atraídos los hombres por otros ideales, por otros intereses, que consideran más dignos de sus labores cotidianas, y más merecedores de su esfuerzos y sacrificios?

No, señores: yo miro esta asamblea rebosante, y veo que aquí estamos todos; a todos nos anima el espíritu bienhechor de los mejores tiempos. Un toque de llamada ha sido bastante para agrupar de nuevo a los soldados leales que parecían haberse distraído, y para hacerles recobrar la actitud atenta y marcial del que espera, con la mirada fija en el horizonte, las nuevas voces de atención del clarín inteligente. Yo veo aquí a los viejos compañeros de veinte años atrás, unidos a los que en ese largo período de luchas y de esfuerzos han ido engrosando nuestras filas; yo he visto el entusiasmo con que todos los delegados de la república han tomado parte en las deliberaciones de este congreso, y me he convencido ¡gracias a Dios! de que, si ha habido un eclipse en la acción católica colectiva del Uruguay, no ha sido porque haya decrecido en luz o en calor el astro de la fe, sino porque sobre su disco, siempre luminoso, se ha proyectado la sombra de extraños acontecimientos. De entre esa sombra brota de nuevo, señores, la cara del astro tutelar: es la fe católica que nos llama, y nos sonríe, y

nos marca la ruta; es la conciencia del deber que brota del fondo de nuestras almas, dispersando las tinieblas; es Cristo, Cristo Redentor del mundo, que, al finalizar el siglo XIX, nos recuerda que aún vive, que aún reina, que aún impera, y que aún tiene derechos absolutos sobre nosotros.

Estoy hablando, pues, a hermanos incondicionales, a católicos que saben están en la obligación de abrazar la causa de Jesucristo y de su Iglesia en el Uruguay como la causa soberana, y de que su triunfo, en todas las manifestaciones de la vida nacional, debe ser el objeto primordial de sus esfuerzos.

¿Por qué entonces, señores, se me ha encargado que diserte esta noche sobre la Unión Católica del Uruguay? ¿No existe, por dicha, esa unión entre nosotros? ¿Hay alguien que niegue con Arrio, por ejemplo, la divinidad del Verbo, o con Nestorio la unión de la divinidad y de la humanidad en una misma persona? ¿Hay alguno que, con Focio o con Lutero o con el filosofismo, proclame la rebelión contra el papa, o el libre examen? ¿Hay católico en esta asamblea, que se sienta inficionado del naturalismo moderno, y niegue la existencia de lo sobrenatural o la influencia de la gracia divina sobre el hombre

degenerado por el pecado original, y condenado por él a la concupiscencia y a la muerte?

Nó, indudablemente: todos creemos en Jesucristo el Verbo increado que era al principio y estaba en Dios y era Dios; en el Verbo en que estaba la vida; en el que era Luz de los hombres, resplandeciente en las tinieblas; en Jesucristo, el Hijo Unigénito de Dios, nacido del Padre antes de los siglos, Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero, Hombre verdadero evocado por el Espíritu Santo en las entrañas virginales de la sola mujer incontaminada, Redentor del mundo por el dolor, el sacrificio y la muerte, Juez que juzgará un día a los vivos y a los muertos, y cuyo reino jamás tendrá fin. Todos creemos en la Iglesia que el Verbo humanado fundó sobre la tierra, sociedad perfecta, de origen divino inmediato, independiente de todo poder humano, superior por su origen y por sus fines a toda otra sociedad, dominadora del tiempo y del espacio, y que comprende en su seno a todos los pueblos y naciones, sin poder ser comprendida por ninguno de ellos. Todos creemos en la existencia de esa Iglesia en el mundo, bajo la dirección infalible del representante de Jesucristo, a quien protestamos nuestra incondicional adhesión, y del obispo que Dios nos ha designado, y a cuya auto-

ridad, de origen también divino, prestamos nuestro filial acatamiento.

Eso creemos; eso, y todo cuanto la Iglesia nos dice que es verdad revelada. Y son esas verdades las que nos unen con vínculo indisoluble, y nos unirán siempre por la misericordia de Dios.

En otros pueblos, señores, dentro de la unidad del dogma y de la doctrina y de las costumbres, existen causas poderosas que han impedido la unión de los católicos, y dado el triunfo, en la sociedad política, a los enemigos de Jesucristo. Divergencias de opinión sobre formas de gobierno, sobre tradiciones políticas, sobre cuestiones dinásticas seculares, han dividido a los católicos, que, empujados por la pasión, muchas veces generosa, pero no siempre regulada por la razón, han empeque ecido la causa eterna de Dios y de su Cristo, identificándola en absoluto con las formas transitorias y fugaces de los hombres, hasta el punto de creer que la destrucción de las antiguas *formas* importa la destrucción de las *substancias* eternamente nuevas. Inútil ha sido muchas veces que el mismo representante de Dios haya hecho oir su voz, con dulzura primeramente, y con severa firmeza después; inútil que haya recordado a sus hijos los principios más elementales de la doctrina católica, según los cuales no hay más autoridad eternamente legítima que la

de Dios, fuente única e inagotable de toda autoridad, cualquiera que sea la forma en que ésta se personifique.

El *non serviam* del ángel rebelde se ha dejado oir algunas veces, aun entre los leales; la voz de la pasión o de la rutina ha dominado la misma voz del vicario de Cristo, y la unión de los católicos ha sido imposible. Su derrota, por consiguiente, ha resultado inevitable, y desgraciadamente merecida, ya que los católicos no deben aspirar a que Dios haga milagros para suplir su inercia, su soberbia, su indisciplina, o su falta de celo laborioso e inteligente.

¿Existe algo de eso entre nosotros?

Nò, felizmente, señores. Entre nosotros, las nociones de patria y democracia se identifican en nuestra alma, como se identifican la de democracia y la de forma representativa republicana. Todos reconocemos al pueblo, como el cauce natural por donde debe pasar la autoridad, desde su fuente divina hasta los hombres que han de ejercerla en la sociedad; todos queremos y proclamamos y defendemos la misma legitimidad, fundada sólo, como fundamento inmediato, en la voluntad nacional genuinamente representada, que es el medio que más racionalmente conduce al verdadero ideal de gobierno: el gobierno de los más aptos y mejores; todos escuchamos, sin reservas men-

tales, la palabra del papa, y no sometemos ligeramente la opinión de nuestro obispo a la revisión de nuestra crítica atrevida.

¿Cuál es entonces la unión que en este momento debo yo inculcar a mis hermanos en Cristo y en la democracia, para que el tercer Congreso Católico del Uruguay tenga eficacia y consecuencias perdurables?

Es, señores, la unión en lo secundario, puesto que en lo primario estamos ya unidos; es la unión en aquello que está librado a las controversias de los hombres, en aquello en que todos y cada uno creemos tener razón, con intención recta y completa buena fe; en aquello que diferencia al ciudadano que ama a la patria, del soldado que la defiende formando ejército. Más que la unión católica, estoy, pues, en el deber de inculcar a mis correligionarios la *disciplina en la acción católica,* y, ante todo y sobre todo, la acción misma, el celo por la gloria de Jesucristo Redentor del mundo, tomada como suprema aspiración de la vida, y abrazada como objeto más que suficiente para absorber toda la actividad de nuestra fe de cristianos, y todo el esfuerzo de nuestro carácter de ciudadanos.

No se trata, por consiguiente, de constituir, con la creación de la Unión Católica del Uruguay, una nueva corporación puramente piado-

sa; la práctica de la Religión se presupone en sus defensores, se presume en la Unión Católica; pero ella no forma el objeto que la caracteriza y diferencia. Se trata de ejercitar una virtud que es más grande aún que la piedad religiosa: la caridad en su acepción más excelsa, que es el celo por la gloria de Dios en la sociedad y en las almas; se trata de constituir el núcleo de la gran masa de elementos cívicos católicos del país; de imprimir a éstos el movimiento tendente a la defensa eficaz ¡eficaz sobre todo, señores! de nuestros principios, contra las agresiones de que son objeto por parte de otras agrupaciones cívicas; se trata de formar, con ese objeto, una entidad directiva, compuesta de estadistas, de pensadores, de publicistas, de hombres prácticos y sagaces, conocedores de los recursos que han de ponerse en juego, y convencidos de que, como ha dicho un gran pensador, el éxito, en la mayor parte de los casos, depende de saber cuánto tiempo es necesario para alcanzarlo; se trata de agrupar inteligencias, experiencias, estudios, actividades, recursos de todo género, para influir a favor de nuestros principios, en la vida cívica de la nación, para rodearlos de los prestigios *humanos,* haciendo nuestros todos los medios buenos o indiferentes que, según el sentir *general* de las gentes en nuestra época, y no sólo según el sentir de

las personas privilegiadas por Dios con el don de la piedad, dan prestigio a las causas en lucha, y las conducen al triunfo. La Unión Católica, señores, no tiene por objeto principal el enfervorizarnos en nuestra vida individual, ni el darnos ocasiones de manifestar ese santo fervor. El simple hecho de no manifestar ese piadoso sentimiento, aunque se experimente vigoroso en el alma, puede llegar a ser, en ciertas ocasiones, una gran virtud en nuestros tiempos, como puede llegar a ser un vicio o una debilidad su manifestación extemporánea, que muchas veces puede ser una simple ostentación sin grandes quilates de virtud.

Yo, señores, he consagrado, bien o mal, pero he consagrado mi vida entera a la satisfacción de ese anhelo; todo lo he abandonado y quiero abandonarlo por él. Cual si estuviera ligado por un voto superior a mi voluntad, he renunciado al mundo, para encerrarme en el claustro solitario de mis ensueños de fe, y esperar en él la hora de una resurrección, y apresurarla, si fuera posible, con mi labor sin tregua.

Sí, señores: yo soy un viejo soñador incorregible.

Yo quiero creer que, en estas nuestras asambleas católicas, estamos *haciendo historia.*

Yo he soñado muchas veces en un momento del porvenir de mi patria, de mi patria cristiana, en que un gran partido político se reunirá a recordar estas asambleas, a pronunciar nuestros nombres llamándonos precursores o predecesores, y a repetir respetuoso nuestras palabras, las palabras pronunciadas en este congreso, como la gloriosa genealogía de su existencia; yo he visto, en mis ensueños, a todos mis hermanos en la fe, agrupados en torno de la bandera soberana que hoy nos congrega, librar briosos y compactos las generosas batallas de los anhelos populares; yo los he seguido, primero en las derrotas fecundas, después en el clarear de las esperanzas luminosas, y, por fin, en las victorias institucionales; yo los he visto prescindir de todo móvil secundario, de todo propósito divergente, y he oído correr entre sus filas numerosas el santo y seña único e inmortal: el mismo, señores, que hoy a nosotros nos congrega: *Cristo vive, Cristo reina, Cristo impera por los siglos de los siglos.*

Y yo he visto más; he distinguido perfectamente, desde mi claustro, los colores de su bandera que pasaba: eran los de la patria independiente amada hasta el sacrificio; he leído las cifras de su programa: eran las del Evangelio, es

decir, las fórmulas únicas y eternas de la verdadera libertad.

En él estaba escrita, y puesta bajo la protección de Dios Omnipotente, la fórmula verdadera de la *democracia,* es decir, *el orden* civil en que todas las fuerzas sociales, jurídicas y económicas, en la plenitud de su desarrollo jerárquico, cooperan *proporcionalmente* al bien común, para tender, en último resultado, *al bien preponderante de las clases inferiores, al bien preponderante de los pobres,* de los débiles, de los más semejantes a Jesucristo, el Hijo del obrero de Nazaret, el divino pobre crucificado; en él estaba escrita, sin reservas ni reticencias, la *fórmula representativa republicana,* el derecho de los pueblos a hacer oir y a hacer respetar su voluntad, libremente manifestada, en la formación de los poderes públicos, interpretando con esa voluntad popular la voluntad de Dios; pues Dios, que ha dado al hombre el imperioso instinto social, le ha dado con él la facultad natural de acertar en la designación de los que deben regirla en el nombre del Señor, y para el cumplimiento de su voluntad soberana; yo he leído, en ese programa político del porvenir, un plan de relaciones internacionales, que definirá la personalidad y la misión de nuestra patria en el concierto de las naciones soberanas, y la hará ocupar su puesto de racio-

nal influencia; he visto escrita en él la representación proporcional del pueblo en el seno de las asambleas legislativas, la organización comunal que anima y vivifica los diversos núcleos de palpitación en el organismo político, la libertad verdadera de enseñanza, la soberanía del padre de familia en el seno de la sociedad doméstica, la del pueblo en el de la sociedad civil, la de la Iglesia de Cristo, la más santa de las soberanías, en el seno perturbado del universo. Yo he visto a esos mis bravos correligionarios del porvenir, cegar los fosos enemigos con los cadáveres de sus propios derechos desconocidos y atropellados al principio, sin por eso abandonar el orden institucional ni la fe en la labor pacífica y perseverante, y pasar después sobre aquellos cadáveres para escalar la ciudadela que parecía inexpugnable, y realizar en ella los otros artículos de su programa: adelantarse a la sangrienta revolución de las masas, realizando pacíficamente la revolución de las ideas, la que funde los conceptos de justicia y caridad, la que da al Estado cristiano una cierta intervención en la organización económica de la sociedad, en la distribución de la riqueza, en el valor absoluto del trabajo humano; acercar a Europa las costas priviligiadas de la patria, abriendo puertos en nuestro espléndido litoral atlántico, en que está nuestro

tesoro escondido, el tesoro exclusivo del Uruguay entre todos sus hermanos de la América subtropical; regular el impuesto, no sólo al capital, sino también a la renta; cerrar las aduanas sólo lo suficiente para hacer de ellas fuentes de recursos, sin convertirlas en obstáculo al libre desarrollo de las leyes naturales del intercambio comercial; señalar, tendiendo hacia ellos, todos los progresos, todas las audacias, todas las libertades hijas del principio cristiano, que todas ellas caben, señores, y se desarrollan ampliamente en el cuadro espléndido del Evangelio. Porque o no existe la democracia en el seno del mundo, señores, o ella existe, en la plenitud de sus hermosas armonías, en el seno eternamente fecundo de nuestra fe católica, la libertadora del hombre, la que lo emancipa, no sólo de los tiranos que hacen violencia a su cuerpo, sino, muy principalmente, de los que se la hacen a su alma, arrancándole la libertad: las pasiones, las concupiscencias de los vicios, las soberbias.

Eso y mucho más estaba escrito en el programa del partido de mis ensueños. Con él se conservaba y acataba nuestra constitución, por medio de un régimen concordatorio debido a la inagotable benevolencia de la Iglesia para con sus hijos fieles; con él demostrábamos, como lo hace la Bélgica, la nación más libre y mejor adminis-

trada del mundo, que el progreso moral, que se halla sólo en la Iglesia de Cristo, no sólo no está reñido, sino que es el gran propulsor de todos los progresos materiales, pues todos pueden y deben contribuir al reinado de Jesucristo, a la difusión del Evangelio, y a la salvación de las almas; con él reivindicábamos, por fin, ese título de *liberales,* que nos han arrebatado, para hacerse con él una careta siniestra, los eternos enemigos de la libertad cristiana.

Pero, señores, dejemos que esa ráfaga del porvenir pase rápida sobre nuestro presente, despertando sólo lo que debe despertarse. Es ahora en mis labios como la ráfaga aquella de la mañana que, según el poeta, refresca la frente del labrador dormido, y le dice ¡levántate y trabaja!; toca las plumas del gallo entumecido, y le dice ¡despiértate y canta!; sacude las ramas de los árboles inmóviles, y les dice ¡despertad a vuestros nidos!... Pero atraviesa el inmediato cementerio de la aldea que sacude el sueño, y, al pasar sobre las tumbas silenciosas, les dice con un ritmo melancólico y sutil: ¡Muertos, dormid; no es hora todavía!

No es hora todavía, señores; sólo como de un ensueño de nuestras almas podemos hablar del anhelo generoso de la organización política del elemento católico; hay circunstancias que se

oponen a ello. Pero eso, lejos de excluir la unión eficaz de ese elemento en que están cifradas las esperanzas de la patria, debe estimularnos en la realización de esa unión firme en lo accidental de que antes os he hablado, que es el objeto perseguido por este congreso que celebramos en homenaje a Jesucristo Redentor, y que bien pudiera ser un primer estremecimiento que anuncie la aurora del sábado, el *resurrexit* del ángel luminoso, bajado del cielo para remover la piedra del sepulcro solitario.

Señores:

Ha habido naciones en que, por haberlo merecido, Dios ha suscitado eminentes ciudadanos que, por sus virtudes, sus talentos y sus prestigios, han sido aclamados unánimemente por los católicos, como los caudillos indiscutibles y providenciales de su causa: O'Conell en Irlanda, Mallincrodt y Windthorst en Alemania, Walker Martínez en Chile, han constituído, por sí solos, núcleos de unión y de resistencia primero, y bandera de victoria después.

Entre nosotros, señores, ese hombre de talentos y virtudes excepcionales, ese Windthorst oriental, que pudiera ser por sí solo núcleo de unión y esperanza de victoria, no aparece todavía; el

mensajero no ha llegado aún; acaso está en viaje hacia nosotros, y llegará cuando sepamos merecerlo; pero aún no está aquí, o, si está, no sabemos distinguirlo.

Nos es, pues, indispensable formar una entidad colectiva que lo sustituya, sumar todos nuestros pequeños méritos, todos nuestros pequeños prestigios, renunciar a nuestras opiniones individuales, olvidar, aniquilar nuestra propia personalidad, para fundir, con abnegación cristiana, todos esos méritos, todos esos prestigios en la entidad colectiva que hemos aclamado con el nombre de *Unión Católica.*

Aseguran algunos teólogos, señores, que si se diera el caso de un hombre que hubiera guardado la ley natural, y se acercara a la muerte sin haber podido recibir el bautismo, que es la llave de oro de las eternas puertas azules, Dios enviaría expresamente un ángel que derramara sobre la cabeza de aquel justo las regeneradoras aguas bautismales.

Yo casi me atrevería a afirmar que, si se diera el caso de que el elemento católico oriental fuera fiel a las bases de unión en la acción, que acaba de sancionar libremente en este tercer congreso uruguayo; si llevara lealmente a la práctica la resolución de prestigiar y vigorizar la autoridad colectiva que se ha dado con la elec-

ción del directorio de la Unión Católica, Dios suscitaría, tarde o temprano, en el laicato católico oriental, el hombre superior a nosotros, el hombre de inteligencia, de abnegación, de acción y de carácter, de prestigio y de autoridad, a quien podríamos aclamar unánimemente como el caudillo laico providencial que en otros pueblos ha sido la gloria del catolicismo, y el tipo excelso del soldado de Cristo.

Sin ese espíritu de unión y disciplina, señores, no aparecerá jamás el Windthorst de la nación uruguaya; y si apareciera, pasaría inadvertido, así fuera un verdadero genio profético. Sin esa unión, no organizaremos jamás nuestras fuerzas; no estaremos jamás habilitados, por consiguiente, para instaurar y llevar a efecto las grandes reivindicaciones que todos unánimemente anhelamos.

Sí, todos las anhelamos, señores, y quisiéramos realizarlas nosotros mismos, ¿no es verdad? quisiéramos realizarlas en el día de hoy, y muy radicales, muy justicieras, sin transacciones con el mal.

¡Oh, los extremistas, los mártires de deseo! ¡Qué simpáticos son!

Y sin embargo, señores, no siempre son los que deben predominar en la acción cívica, si hemos de seguir el consejo del Evangelio, de

ser cándidos como palomas, pero también astutos como serpientes. Esos extremistas, señores, no son, por otra parte, los más perseverantes; no siempre se les encuentra en primera fila en los momentos de acción. Todo *leader* de una grande idea, dice un eminente pensador, tiene que luchar, por una parte, con los enemigos abiertos y declarados de la idea; y, por otra parte, con sus defensores o abogados extremos, que desean lo imposible, y que dan la mano a sus opositores extremos, por tal de batir a los amigos razonables de dicha idea.

El generoso anhelo de realizar hoy mismo, sin pérdida de minuto, nuestros propósitos, señores, me recuerda la historia de Clodoveo, el rey sicambro, aun fiero y recién convertido al cristianismo. Cuando, con los ojos muy abiertos y apoyado en su enorme mandoble, oía el doloroso relato de la pasión de Nuestro Señor Jesucristo; cuando se le narraban sus persecusiones, su prisión, sus escarnios, sus suplicios, su muerte ignominiosa en medio del abandono de los hombres, el nuevo cristiano semibárbaro sentía que se estremecían todas las fibras de su sér, apretaba nerviosamente el puño de su espada, y decía siniestro, y noblemente rencoroso: *¡oh, porqué no estaba yo allí con mis francos!* En lugar de decir, como debe decir un cristiano,

¡oh, porqué no estaba yo allí con mis pecados!"

No debía el sicambro, señores, desear pelear a todo trance por Cristo, sino sufrir con Cristo; no debía desear matar con sus francos a los judíos perseguidores y deicidas, sino matar, ante todo y sobre todo, sus propias pasiones, su falta de caridad, su fe en sí mismo con prescindencia de la inspiración y del auxilio de Dios. De la indiferencia a la muerte de la fe, no hay más que un paso, es cierto, señores; pero no es mucho mayor la distancia que separa el celo puramente humano, de la soberbia y de la muerte de la caridad.

Cuando consideremos, pues, señores, las persecuciones de que es objeto la Iglesia, no pensemos, como el bárbaro sicambro, ante todo y sobre todo, en aniquilar a sus perseguidores; pensemos antes en nuestras indiferencias para con la causa de Jesucristo, que nos hacen ser católicos *después de todo,* en vez de serlo *antes que todo;* pensemos en nuestros actos de soberbia o de amor propio, que dificultan la unión de los católicos, único medio de luchar con eficacia; pensemos en la adhesión desordenada a nuestros propios pareceres, que hace que, como dice Kempis, seamos movidos muchas veces por la pasión, cuando creemos que somos movidos por el celo. Pensemos en eso, señores; ratifiquemos

una y mil veces las protestas de unión católica que hemos formulado con tanto entusiasmo en este congreso, y dejemos a Dios el resto.

Cristo no necesita, para triunfar, de la espada del rey franco; si Él rogara a su Padre, éste le enviaría doce legiones de ángeles para defenderlo; pero Él, en su misericordia infinita, no ha querido arrebatar al hombre la gloria de reemplazar a los ángeles en esa pugna sublime.

Démosle gracias, señores, porque nos ha elegido para tan excelsa misión, y bendigamos una y mil veces su nombre, porque nos ha permitido unir nuestra voz a la voz del universo, que, al finalizar el siglo XIX y comenzar el siglo XX, aclama a Jesucristo Redentor de la humanidad, y hace flotar entre el cielo y la tierra el inmenso clamor de gratitud y de esperanza: CRISTO VIVE, CRISTO REINA, CRISTO IMPERA, POR LOS SIGLOS DE LOS SIGLOS.

BODAS DE PLATA DEL CLUB CATÓLICO

Discurso pronunciado en la velada celebrada en el Club Católico de Montevideo, para celebrar el XXV aniversario de su fundación.

SUMARIO: El Club, casa madre de todas las instituciones laicas de la república. — Su fundación por Monseñor Vera. — Situación del país en aquel entonces. — Sus jóvenes fundadores. — Horacio Tabares, primer presidente. — El doctor Soler. — El primer Arzobispo de Montevideo. — Obras que se han desprendido del Club. — "El Bien Público", los "Círculos de Obreros", la "Unión Católica del Uruguay". — Misión que se ha reservado el Club. — Paz y alegría. — Los coros de niñas. — La poesía.

Pocas palabras debiera agregar, Excelentísimo Señor, a las magistrales con que Vuestra Señoría se ha dignado conmemorar el vigésimo quinto aniversario de la fundación de nuestro Club Católico; pero me ha cabido la fortuna, señores de presidir el Club en esta fecha despertadora, y, por más que la simple palabra hablada, y sobre todo la mía, puede disonar, si absorbe demasiados compases, entre los cantos y los acordes mu-

sicales de esta fiesta, yo estoy en el caso de llenar los deberes de mi cargo...

He ahí, señores, que, mal de mi grado, y a despecho y pesar de mi aversión a las fórmulas oratorias, me he dejado arrastrar por una de ellas, acaso la más afónica. No, señores, os ruego que no me creáis. No es el cumplimiento de un deber el que me hace hablar con vosotros en la plenitud de esta velada. Yo me alegro, con una alegría que me parece casi infantil, de poder ser yo quien presida, y quien celebre con la palabra, que también puede ser melodía, las que llamaremos bodas de plata de este nuestro Club Católico; de esta institución amable en que me parece ver concentrada mi vida casi entera; de esta casa tan poblada de mis recuerdos, que se asoman para mirarme de detrás de todas las cosas que me rodean; de este centro tan impregnado de esa mezcla de alegría y de tristeza, de horas prósperas y adversas, de triunfos y de desastres, de esperanzas, y de glorias y de desencantos, que van quedando en el tiempo detrás de nosotros, como una niebla que dejamos en el valle a medida que vamos subiendo la cuesta, y que uno mira largamente, cuando alcanza una cumbre en que puede sentarse a descansar.

Veinticinco años es mucho tiempo, señores; estamos, sin duda alguna, en una cumbre. Des-

cansemos, pues; descansemos, ya que desde aquí se ve bien a lo lejos, y celebremos a nuestro Club, que ya tiene su interesante historia.

Este Club Católico de Montevideo es la casa madre de todas las instituciones laicas católicas de la república; su aparición marcó una nueva era en nuestro país. Nació en el regazo de un santo: fué Monseñor Vera quien lo fundó; Monseñor Vera era un santo. Se constituyó con un pequeño núcleo de jóvenes, casi niños, en una época muy distinta de la nuestra, oh sí, muy distinta. Entonces nadie odiaba a los católicos; con despreciarlos era bastante, si es que alguno se atrevía a recoger el honor de ese desprecio. Los publicistas de nuestro país, los poetas, los hombres prestigiosos de la sociedad, del foro, de las letras incipientes, eran casi unánimemente incrédulos, o desdeñosamente indiferentes. Y como entonces se les juzgaba sabios eximios, su palabra, que sólo era la reproducción de algunos escritores franceses, no siempre bien traducidos, era una palabra solemne, profética, que hacía silencio en torno suyo. Así era de enfática. Ese énfasis se reflejaba naturalmente en nuestra prensa, que, salvo el pequeño y valiente semanario que se llamaba *El Mensajero del Pueblo,* dirigido por don Rafael Yéregui, el virtuoso sacerdote, era unánimemente anticristiana. La universidad de

la república constituía el vivero en que los jóvenes se formaban para la incredulidad; su profesorado, su librería, su atmósfera, todo era olvido o negación, desdén olímpico sobre todo, del principio religioso que, fuera del templo, se refugiaba en la familia para no morirse de frío.

¿Qué había de ser de un joven cristiano que en esa universidad cayera, y que sintiera sobre su alma el peso de aquella atmósfera?

Quizá ese joven se sentaba en las aulas al lado de otro que, como él, amaba sus creencias maternas, y, como él, sufría al principio congojas de muerte al verlas despreciadas; pero ambos callaban, como callaba el de enfrente, y el otro, y el otro de más allá. Se encontraban, pues, solos, y, por fin, acababan por reirse como los demás de sus propias creencias heridas de muerte. ¡Se reían de miedo y de dolor!

¿Y qué habían de hacer ante el prestigio del profesor que creían eminente, ante las risas burlonas del corrillo, ante la convicción, al menos aparente, de todo el mundo, que condenaba a desdén mortal la fe, el culto, el sacerdocio?

Si alguna sociedad literaria de jóvenes se constituía, ella se formaba de jóvenes estudiantes de la universidad. Y es claro que ellos no podían decir y pensar sino lo que habían oído y aprendido de sus maestros; y, para descollar,

procuraban superar a estos en manifestaciones radicales contrarias a la Religión, por lo mismo que sabían menos que aquéllos. Eran más olímpicos, más dogmáticos, y se llamaban a sí mismos espíritus fuertes, fundados precisamente en su desventurada debilidad. Es ese un fenómeno común bien conocido.

Entonces fué, señores, cuando se reunieron los primeros jóvenes del Club Católico en casa de Monseñor Vera, para organizar este Club. Se reunieron a lanzar el pequeño guantelete de hierro que arrancaban marcialmente de sus manos, a la incredulidad dueña del campo, e iniciar, como ellos mismos lo decían con lírico desenfado, la regeneración de la patria. Querían tribuna para hacer sus protestas de fe generosas y enérgicas; para prestar en voz alta el juramento de fidelidad sobre la empuñadura de la espada; para cerrarse ellos mismos la retirada hacia la apostasía. Los bravos conquistadores quemaban sus naves. ¡Los bravos conquistadores!

Tengo que defenderme de mis propios recuerdos, señores, para no ser demasiado largo. Yo pierdo muy fácilmente la conciencia del tiempo que transcurre, cuando os hablo de cosas que nos son amables.

Pero dadme algunos minutos, os lo ruego, para algunas de mis caras memorias personales.

Yo estaba entonces lejos de la patria; estudiaba en Chile, donde no pasaba lo que aquí. Yo allí no tenía el mérito de mis amigos de Montevideo al profesarme católico: yo estaba en valiente compañía. Pero era yo joven también, casi niño, como mis amigos de la tierra natal; ansiaba volver a ella, y, como aquéllos, sentía lo que podría llamarse la soberbia de mi fe, la necesidad de ser, si se quiere, perseguido, de ser odiado, pero no desdeñado por profesarla en la patria. Yo no sé, señores, cómo definir ese sentimiento de mi primera juventud, esa indignación que me inspiraba la cobardía de los católicos vergonzantes, ese horror que me infundía la idea de poder yo llegar a formar parte de su manso rebaño. Muchas veces he pensado en si no ha influído en mí demasiado la soberbia, que tantas veces se confunde con la dignidad, para resolverme a mi actitud de constante batalla por mi fe. Pero si en eso ha habido culpa, yo no puedo menos de decir, con el libro sagrado: *oh felix culpa,* oh culpa feliz, que nos ha merecido un Redentor. Mis amigos me saludaban desde aquí, me llamaban a su lado; yo apresuraba la terminación de mi carrera, y les contestaba con gritos líricos llenos de entusiasmo, que transponían los Andes, y que hoy, transponiendo el tiempo pasado, regre-

san a mi memoria en un recuerdo vibrante y lleno de color. Allá voy, les decía; seguid en la noble empresa, y esperadme; reservadme mi puesto, el último entre vosotros.

Y vine, y ocupé mi puesto, y aprendí virtudes de mis buenos compañeros, y recogí de ellos ejemplos y entusiasmos, y estímulos, y luché al lado de ellos, y aquí estoy todavía, después de veinticinco años, en el lugar que entonces ocupé... Y he ahí, señores, porqué os dije al principio que siento una grande alegría, una alegría compleja y difícil de definir, al verme todavía aquí, en la misma tribuna, proclamando la misma fe de mi juventud, animado de la misma esperanza, y sintiendo el mismo fuego sagrado en el corazón, a pesar de que ya comienza a nevar en mi cabeza.

Yo doy gracias a Dios por ello. Démoslas todos los que perseveramos, señores; hagamos de esta fiesta, ante todo y sobre todo, una armoniosa acción de gracias. A medida que la eternidad se acerca, el don de la fe va tomando proporciones a nuestros ojos, y concluirá por identificarse con la misma eternidad.

Acabo de recorrer, señores, un cuaderno pequeño, lleno de correcciones y enmendaduras, que contiene el acta de fundación y las de las primeras sesiones de este Club. Es de ver y de

celebrar el candoroso celo de apóstoles de los jóvenes fundadores. Se armaban apresuradamente; estudiaban las posiciones propias y las del enemigo; discutían temas de filosofía, de apologética cristiana, de ciencias físiconaturales, organizaban sociedades científicas y literarias; adoptaban todas las actitudes de los grandes reformadores. No cabe en los límites que me he trazado el detallar o describir aquellas sesiones tan llenas de carácter, ni el pronunciar los nombres de aquellos jóvenes. No debo hacer esto último tampoco, porque todos o la mayor parte de ellos están en la labor, y deben continuar la jornada.

Aún no ha llegado, oh amigos, la época de los triunfos; y si, mereciéndolos, no llegara nunca sobre la tierra para nosotros, ¿qué más quisiéramos? ¿no es verdad? ¿qué más quisiéramos nosotros?

Desdeñemos, oh amigos, los triunfos de la tierra; sólo sirven muchas veces para arrebatarnos algún ahorro de méritos que reservamos para el cielo, y que al fin... al fin acabamos acaso por malgastar en terrenales baratijas de oropel. Sigamos todos la jornada; el triunfo es sólo del que persevera, y aun las penas tienen sus días de alegría para un cristiano: el último día de la vida.

Pero parece, señores, que la Providencia quiso dejarnos, para que lo celebremos, un símbolo personal y permanente de aquellos esfuerzos juveniles, arrebatando prematuramente a la vida al que presidía las claras sesiones de la mañana de este Club. Y, ahí lo tenéis, señores, (señalando el retrato que decora el testero principal del salón) presidiendo perpetuamente las nuestras, con esa sonrisa pensativa de los que miran desde el otro lado de la muerte...

Es Horacio Tabares, cuyo rápido corazón no tuvo necesidad de esperar la noche para haber terminado su día; es un joven casi desconocido, casi sin nombre, sin historia, y que, sin embargo, vivirá en nuestra tierra mientras viva la causa que defendemos.

Ahí está, señores, colocado entre los próceres de la patria: está bien, está en su puesto.

Él es y será el símbolo casi inmaterial del joven creyente que, habiendo bebido la fe cristiana en el regazo materno, no sólo no reniega de ese santo legado, ni lo arroja lejos de sí con miedo y vergüenza, como el soldado cobarde su uniforme, a la primera aparición del enemigo, para no ser reconocido, sino que, por el contrario, ostenta su ejecutoria de familia, de hijodalgo de la fe, exhibe sus títulos de legatario del cielo, toma posesión del solar de sus abuelos, y

defiende el honor y los blasones de su estirpe. Él no reniega de la Iglesia su madre, por verla renegada de algunos de sus hermanos; él no la abandona ni se esconde por verla perseguida o escarnecida; él no puede permanecer indiferente ante la escena de agresión injusta. El movimiento instintivo de su alma es radicalmente el contrario: siente la necesidad de acometer, de interponerse entre el agresor y la madre inerme atropellada, de aplastar a aquél, de estrangularlo entre sus dedos, y de arrodillarse después ante su madre, y besarla en la frente, y pedirle perdón por haber abrigado un rencor irresistible hacia el hermano parricida.

Eso es lo que simboliza, señores, ese joven primer presidente del Club Católico. Él es recuerdo, es ejemplo, es victoria. Él perdura, felizmente; está entre vosotros, está en vosotros, oh mis jóvenes amigos que formáis en este club; está en aquellos de vosotros que vais todos los años a renovar y retemplar vuestra profesión de fe personal, y la colectiva de esta institución, en nuestras eucarísticas reuniones en torno de la divina mesa presidida por Cristo en persona, por Cristo-Hostia, por Cristo amor; está en aquellos de vosotros que concurrís a las aulas de nuestra universidad, y, profesando con fortaleza vuestra fe católica, y descollando en ellas por vuestros talentos y vues-

tras virtudes, rompéis allí la antigua hegemonía de la incredulidad, que hacía silencio en torno suyo, y parecía pasearse entre vencidos; está en aquellos de vosotros que conciliáis la cultura y el desenfado y los prestigios de la vida social, con los ejemplos y la caballeresca honestidad de la vida y de las prácticas cristianas; en aquellos de vosotros que cultiváis las ciencias y las letras y las artes, contribuís a levantar el nivel intelectual de nuestra patria, y prestáis vuestro concurso a sus progresos y a su gloria, sin por eso apostatar de vuestra fe, antes por el contrario, afreciéndoos como prueba viviente de que ella es progreso, es bienestar, es gloria, es alegría.

Dad gracias a Dios, oh amigos, porque sois así; Él os ha dado vuestra fe; Él os ha infundido vuestra energía; Él ha encendido la lámpara sagrada en vuestras almas. Pero confesad que este Club Católico, que os preparó la generación anterior, ha sido uno de los instrumentos de que Él se ha valido para hacer sentir su inmensa misericordia en vuestros jóvenes espíritus. Amad, pues, esta casa, miradla siempre como la casa solariega que es vuestra herencia, y celebrad conmigo, con alegría y gratitud, el vigésimo quinto aniversario de la colocación de sus primeros sillares.

He dicho, señores, que no me es posible recordar los detalles de la fundación de nuestro club. Pero al lado de la matinal figura, apagada en la muerte, de su joven primer presidente, yo veo otra de muy distinto carácter, que en vano he pretendido desvanecer en el conjunto; ella se me ha impuesto, me ha salido al encuentro de todas las páginas del primer libro de actas que acabo de recorrer. Es la de un joven también, un joven sacerdote, que, llegado recientemente en aquella sazón de Roma, donde había terminado brillantemente sus estudios y recibido las sagradas órdenes, se constituyó, gracias a su rotación vertiginosa, en núcleo de atracción de todos los elementos católicos dispersos en el país. Él fué, sin duda alguna, quien sugirió a Monseñor Vera la idea de la fundación de este club.

¡Qué entusiasmo, señores, qué actividad, qué *ubicuidad,* iba a decir, la de aquel joven propagandista! Estaba en todas partes: en la cátedra, en la tribuna, en el gabinete científico, en las academias recién nacidas, en el corrillo de los jóvenes a que antes me he referido, y que lo rodeaban fascinados; él es el alma, es el nervio, es el eje de todo aquello. Funda un liceo o universidad católica, en que se forma la mayor parte de los que hoy presiden nuestro movi-

miento; establece sociedades científicas y literarias; organiza museos, gabinetes y laboratorios; publica libros de ciencia, de controversia, de historia; da conferencias apologéticas, en que pone de manifiesto su gran caudal de ciencia y de erudición; provoca discusiones públicas, en las que se ve asaltado por legiones tempestuosas que vociferan, mientras él permanece sereno, impasible como esfinge de piedra. Ese joven sacerdote providencial fué el organizador de todo cuanto hoy existe en materia de organización católica en nuestro país; él ha sido siempre, desde entonces, el conservador de todo, a través de todas las difcultades y desalientos, el ejemplo de toda virtud, de toda fortaleza, de toda abnegación; él ha aceptado, como talladas expresamente para él, todas las cruces que son el lote obligado del propagandista católico en nuestros tiempos... Y, para no rechazar, señores, la más pesada de todas, que le fué impuesta por Dios de una manera providencial, ha aceptado por fin la cruz pectoral de prelado del Uruguay.

Ese joven sacerdote, que fué el alma y el nervio principal de la fundación de este club, no ha muerto, señores, gracias a Dios, como Tabares; está ahora, felizmente, entre nosotros, y tiene que hacer un nuevo sacrificio en obsequio de su cau-

sa, al resignarse a escuchar mis palabras: es Monseñor Soler, dignísimo y querido prelado metropolitano del Uruguay, que preside nuestra fiesta, y a quien, en nombre de este club, que fué su obra, presento reverente las protestas de nuestra gratitud y nuestro amor. Se las presento, señores, sin el más mínimo temor de envanecerlo; oh, no hay cuidado. Yo bien sé, señores, cuánta verdad encierran las palabras que él se ha arrancado del alma generosa, para escribirlas, como mote heráldico, en su escudo episcopal: *Absit gloriari nisi in cruce. Mi sola gloria es la cruz.*

He dicho, señores, que el Club Católico de Montevideo es la casa madre de todas las instituciones laicas militantes del país, y que, por consiguiente, esta fiesta es la fiesta de todas ellas.

Efectivamente: todas las obras que, en el transcurso de los últimos veinticinco años, han nacido en defensa de la causa de Jesucristo y de su Iglesia, son ramas del tronco aquél, brotado a su vez de un grano de mostaza fecundado por Dios. De aquí salieron la idea, los recursos y los redactores que dieron nacimiento a *El Bien Público,* primer diario católico de la república, que, al través de vicisitudes de todo géne-

ro, permanece aún, más vigoroso que nunca, y celebrará muy pronto, como el Club Católico, su vigésimo quinto aniversario; de aquí salió el pensamiento de la celebración periódica de nuestros primeros congresos católicos; de aquí el de la creación de los círculos católicos de obreros, que hoy están difundidos en toda la república, y son el tesoro de nuestra causa; aquí nació, por fin, la *Unión Católica del Uruguay*. entidad cívica a la que convergen todos nuestros elementos de acción, incluso el mismo Club Católico, que a ella envían sus representantes, a fin de constituírse en un gran organismo de funciones ordenadas, que debe pugnar, en todos los terrenos a que los acontecimientos lo conduzcan, por el triunfo de los ideales cristianos en nuestra patria.

Todas esas instituciones, nacidas de este fecundo Club Católico, tienen su autonomía, su misión, su carácter determinados. Yo quisiera hablaros de todas ellas, pues no por haberse desprendido del Club, dejan de ser vida de su vida, y calor de su circulación. Yo quisiera hablaros de la unión en la acción católica, de la protección a la prensa, al diario católico, cuya difusión es el más fiel, iba a decir el único barómetro para poder apreciar el verdadero estado del espíritu católico con relación a la defensa de su

causa. Porque es notorio, señores, que existen católicos muy piadosos, muy cumplidores de sus deberes religiosos, pero con los cuales no hay que contar para nada, cuando se trata del esfuerzo cívico destinado a defender de la ruina los mismos templos a que ellos concurren, las mismas comunidades religiosas de que ellos se sirven para sus ejercicios de piedad individual, los mismos sacramentos que ellos reciben con ejemplar devoción. Yo os hablaría, señores, como lo he hecho aquí mismo hace algunos días ante un numeroso auditorio de hombres bien intencionados, del deber premioso en que están los católicos, todos, absolutamente todos, de no mirar con indiferencia la lucha empeñada por todas partes, y también aquí, entre la causa de su fe religiosa y sus encarnizados enemigos; de formar en ese laicismo católico de que tan expresivamente acaba de hablarnos nuestro ilustre prelado metropolitano, que es su cabeza; de no dejar abandonados a los que luchan en las primeras filas; de no contar con que éstos lo harán todo, porque ellos nada podrán emprender, nada podrán hacer, sin exponer su causa a grandes fracasos por imprudencia, mientras no nos vean a todos unidos, compactos, disciplinados y dispuestos a resistir y a obedecer la orden de marcha hacia adelante. Oh, la indife-

rencia, la venenosa indiferencia, la higuera maldita del Evangelio! Es niebla que envuelve la fe rutinaria o moribunda o muerta, y crece en torno de las almas frías, como los cipreses en torno de los sepulcros.

Pero yo comprendo, señores, que el desarrollo de esos temas no daría una nota justa en el acorde de esta fiesta; son demasiado serios, lo comprendo. Precisamente para evitar esas disonancias se han desprendido del Club las vigorosas entidades a que antes me he referido, llevándose cada una de ellas, como carácter propio, una parte de las atribuciones que, en un principio, estaban todas en germen o en actividad, en esta institución madre.

¿Pero qué se ha reservado entonces, me diréis, como misión característica, el Club Católico de Montevideo?

Pues bien: sin haber abandonado ninguno de sus ideales primitivos, pues nada de lo que interesa la causa católica puede serle ajeno, este club se ha reservado algo de vital importancia, que lo ha mantenido y lo mantiene, como es notorio, en plena y fácil prosperidad: se ha reservado el carácter de núcleo de la cultura intelectual y social que fluye de la vida y de los principios cristianos. El club es centro de culti-

165985

vo de las ciencias, de las letras y de las artes; es, muy especialmente, centro de reunión, de contacto, de prestigio para la fe, y de mutuo estímulo para la juventud católica; es, por fin, vuestra casa, señores, vuestra casa muy especialmente, señoras; un ensanche o una concentración de vuestros salones domésticos, que, refundiéndose periódicamente en este salón de predilección para vosotras, a fin de formar estas amables veladas, trae en vosotras para nuestra causa un preciosísimo concurso: el perfume del hogar, el prestigio de la virtud, la expansiva alegría que de esa virtud procede, el brillo, que constituye el principal atractivo para la generalidad de las gentes, y que los enemigos de la causa católica hubieran querido monopolizar, presentando a esta como un simple conjunto de dolorosas e insociables austeridades.

Oh, el contento, el bienestar, la afectuosa comunicación de las gentes, la alegría de vivir! ¿Acaso las cosas buenas han sido hechas por Dios sólo para el placer de los malos? ¿No han de ser también premio y estímulo para los que creen en Él y agradecen sus beneficios, al par que recurso eficaz para propender a la gloria del Autor de toda alegría verdadera y de todo bienestar?

Oh nó, no es cierto, señores, como algunos lo han pretendido, que el espíritu del cristianismo imponga, como condición de la felicidad eterna, el sacrificio de la felicidad y la alegría terrenales; no es cierto que todas las instituciones católicas, por el hecho de ser tales, han de ser instituciones de penitencia.

La alegría es cristiana, y sólo el cristianismo es alegría verdadera.

El ángel que anunció a los campesinos el nacimiento del Redentor, les dijo: No temáis, porque vengo a anunciaros una grande alegría: os ha nacido un Salvador. Y los que cantaban en lo alto anunciaban paz, paz a los hombres.

Paz y alegría; ese es el espíritu de la nueva ley. Nuestra Religión, señores, es la Religión de la alegría y de la paz. Nada más lejos de ella que los anatemas del filósofo indostánico, que algunos han querido presentar como el precursor del divino Redentor de los hombres. ¡Ay de la juventud que debe ser destruída por la vejez! decía el vate sombrío. ¡Ay de la salud, que tantas enfermedades aniquilan! ¡Ay de la vida, en que el hombre sólo algunos días permanece! ¡Todo es vacío; toda substancia es vacío; la existencia es el mal!

La existencia es el bien, señores; la juventud es el bien; la salud es el bien. La fe cristiana

nos enseña la conformidad, si esos bienes nos faltan; nos dice que su ausencia no es el mal, y hasta nos enseña que es bienaventurado el que sufre y el que llora. Pero no por eso deja de serlo también el que ríe con la risa que es reflejo de la serenidad del alma, ni el que goza con gratitud de los dones naturales de Dios.

Víctor Hugo, en sus épocas de fe, decía a la joven y candorosa obrera de la bohardilla:

Sois joyeuse. La foi vit sans l'austerité;
Un des reflets du ciel, c'est le rire des femmes;
La joie est la chaleur qui jette dans les âmes
Cette clarté d'en haut qu'on nomme vérité.

Sí, señores; la serenidad del corazón es naturalmente luz y sonrisa en los ojos y en los labios; es, en la voz, afectuoso sonido; es, en el trato de las gentes, cultura, amabilidad, deseo de compartir con nuestros semejantes la propia felicidad, anhelo de hacer felices.

¿Qué es, en resumen, la buena educación, sino el cumplimiento estricto de la ley de Dios: ama a tu prójimo como a tí mismo, y hazle grata tu compañía?

La misión social del Club Católico a que me refiero, es, señores, mucho más importante que lo que pudiera creerlo quien no la examina con

mucha atención. Los que creen que la Religión debe quedar recluída en el templo, en vez de difundirse, como el aire que respiramos, y acompañar al hombre en todas las manifestaciones de la vida, aun en sus alegrías, aun en sus placeres, están equivocados. Oh, muy equivocados: el mundo es más grande que el recinto en que viven los más perfectos, que, desgraciadamente, no constituyen la mayoría de la humanidad. Encerrarse en el santuario por temor de contaminarse es enterrar, imitando al mal servidor del Evangelio, la moneda que nos ha sido confiada, por el temor de perderla y no poder dar cuenta de ella. Nó: es preciso hacerla producir; es necesario que aun la vida social produzca gloria de Dios; es menester disputarla a sus enemigos.

Yo acabo de escuchar verdaderamente conmovido los coros de esas niñas vestidas de blanco, que han sido quizá, y sin quizá, el principal encanto de esta velada. Por ellas muy especialmente, señores, no me lo negaréis por ellas habéis llenado este gran salón esta noche; a ellas creo deber, en gran parte, y no a atractivo de mi palabra, el honor de ser escuchado de gran mayoría del selectísimo auditorio que me presta benevolente atención.

He dicho que os he escuchado conmovido, amigas mías, y debéis creérmelo. Vuestras voces ingenuas y transparentes han pensado dentro de mí mismo, y voy a deciros, para terminar mi ya largo discurso, el pensamiento que me han dejado, y que siento vibrar en mi espíritu.

¿Es acaso el mérito artístico de vuestras voces fundidas en el acorde rítmico lo que ha producido esa resonancia sugestiva en mi corazón?

Debo confesaros francamente que no creo que sea tal.

Oh nò, no es eso, ciertamente.

¿No ha tenido entonces ningún mérito artístico vuestro coro?

Oh, tampoco es eso; habéis cantado como cantan los ángeles del bosque, que son los pájaros; como cantarán acaso los pájaros del cielo, que son los ángeles... Nò, no temáis tampoco que os vaya a regalar con requiebros o palabras lisonjeras; mis hijas están también vestidas de blanco entre vosotras, y puedo adoptar hasta un tono paternal, por consiguiente, para hablaros de cosas más serias que el simple propósito de aplaudiros o de agradaros.

Me habéis conmovido con vuestros cantos, oh amigas mías, porque, aunque invisible para los ojos del cuerpo, yo he estado viendo, cuando cantábais en coro, detrás de cada una de vos-

otras, otra forma que se os parecía mucho, otro coro que parecía vuestro hermano: he estado viendo a vuestras madres que, hacen veinte años, antes de haber vosotras nacido, cantaban en este mismo sitio coros semejantes, muy semejantes al vuestro, y formaban un conjunto juvenil, envuelto en gasas blancas, muy parecido, casi idéntico, al que vosotras formáis esta noche. Los dos coros se han fundido en uno solo dentro de mí; acaso se ha agregado a él el que se cantará aquí mismo, por niñas que aun no han nacido, y que verán como vosotros veis, en este salón del Club Católico, un ensanche de sus hogares cristianos. Y ese coro litúrgico del pasado, del presente y del porvenir, que acaba de vibrar en vuestras voces, amigas mías, significa la perpetua resurrección, la permanencia inconmovible en nuestro país, al través del tiempo, de lo que es nuestro tesoro, el antemural inexpugnable y la principal garantía de perpetuidad de nuestra fe, que se identifica con nuestra patria: hablo de la familia cristiana de este país, de esa familia tipo de virtudes, que tiene por base la piedad religiosa que la informa y compenetra; de esa nuestra familia tradicional inexpugnable, que pasa, incontaminada en su fe, fuerte en su virtud inmaculada, al través del tiempo y de los cambios de costumbres y de exigencias sociales; que con-

centra y aviva en sí misma el calor religioso, alimentado por la piedad, a medida que el ambiente nacional tiende a enrarecerse o enfriarse por la inevitable agregación de elementos extraños; que es nuestro refugio, nuestro consuelo, nuestro estímulo, nuestra corona.

Esa familia, hoy como ayer, ve en el Club Católico su casa, se siente en él como en su propio ambiente; celebra en él sus fiestas domésticas. Pues bien: ninguna gloria mayor podría reflejarse sobre esta institución; ningún concurso más eficaz puede traerse a la causa que ella defiende y representa en la patria; ninguna garantía mayor de la permanencia de la fe católica en nuestro Uruguay, al través de las inevitables variaciones de costumbres.

Nosotros pasamos, pero nuestra fe permanece; queda en nuestros hijos, a quienes la infundimos; queda en vosotras, amigas mías, en nuestras hijas. Nosotros defendemos esa fe en la tribuna, en la prensa, en la vida cívica; hablando, escribiendo, luchando. Vosotras, oh amigas, vosotras la defendéis siendo felices con vuestra virtud, la defendéis cantando. Sed, pues, felices; sed buenas; alegraos y cantad.

¿Os sonreís? Pues no hay para tanto, os lo lo aseguro. Vosotras, y toda esa sociedad que envuelve vuestro coro en una gran sonrisa de

cariño, dais a la acción católica, a este club especialmente, lo que dan las flores a la naturaleza: los colores, los perfumes, las formas hermosas, que no son sólo apariencias, porque son vida, germinación, promesa; vosotras nos traéis la poesía.

¿Y quién podrá negar que la poesía es un gran elemento de acción, y aún de combate por el ideal cristiano en la sociedad? Oh, no, señores: la poesía no se va, como ha dado en decirse en estos últimos tiempos; ella, que es eflorescencia germinadora de nuestro ser sensible, ha sido y será siempre el nervio de las grandes acciones, el aliento del combatiente, la corona del vencedor.

Decir que ya no hay poesía, es decir que ya no hay rosas, ni auroras, ni sepulcros, ni ruinas; que ya el incienso, transformado por el fuego en nube suplicante, no asciende al tabernáculo de Dios; que ya no cuelga ni colgará jamás la escala de seda de Romeo en los balcones de Julieta, mientras la alondra canta en el jardín de tonos azulados los cantos de amanecer; que ya no hay madres que lloran; que ya no hay niños que mueren; que ya no puede existir un soldado herido que dispare su fusil haciendo trinchera de la cureña de un cañón desmontado por las balas del enemigo, mientras dirige su última mi-

dada a la bandera de la patria, que se esfuma en los albores de la vida navegante que se va, que se pierde en la infinita transparencia que es azul.

Pero mientras eso, ¡y tanto más! exista; mientras se sienta su repercusión rítmica en el organismo humano, produciendo en él el estremecimiento de la pasión generosa, existirá la poesía como el motor principal de las acciones del hombre; y el Club Católico, al hacer de su custodia y de su aplicación a la causa de Dios, uno de los objetos principales de su misión; al vincular las severidades de la verdad con los amables prestigios de su hermana la belleza, conservará como conserva la razón de ser de aquellos sus primeros días de vida, en que concentraba en sí todas las obras del laicismo católico; en que rompía la hegemonía social de la incredulidad prepotente, y en que iniciaba el movimiento de valiente fe cristiana, cuyas actuales y múltiples manifestaciones son otros tantos títulos de honor para esta robusta casa solariega del laicismo católico uruguayo.

LAVALLEJA

Discurso pronunciado en la plaza de la ciudad de Minas, el 12 de Octubre de 1902, al inaugurarse la estatua ecuestre del General Juan Antonio Lavalleja, Jefe de los Treinta y Tres.

SUMARIO: El monumento de la Florida. — El héroe de la patria. — Ahí está. — El himno de los himnos: la aclamación popular. — Cómo nacen las patrias. — Artigas el mensajero. — La independencia del Uruguay, ley geológica, etnológica, geográfica y sociológica; ley superior a la voluntad de los hombres e irrevocable. — La leona herida. — Artigas se ha ido. — La espectativa de la patria abandonada. — El nuevo ungido. — Lavalleja. — En la Agraciada. — A pie. — Una página de Homero. — Cheveste volverá, y volverá con caballos. — Lavalleja a caballo. — El caballo de Lavalleja. — Artigas, Rivera y Lavalleja. — Los tres vértices.

Señores:

Hace veintitrés años, la patria oriental, templo entonces sin altares, erigía el primer monumento a su independencia en la plaza de la Florida.

Era aquel un monumento impersonal: era una sonora libertad vestida de blanco, que, sacudien-

do en la una mano las anillas de una cadena, extendía los dedos crispados de la otra, en actitud de imprecación, y abría los labios para dar salida a un grito perdurable, mezcla de insulto y de rugido, lanzado contra un ser invisible y odioso, que parecía proyectarse en las honduras de los ojos resplandecientes de aquella resonante mujer de piedra.

Era aquello un espíritu de mármol; pero todos sabemos bien que el instinto popular, que no entiende de abstracciones, buscó y halló en aquel monumento un héroe; pronunció unánimemente su nombre; lo cantaron sus poetas; lo aclamaron sus multitudes. Tras la noble cabeza griega de aquella mujer vibrante, el pueblo veía una cabeza varonil, caucásica pero muy criolla, de rasgos duros pero muy serenos, viva, caliente, tostatada por el sol de la patria, conocida de todos, familiar en las almas y en los hogares orientales; el grito que salía de la boca de la estatua era ya descifrado por el pueblo que lo escuchaba, que lo sentía, que lo aclamaba; en la piedra granítica que formaba el pedestal del monumento, comenzó desde aquel instante a modelarse por el tiempo la figura que estaba en todos los corazones: la del héroe de la patria designado y ungido por la multitud, que jamás se engaña, cuando, al través de las edades, levanta sobre el pavés a los

hombres-símbolo, y promulga las sentencias irrevocables de la gloria.

Esa figura, señores, latente en el cívico altar de la Florida, ha brotado por fin de la tierra, o bajado del cielo, después de pasar por el fuego lustral que inmortaliza la forma heroica; se ha movido, buscando el sitio en que debía detenerse; ha atravesado, jinete en su caballo de batalla, las melodiosas colinas de nuestra tierra; ha reconocido en estos cerros, en estos horizontes, en el perfume de la gramilla y del trébol de estos campos, el aliento de su niñez, el sitio bendecido en que se meció su pobre cuna, en que aprendió de los labios de su madre a pronunciar el nombre de Dios, en que sintió por vez primera el amor a su patria, y por primera vez oyó el mandato de lo alto que lo predestinaba a salvarla, y se ha detenido aquí, y ha sofrenado aquí, entre nosotros, su caballo de bronce, y... ahí está. Para que lo reconozcamos, no ha tenido que pronunciar su nombre; le ha bastado con hacer rodar sobre nuestras cabezas ese grito secreto que brota de sus labios calientes, recién salidos de la fragua: *¡Carabina a la espalda y sable en mano!*

Oh, te hemos reconocido, vieja y querida figura protagonista de nuestra leyenda patria. ¿Cómo no reconcerte, si, más que del suelo de

tu tierra, has brotado del fondo de nuestras entrañas, como un florecimiento musical de nuestra sangre?

Te hemos reconocido, ¡oh el bravo entre los bravos, oh el bueno entre los buenos! Eres el adolescente aquel que salió de entre estos cerros, para formar entre los primeros en la legión de 1811; eres el más temerario y el más humano al par de los capitanes del padre Artigas; eres el coplero aquel que iba a cantar, al son de la guitarra campesina, los retos de la patria reflexiva al pie de los bastiones españoles, en las noches estivales del primer asedio de la ciudad cautiva; eres el que, luchando contra ciento, sintió, como en su propia carne, el abrazo de las boleadoras portuguesas en las patas de su caballo, que sólo conocía el temerario camino del peligro; eres el del reto de la Agraciada, el del grito al Sarandí.

Sí, eres tú, viejo amigo, viejo símbolo...

¡Presentes, mi general!

Has escuchado el himno de la patria con que acabamos de darte la bienvenida; ese canto litúrgico de nuestras glorias ha cobrado, al resonar en tu honor, una cadencia nueva, como si se hubiera transformado en un himno de

justicia. Y has escuchado el canto de los cantos, el aliento sonoro de esa muchedumbre que te aclama enternecida y delirante, para que suba muy alto, para que suba hasta tí, y aun más allá, la primera oración de gratitud que alza tu pueblo al congregarse ante su altar .

¡Presentes, mi general!

Aquí estamos: somos los mismos que te vimos y te aclamamos en la blanca mujer sin nombre de la Florida; si nuestros padres, que entonces lloraban a nuestro lado al aclamarte con nosotros, no están hoy aquí, es porque todos eran viejos, y hoy casi todos han muerto; pero aquí vienen con nosotros nuestros hijos, que han nacido después, y que significan el triunfo de tu nombre y el de tu gloria al través del tiempo; la marcha triunfal de tu recuerdo hacia el porvenir.

Señores:

Saludemos en Lavalleja la encarnación más pura y más genuina de las tradiciones nacionales.

Las patrias, como los mundos, nacen del fondo de los nublados y de las tempestades. Son primeramente una materia cósmica luminosa, un instinto que brota de leyes misteriosas, le-

yes étnicas, geológicas, sociológicas, históricas, todas ellas emanadas del Supremo Legislador. Son después un hombre, brotado de las entrañas del pueblo y arraigado en ellas, que concentra y que acaudilla esos instintos; son, por fin, una multitud que, empujada por una ley superior a su voluntad, ajusta el ritmo de su alma colectiva al del alma del héroe, afinada a su vez con la divina armonía universal, realiza hazañas legendarias, e impone al fin por la fuerza su voluntad, órgano inconsciente de la voluntad de Dios.

Nuestra patria, señores, la república atlántica subtropical, arranca quizá del instinto innato de libertad salvaje de nuestros primitivos aborígenes. Trozo del continente separado de la región tropical por el clima, y segregado también de la región andina por la formación geológica, tenía que ser el núcleo de una nacionalidad independiente. Esa es la armonía.

Bien sabéis vosotros cómo nació. No es el momento de recordar los detalles de nuestra tempestuosa aparición ante el mundo, porque ellos cantan en este momento en vuestra memoria.

Mirad, sin embargo, mirad cómo pasa el viejo Artigas por el fondo de aquel resplandor crepuscular, llevando la bandera azul y blanca, cru-

zada diagonalmente por un golpe sangriento de su espada.

Él es el mensajero, es el patriarca; él es el grande, él es el genio, solitario como todos los astros, poseedor del secreto del porvenir oriental, que se movía en la obscuridad de su alma, como se mueve el hombre en las sagradas tinieblas de las entrañas maternales.

Él fué el primero que sintió la ley providencial que decretaba la existencia de una patria independiente en este territorio que bañan el Uruguay, el Plata y el Atlántico: una patria que, siendo subtropical, era al mismo tiempo atlántica. Él fué el primero que vió, con la clarividencia del que cierra fuertemente los ojos para ver, cómo se desprenden los grandes ríos meridionales de las entrañas de la América, para venir a desembarcar en el Plata, formando dos regiones distintas, dos patrias, hermanas pero diferentes, a ambos lados de esos ríos. Él comprendió, o más bien dicho, sintió en el fondo de su ser, cómo, por una ley, no sólo sociológica sino también geológica y etnológica, este pedazo de suelo americano tenía que ser el territorio de una patria independiente. Porque si según las leyes sociológicas, estábamos unidos, por la lengua y las tradiciones españolas, a nuestros hermanos de allende el Plata, que tienen

por núcleo geológico el levantamiento de los Andes, según las leyes étnicas pertenecíamos a la formación atlántica del Brasil. Y si éstas nos unían etnológicamente a las antiguas posesiones portuguesas, de ellas nos separaban, no sólo las tradiciones de lengua y de costumbres, no sólo la rivalidad secular de los dos pueblos descubridores, sino también nuestra posición geográfica, que nos separa de los dominios del trópico, y nos marca como el núcleo inconmovible de los pueblos atlánticos subtropicales de la América Meridional.

Si así como los orientales, señores, amamos fieramente nuestra independencia, dejáramos de amarla algún día, tendríamos que sobrellevarla. Seríamos independientes con nuestra voluntad, sin nuestra voluntad, y aun contra nuestra voluntad. Y el oriental que renegara de la independencia de su patria, iría a ocupar el sitio más lóbrego del infierno del Dante: aquel en que residen los que *"non hanno speranza di morte"*, los que no tienen ni la esperanza de morir.

Así sintió a nuestra patria el viejo Artigas; recibió una revelación de lo alto; oyó y cumplió un decreto de Dios.

¡Y cómo cumplió, señores, ese decreto irrevocable!

No lo recordemos cuando levanta el espíritu de la revolución americana en los campos de Las Piedras; no lo miremos cuando traza las líneas fundamentales de la democracia del Plata, en sus instrucciones del año 13; no exaltemos tampoco su fe inquebrantable en la existencia de un patrimonoio de orientales, que no podía tocarse, que no podía venderse, ni aún al precio de la necesidad. Recordémoslo más bien cuando, acosado, perseguido, sintiendo que todo vacilaba en torno suyo, huye de la patria en que ya no encuentra sitio para posar el pie; pero huye con el alma y con el cuerpo del Uruguay; con su visión interna que lo envuelve en un nimbo luminoso, como el reflejo de un inmenso sol poniente; con sus hijos, con todos sus hijos, y sus familias, y su pobre patrimonio; con toda la patria que lo sigue en sus marchas interminables a la luz de las estrellas australes, que marchan presididas por la misteriosa Cruz del Sud que bendice nuestro polo.

Entonces se le ve grande como ninguno entre los héroes de la historia americana. Es la leona herida que va a echarse jadeante, lejos, en el fondo del bosque, al que ha llevado entre los dientes y dando cortos rugidos a sus cachorros, que amamanta para la venganza; es el águila que esconde su nido en las grietas de los pica-

chos inaccesibles, y grazna siniestramente desde allí, con las plumas erizadas por los vientos de tempestad que sacuden los horizontes; que mira, con los ojos encendidos, a sus crías, su esperanza, sus *aiglons,* que un día saldrán de allí para la conquista del porvenir, cuando el águila caudal se haya perdido en las infinitas transparencias del azul. Recordémoslo, por fin, cuando, después de terminar su tarea de sembrador de patrias, siente que debe cubrir el surco en que queda la semilla, y, para arrojar sobre ella el último riego, inicia su defensa heroica y desesperada, y lanza, como último proyectil, un puñado caliente de la sangre de su pueblo casi extinguido al rostro del invasor innumerable .....

.....

Artigas se ha ido, señores, y se ha ido para no volver; se ha puesto en los horizontes de la patria. Esta parece borrarse para siempre en la mirada que su profeta le dirige al transponer la frontera. La soñada patria atlántica subtropical es sólo una vasta soledad, atada a las regiones del trópico con cadenas de hierro; una lengua extraña se habla oficialmente en nuestro altivo Montevideo; nuestras glorias son delitos, nuestros libertadores son bandidos condenados

a muerte, contra los cuales se han de envenenar hasta las fuentes de la historia.

Nuestras colinas han quedado solitarias; se alargan bajo el peso de la tristeza. Nuestro gaucho heroico no las recorre ya, cantando a media voz una canción de guerra o de amor, y buscando su incorporación al ejército de la patria, conductor del arca santa de nuestra alianza con la libertad y con la gloria; las inmensas yeguadas, y las tropillas de potros salvajes recorren sin jinetes nuestros campos, atronando la soledad con el choque de sus cascos; las manadas de perros cimarrones vagan hambrientas a lo largo de nuestras cañadas, o se las ve cruzar en largas hileras famélicas, con las cabezas bajas y las colas lacias, por el lomo de nuestras cuchillas desiertas, coronada alguna de ellas por la copa redonda del ombú; el grito del teru-tero, el pájaro vigilante de nuestros aires, resuena en el viento como llamados angustiosos de la patria criolla a los que nadie contesta; el carancho se posa en la osamenta; en la cumbre de la colina, o sobre la línea del monte, a orillas del río que blanquea, se ve el esqueleto del pobre hogar campesino, la tapera desierta en que ya no se enciende el fogón; y el espíritu de esa patria, personificado en algún paisano viejo, o en alguna pobre mujer, parece que se agazapa en los bajos, y sube de vez

en cuando silencioso a la cuchilla, para mirar primero hacia el Sud, a ver si viene ya a aniquilarlo el enemigo ensoberbecido y prepotente, que impera en Montevideo, y para mirar después hacia el Norte por ver si efectivamente se ha perdido para siempre, o si vuelve a reaparecer, allá, sobre la última cuchilla, el poncho blanco de Artigas, único símbolo de nuestra libertad y de nuestra esperanza.

Nó, buena patria: Artigas ha muerto; ha ido a morir durante treinta años en los bosques del Paraguay, y a extinguir su lumbre bajo la ceniza de sus laureles calcinados; ha muerto, como el profeta conductor de los hebreos sobre el monte Nebo, sin haber podido alcanzar la tierra de promisión. Pero él ha recibido las tablas de piedra de nuestra ley, en la cumbre tempestuosa del Sinaí de nuestras primitivas glorias; él ha pensado en el Josué de nuestro éxodo, al transponer para siempre, con la frente inclinada, la frontera de la patria; él, sabiendo que el capitán Lavalleja, el bizarro, el temerario, el casi atolondrado capitán Lavalleja, está prisionero con algunos compañeros en los calabozos de Río Janeiro, y allí tiene hambre quizá, hambre de pan y de gloria, le ha enviado las últimas monedas de su escarcela de derrotado, yéndose él a vivir de limosna, para que Lavalleja coma

de su pan, y para que reciba en él su espíritu, y, con su espíritu, su ley, su mensaje sagrado.

Es una vocación, señores. Lavalleja es el elegido, es el ungido; Lavalleja es el hijo primogénito de Artigas. Tiene ya en la frente la luz profética inconfundible; el ascua ardiente lo ha tocado en la boca.

Con sólo montar a caballo y presentarse en la patria, ostentando su mensaje luminoso, la patria lo reconocerá, y lo seguirá como siguió al viejo Artigas: lo *seguirá porque sí.*

Pero es preciso que Lavalleja monte a caballo, con diez, con veinte, con treinta y dos hombres; no importa el número; pero es preciso que venga él; porque es él el que lleva el resplandor sobre la frente.

. . . . . .

Y ya está ahí, señores; está en una playa desierta y primitiva; ha pisado de nuevo el suelo sojuzgado de la patria. Están con él treinta y dos hombres... Son treinta y tres. Es la cifra, es la hora, señores... La visión ha descendido a nuestra tierra.

Estamos, por fin, en la aurora de la Agraciada. ¡La aurora! Pero esa no fué sólo una aurora, señores: fué también una verdadera *noche triste,* triste como la noche sin luna de las vísperas de Otumba.

Vosotros sabéis, señores, que, al desembarcar Lavalleja en la Agraciada con sus treinta y dos compañeros, todos contaban con encontrar caballos prontos al pisar las playas de la patria. El caballo es, para nosotros, algo más que un noble bruto: él debiera figurar en todos los escudos americanos, como símbolo de la libertad de este continente; el caballo fué el baluarte movible de la patria; fué el nervio vibrante de la ballesta oriental, que despedía, como proyectil mortífero, al gaucho centauro, armado de su lanza primitiva.

Lavalleja contaba con encontrar su caballo en el arenal de la Agraciada.

Don Tomás Gómez estaba avisado; él debía traer los caballos de la legión libertadora.

Y sin embargo, Lavalleja y sus compañeros se hallaron a pie, en medio de un arenal. Estaban a merced de la primer partida enemiga que pasara. ¡Y eran las once de la noche!

El héroe ordenó, a pesar de todo, y sin vacilar, que las tres lanchas que los habían conducido se volviesen inmediatamente a su punto de partida.

Y quedaron solos, y a pie, en medio del arenal, y en el corazón de una noche que pareció eterna, treinta y dos hombres... y uno más: Lavalleja.

Uno de nuestros héroes, el coronel don Atanasio Sierra, nos ha narrado la impresión de

esos momentos; nos ha pintado las largas horas de esa noche triste, con la ingenua sencillez, que nada puede sustituir, del que es héroe sin darse cuenta de ello, del brazo de Dios. Homero habla como él.

"Estábamos, nos dice, en una situación singular. A nuestra espalda el monte; a nuestro frente, el caudaloso Uruguay, sobre cuyas aguas batían los remos las tres barcas que se alejaban; en la playa yacían recados, frenos, armas de diferentes formas y tamaños: aquí dos o tres tercerolas, allá un sable, aquí una espada, más allá un par de pistolas. Este desorden, agregado a nuestros trajes completamente sucios, rotos en varias partes, y que naturalmente no guardaban la uniformidad militar, nos daba el aspecto de verdaderos bandidos".

"Desde las once de la noche del 19, hasta las nueve de la mañana del 20, nuestra ansiedad fué extrema. Continuamente salíamos a la orilla del monte, y aplicábamos el oído a la tierra, por ver si sentíamos el trote de los caballos que esperábamos. Lavalleja se paseaba tranquilamente al lado de un grupo de sarandíes; y habiéndosele acercado don Manuel Oribe y Zufriategui, diciéndole que eran las seis de la mañana, y Gómez no llegaba con los caballos, les respondió sonriéndose: "Puede ser que Gómez no venga,

porque los brasileros lo tienen apurado; pero Cheveste volverá, y volverá con caballos; es capaz de sacarlos de la misma caballada de Laguna". Cheveste, como sabéis, era el *baqueano* de la legión heroica, el *gaucho* instintivo que lee su rumbo en el viento que pasa, en la hierba, en las estrellas, y, sobre todo, dentro de sí mismo: oye el rumbo en la circulación de su sangre.

Ahí está Lavalleja, señores: desde el primer momento reaparece la vieja fe inquebrantable de Artigas: *no venderé el patrimonio de los orientales al bajo precio de la necesidad.*

"Cuando don Tomás Gómez, agrega el héroe narrador con su sencillez homérica, cuando don Tomás Gómez, acompañado de Cheveste y de don Manuel Lavalleja, llegó con los deseados caballos, (eran las nueve de la mañana) hubo muchos de nosotros que se abrazaron al pescuezo de los animales, dándoles besos, como si fueran sus queridas".

Oh! y lo eran, señores; eran mucho más que eso; los generosos animales tenían que ser casi una parte integrante de aquellos hombres, porque ellos eran los centauros de la patria, que debían dominar como señores la extensión de nuestras sagradas colinas; porque ellos eran la libertad americana, la libertad a caballo.

Lavalleja está por fin en los estribos, señores; ahora sí, saludemos la aurora de la Agraciada. Lavalleja está por fin a caballo; ahora sí, por fin, tenemos patria. El héroe no se apeará de él en tres años. Ese caballo es el mismo, señores, que acaba de ser sofrenado entre nosotros por la mano pujante del hijo y del sucesor de Artigas. Ha llegado hasta aquí, conduciendo orgulloso su preciosa carga de gloria, después de haber recorrido por todas partes las colinas de la patria, sembrando por todas ellas las victorias; él sintió las espuelas de su jinete en los primeros choques que despejaron el camino a la legión heroica para introducirla a la patria, que abría los ojos resplandecientes en que llameaba la aurora; él oyó el relincho del caballo de Rivera, cuando el que debía ser el héroe del Rincón y de las Misiones, vino a unir sus armas y su corazón al corazón y a las armas del jefe de los Treinta y Tres; él condujo a Lavalleja, bajo una lluvia torrencial, a deponer su espada ante la majestad de la ley, sin cambiarse sus ropas empapadas, y cubierto del barro del camino, en la memorable asamblea de la Florida; él oyó, relinchando de júbilo, el clarín de Sarandí; él salvo nuestras fronteras, y penetró con su jinete al corazón del territorio enemigo, para escuchar allí alborozado las dianas de Ituzaingó; y él nos lo ha conducido, señores,

hasta aquí, vencedor no sólo del espacio, sino también del tiempo, vencedor de los desdenes, de las ingratitudes, de los envenenamientos de la historia, para que ese jinete de hierro estremezca nuestro corazón al desenvainar la espada de Sarandí, y al hacer rodar sobre nuestras cabezas, como un trueno musical, ese grito rechinante que brota de sus labios modelados por el fuego: *¡Carabina a la espalda y sable en mano!*

Y ahí, quedará, señores, y quedará para siempre envuelto en el nimbo de la perdurable apoteosis; arraigado en las entrañas de nuestra tierra, cuya vida circulará por las arterias de ese bronce sagrado y melodioso; erguido en los estribos, y alta, muy alta la frente, para que todos veamos en ella el sitio en que fué tocada por el dedo del viejo Artigas: la unción de la patria, la predestinación luminosa de la gloria.

Artigas se alzará en Montevideo con los ojos clavados en el Cerro, dominador de nuestro Atlántico; Rivera debe levantarse allá, en la frontera, mirando siempre hacia el Norte, hacia el linde verdadero de la patria, a que él se aferró muchas veces, y que sólo abandonó rugiendo; Lavalleja quedará aquí, en el centro, junto a su cuna. Dejémoslo aquí, señores, dejémoslo aquí.

Y los fulgores de esas tres espadas se cruzarán al tráves de nuestro sagrado territorio, como los

fuegos de inexpugnables baterías combinadas; como las luces de faros-estrellas que alumbrarán nuestra ruta, si alguna vez cae la noche sobre el alma de los orientales; como los vértices del cuadro que debe formar nuestro Uruguay, el día en que el alma de la patria vuelva a tocar a llamada en el viejo clarín de Sarandí.

LEÓN XIII Y LA AMÉRICA LATINA

Conferencia dada en la velada que tuvo lugar el 30 de Junio de 1902, en honor de S. S. León XIII, en el Colegio Seminario de Montevideo.

SUMARIO: Cómo la misma Santidad de León XIII propuso ese tema al orador. — Recuerdo del gran pontífice. — León XIII es el pontífice suscitado por Dios para confirmar, en forma expresa, la independencia de la América Latina, cuyos estados son hijos de la democracia cristiana. — La perpetua reaparición de Cristo en la serie de los pontífices romanos. — La cuna de la dinastía sagrada. — Pedro el pescador y sus sucesores. — Tocando las cumbres. — El imperio romano; los bárbaros; fundación de las sociedades cristianas sobre la base de los bárbaros convertidos. — La nueva invasión. — La revolución de 1789. — Los bárbaros "sans culotte". — Un nuevo elemento. — El pueblo. — El origen del poder público. — La soberanía popular. — Una evolución natural precipitada por la revolución. — León XIII aplica a los bárbaros modernos el mismo procedimiento aplicado por la Iglesia a los antiguos bárbaros. — El procedimiento de la Iglesia. — Pío VII y Napoleón. — Pío IX. — Las dinastías.—"¡Allez au peuple!". — El nuevo soberano originario. — La América democrática y republicana. — La revolución americana no es hija de la revolución francesa. — Caracteres que las distinguen y diferencian. — El regalismo. — Opiniones de Avellaneda sobre el Congreso de Tucumán. —

Teorías de Hegel, Goethe, Carlyle y Taine.— Artigas como espíritu de la revolución americana. — La América al encuentro de Colón. — Sale al encuentro de León XIII.

Bien sabía yo, Excmo. Señor, lo que en este momento me esperaba; bien sabía, señores, que, en la batalla de esta noche, me había cabido en suerte un puesto estratégico, es cierto, pero que es también el de mayor peligro. Estratégico, en cuanto me ha sido dado recoger ideas, calor de vida, sugestiones luminosas, y colocar mi espíritu en un estado de armoniosa vibración, propicia al verbo, con sólo haber escuchado la voz contagiosa de mis amigos, que con tanta elocuencia os han hablado antes que yo. De mayor peligro, porque fácilmente puedo ser herido en este puesto por vuestra indiferencia, al pretender conquistar vuestra atención y mover vuestros afectos, desde que la codiciada posición de vuestros corazones ha sido ya bizarramente ocupada por aquellos mis justamente aplaudidos amigos.

Pero siento que este ambiente vibra aún, y, sobre todo, tengo mucha fe en el tema cuyo desarrollo se me ha encargado imperativamente: *León XIII y la América Latina.*

Hay, señores, un momento de penosa inquietud y de desaliento, que suele preceder a la composición oratoria, lo mismo que a la poética. Se siente

entonces una especie de pánico; las ideas dispersas flotan, como en un vago amanecer, en torno del asunto que uno se propone desarrollar, sin posarse en él, sin reconocerse las unas a las otras, sin formar el acorde que debe resonar en el alma, para que ésta se ilumine, y pueda leer el orador la revelación del dios interior que debe transmitir a su auditorio.

Cuando, al pensar en el tema que debo desarrollaros, mi espíritu se halló en ese período de malestar, un recuerdo amigo, vago y blanco como una nebulosa, salió del fondo de mi memoria, comenzó a adelantar hacia mi conciencia, a tomar forma en mi imaginación, y, por fin, se definió con toda la brillante nitidez de una estrella confidente y expresiva.

¡León XIII y la América Latina!

Sí, no hay duda; ese tema no es la primera vez que se me propone; me fué propuesto en una circunstancia solemne de mi vida: fué en Roma, lo recuerdo bien, y quien me lo propuso fué precisamente el mismo León XIII, en la audiencia en que le presenté una vez mis cartas credenciales como enviado diplomático de mi país.

El recuerdo, pues, de la blanca persona del gran pontífice, cuyo influjo en el mundo se os ha expuesto ya, se me apareció identificado con mi tema, y comunicándole su diáfano resplandor.

Yo veía, yo veo en este momento, señores, a ese anciano exangüe, casi inmaterial, que vive en la plenitud de su vigor intelectual en la edad en que los otros hombres han muerto, en que él mismo debía ser un muerto según el orden normal de las cosas; al verlo reaparecer en mí, evocado para vosotros, siento pasar por mis pensamientos, y recorrer de nuevo mi carne, el escalofrío que produce la proximidad de lo extraordinario, y que yo dominé con dificultad, cuando me hallé en presencia de León XIII; creo sentir en mis ojos la mirada sonriente, pensativa, penetrante como una estrella que se abre y viene hacia nosotros chispeando en la obscuridad, de aquellos ojos pequeños como gotas negras, vivaces y movedizos, amables e imperiosos, que reclamaban mi contestación a esta pregunta que me hacían los labios pálidos y expresivos del augusto anciano: ¿y cómo va vuestra América? ¿cómo va vuestro Uruguay? Decidme algo, pues, de su estado político, de su estado social y religioso. ¿Qué se piensa, qué se dice allá del Papa?

Ya lo veis, señores: es mi tema, mi tema de esta noche. Con deciros, pues, lo que entonces dije al Papa, os pronunciaría un buen discurso; casi estoy seguro de ello, aun siendo yo quien lo pronuncie.

Pero yo os engañaría, señores, si os dijera que voy a reproduciros fielmente la contestación que dí entonces a León XIII. Yo mismo no la sé. Sólo sé que hablé largamente con él, contestando su pregunta; sólo recuerdo que mi impresión primera de sobrecogimiento, se transformó pronto en una verbosidad, casi atrevida, de hijo consentido, que el padre de los padres recogía con benévola sorpresa, e interrumpía con signos que yo creí de aprobación; sólo sé que ese recuerdo reproduce aún en mis ojos el agrio de una lágrima brotada de muy hondo, que me fué arrancada por la mano trémula y fría, pálida y azulada como la de un convaleciente, que León XIII colocó fuertemente sobre mi cabeza inclinada, para hundir en mi alma su indeleble bendición paternal, en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

Pero si no sé con precisión lo que entonces dije al blanco anciano, estoy casi seguro de haberle dicho lo que entonces estaba en mi espíritu, y aun permanece en él; lo que hoy quiero deciros a vosotros, señores, y constituirá la proposición de mi discurso: que León XIII es, para nuestra América Latina, algo más que un nuevo y gran pontífice en la serie maravillosa de los sucesores del príncipe pescador; es el pontífice suscitado por Dios, en el momento oportuno,

para bendecir y confirmar de una manera expresa y definitiva, y en nombre del Único y Eterno Soberano de hombres y de naciones, el nacimiento a la vida independiente de las repúblicas americanas, de estas hijas legítimas y predilectas de la democracia cristiana, que, si rompieron los vínculos que las ligaban con sus antiguos reyes, lo hicieron obedeciendo a un secreto impulso providencial, y sin romper por eso, antes vigorizándolos más y más, los vínculos esenciales que las ligaban con su Dios, y con su augusto representante en la tierra.

Yo estoy obligado, señores, por la índole de mi conferencia, a concentrar mis raciocinios. No me es dado desarrollarlos debidamente, y tengo que limitarme a sugerirlos, contando con que la comunidad de nuestras ideas y sentimientos les dará pleno desarrollo en vuestro espíritu.

Vosotros sabéis como yo, y acaso lo sentís mejor que yo, porque sois mejores, que el Divino Fundador de la Iglesia alienta en ella eternamente. En nada se siente más enérgicamente acaso el calor de su respiración creadora, que en la continuada aparición del pontífice supremo que debe ser su representante, y la cabeza visible de la Iglesia. Es una constante reaparición sin eclipse de la luz de Cristo sobre la tierra: *lumen in cœlo.*

El divino Libertador del Mundo funda su Religión sobre la base de un pobre hombre, pescador en un lago circundado de aldeas. Lo convierte en piedra angular; lo hace príncipe de su sangre divina, con sólo infundirle su palabra, y lo envía a Roma, a tomar posesión del reino nuevo, es decir, a morir clavado en su trono cruz.

He ahí, señores, la cuna de la interminable dinastía de los pontífices romanos. La suprema condición del primer soberano debía ser la de saber morir, la de refrendar con su sangre la nueva ley: quien vence con morir es invencible.

Los sucesores inmediatos de Pedro salen también de los dormitorios subterráneos; brotan de la sombra. Allí los elige Dios, para ser nuevos vencedores según el concepto cristiano; nuevas hostias expiatorias y propiciatorias, que se van heredando la divina legitimidad: el derecho al potro giratorio de los mártires, que chispea, salpicando luminosa sangre real, en medio a las tinieblas del paganismo, que ya empieza a ser tragado por ellas. Era necesario insistir todavía en el triunfo del dolor hecho cosa divina, en la suprema victoria de la muerte hecha inmortal.

El imperio romano en descomposición se ha derrumbado, y se ha hundido en su propia noche infecta; los bárbaros, como si vinieran caballeros en buitres, se abaten desde el Norte sobre el cris-

tianismo recién nacido. Pero Cristo ha vuelto a aparecer, no ya en un viejo pescador, sino en el majestuoso León el Grande, que detiene a Atila con un signo de su dedo luminoso, salva a Italia de la devastación, y a Roma de los horrores del incendio y del saqueo, y defiende al mundo más tarde de las garras de Genserico, el fiero halcón. Y notadlo bien, señores, yo os lo ruego, porque esta será la idea fundamental de mi discurso: los bárbaros destruyen el imperio romano; sólo el papa los detiene; pero los detiene para bautizarlos. Y es precisamente de esos bárbaros vencedores, de esos hombres vellosos de instinto feroz, pero de sangre no contaminada, de los que se ha de valer la Iglesia para echar los cimientos de los pueblos occidentales; de nuestras actuales sociedades cristianas. Sí, señores: somos todos hijos de fieras domesticadas por Cristo. ¡No sin causa vemos reaparecer la fiera entre nosotros, desde el momento en que desaparece de nuestro lado el divino domador!

Los pueblos occidentales cristianos han nacido, pues; han nacido a la sombra de la Iglesia; nadie es osado a negar ese postulado de la historia. Pero ya esos pueblos han comenzado a rebelarse contra su madre. Los emperadores del sacro imperio romano germánico han pretendido resucitar el cesarismo pagano: la absorción del sacerdocio

por el imperio. Pero ya es tarde para conseguirlo: ya no es tampoco el viejo Pedro, el tosco pescador del lago, quien encarna la presencia de Cristo en este mundo: ocupa su lugar Gregorio VII, que, no teniendo ya el derecho de morir, sino el deber de vivir, reivindica y conquista su independencia espiritual en sus luchas con Enrique IV, y traza las fronteras del reino de Cristo, alzando los baluartes definitivos del circuito de la ciudad de Dios.

¡Cuán grato me sería, señores, recordaros, siquiera fuese ligeramente, los rasgos característicos de los grandes pontífices que abonan mi tesis: los de aquel siglo décimo tercio, por ejemplo, del siglo poético de Dante y San Francisco de Asís, para haceros ver destacarse sobre él la figura resplandeciente de Inocencio III! Nó: me es imposible: el pensamiento fundamental de mi discurso, al llamarme a sí, me empuja vertiginosamente de cumbre en cumbre; las veo pasar como antorchas volcánicas. Apenas si me es dado indicaros de paso ese pontífice sideral, que, con el nombre de León X, da su nombre al siglo del renacimiento, y es el principio de acción de todos los grandes progresos que entonces realiza la humanidad en marcha. Ni siquiera me es posible recordaros con la debida atención los momentos pavorosos por que atravesó el cristianismo, al

sentir en las puertas de sus fronteras orientales los golpes de la cimitarra musulmana, y en su suelo, ya invadido por el turco, el galopar siniestro de los potros de los bárbaros orientales. Y sin embargo, me es indispensable detenerme aquí un momento; tengo que haceros notar la diferencia que existe entre éstos y los otros bárbaros. Éstos no son, como aquéllos, el hombre primitivo de sangre espumante propicia al bautismo; traen la sangre contaminada por el virus sensualista del Corán. No son una aurora del Norte; son un crepúsculo caliente del medio día africano; son, como el imperio romano, el fin de un mundo, cercado por las sombras hambrientas que tienen que devorarlo. Así devoran las hienas a los cadáveres insepultos inhábiles para la resurrección.

Entonces veréis surgir también, del fondo de esas horas negras, la forma providencial de otro gran pontífice, suscitado por Dios para aquel momento; veréis reaparecer a Cristo, no ya en la forma del mártir, sino en la figura homérica de Pío V, a cuya voz apareja su escuadra nuestra madre España, e invocando a la Virgen libertadora con el título de *Auxilio de los Cristianos,* sumerge a los nuevos bárbaros, no en las aguas tranquilas del Jordán que redime, sino en las airadas de Lepanto, el impetuoso golfo exterminador.

Pero no enumeremos más, señores; comprendo que la enumeración tiene que fatigaros; dejemos pasar las cumbres; no nos detengamos ni siquiera en esa elevadísima en que resplandece la tiara de hierro de Sixto V; saltemos, a fin de arribar cuanto antes a los tiempos modernos, en que nos espera otra invasión de bárbaros: la revolución política de 1789, hija legítima de la revolución religiosa del siglo décimo sexto. Aquí veremos coincidir con la revolución francesa, en el tiempo aunque no en el espíritu, el nacimiento a la vida independiente de nuestras repúblicas americanas; y aquí veremos, una vez más, cómo el dedo de Dios marca a su elegido en la frente, y lo toca en la boca, al suscitar en su Iglesia el pontífice providencial.

Comprenderéis, señores, que no entra en las proporciones de este mi discurso el proceso de la revolución francesa, que ha hecho Hipólito Taine, el ecuánime pensador liberal, al llamarla a juicio para estudiar los orígenes de la Francia contemporánea. Esa revolución, que pretendió libertar el pensamiento humano, luchó contra los agentes *exteriores* que, según ella, lo esclavizaban; pero ni siquiera pensó, porque no creía sino en las apariencias externas, ni siquiera pensó en los agentes *interiores,* en los verdaderos tiranos

de nuestra voluntad, en los que realmente, esencialmente impiden nuestra libertad de pensar, de sentir y de obrar, y son los que dominaron la revolución en vez de ser dominados por ella: el vicio, el sensualismo, el orgullo, el odio, la ambición, la falta de energía para vencerse a sí mismo. En esos casos, señores, el pueblo no se liberta de los déspotas, sino para sustituirlos, para convertirse él mismo en opresor. Eso fué la revolución francesa.

No es, pues, mi ánimo el reproduciros los cuadros en que el ilustre crítico francés nos retrata la nueva invasión de bárbaros *sans culotte,* esclavos de sí mismos, y que pretenden libertar a otros; invasión que sube aullando desde el fondo hasta la superfice de la sociedad moderna; tampoco he reproducido los cuadros similares de los bárbaros que bajaron desde el norte para batirse sobre la sociedad antigua, y que fueron, no obstante, los progenitores de Clodoveo y de Recaredo.

Debo haceros notar, sin embargo, el rasgo fundamental, no político sino sociológico, de esos acontecimientos con que se inicia la historia contemporánea. De en medio del derrumbe de las antiguas instituciones seculares; de en medio de los errores y crímenes de la revolución, un nuevo elemento ha surgido providencialmente, provi-

dencialmente, no rectifico mi palabra, reclamando o reivindicando la suprema intervención en la dirección de la sociedad, y consagrando un nuevo principio, confuso entonces, pero basado en la realidad: el gobierno debe pertenecer a los más aptos de entre toda la sociedad; el método para descubrir el más apto es indiferente; el que consiste en su designación por el consenso popular es el más natural, y es la reacción natural también contra el que consiste en la designación por el simple nacimiento. Si aquel método no es perfecto ni infalible, menos puede serlo éste; pero, sobre todo, ambos son medios de conseguir un fin: la mejor constitución de la autoridad; la autoridad para el pueblo, nò el pueblo para la autoridad. Y eso es verdad, señores.

Ese nuevo elemento que ha aparecido, es pues, el pueblo precisamente; el pueblo que, considerando *res nullius* la autoridad civil, se hace dueño colectivamente de ella a título de primer nuevo ocupante, y la enajena después, o la delega en forma definitiva, en los hombres que él cree más aptos para ejercitarla en beneficio común.

¿Y quién, si nó el pueblo, ha de reconstituir la sociedad, dándole autoridades, una vez que éstas han caducado?

¿Y quién podría negar, sin que esto importe aplicar el raciocinio a un caso concreto, que hay

momentos en la historia de la humanidad, en que las autoridades, resistentes a una evolución consumada, y a una transformación necesaria, caducan y se extinguen, como una luz que se apaga por falta de oxígeno en el aire renovado?

La aparición imperiosa y brutal del nuevo soberano originario, señores, ¿era un simple accidente transitorio? ¿O era el término, previsto por la ciencia, de una lenta evolución de la humanidad, que la revolución precipitaba? ¿O era que las antiguas formas de toma de posesión y ejercicio del poder público habían terminado ya su ciclo histórico providencial, y reclamaban una forzosa sustitución, más en consonancia con el desarrollo del principio cristiano, y de la conciencia humana, forma que acaso hubiera venido por evolución ya iniciada, si la revolución no la determina brutalmente?

En ese caso, si el nuevo imperante se presentó como los bárbaros del Norte, como a los bárbaros del Norte era preciso detenerlo, reducirlo, bautizarlo, hacerlo servir de base para las sociedades cristianas democráticas del porvenir. Es el procedimiento histórico de la Iglesia, y es el que la Iglesia ha adoptado en presencia de la revolución moderna.

Para lo primero, para reducir a los bárbaros, Dios suscitó en el seno del Catolicismo a León el

Grande, que detuvo a Atila en las puertas de Roma; para lo segundo, Cristo ha reaparecido en otro León, no menos magno que el primero: ese es León XIII; León XIII, que ha dado contestación categórica a las anteriores preguntas: la democracia no es un accidente, es el término de una evolución secular; no es un eclipse, es la aurora de un astro nuevo. Es preciso aceptar sus formas, y hacerla cristiana.

Esa es la piedra del ángulo del gran monumento político de León XIII, monumento de piedra.

La Iglesia católica, señores, aunque jamás ha sido obstáculo a las transformaciones sociales o políticas exigidas por la marcha de la humanidad, no ha apresurado tampoco la muerte de las instituciones humanas consagradas por los siglos; ha contribuído más bien a conservarlas, sin por eso reconocerlas como eternas. Pero si bien no ha precipitado la muerte de esos organismos o formas de gobierno de vida limitada, tampoco se ha identificado con ellos, de modo a creerse obligada a seguir sus destinos atándose a sus cadáveres, porque ella es lo inmutable y lo inmortal, en medio a las transformaciones y las desapariciones. La frase es de León XIII, señores: la Iglesia, ha dicho el gran pontífice, no se ata a más cadá-

ver que al de Aquél que está Él mismo atado en la cruz.

El santo Pío VII, el doliente asceta torturado, procura detener y reducir, a fuerza de bondades, al bárbaro genial que arrastra en pos de sí las muchedumbres fascinadas, y azota a la Europa con la espada forjada para él en las fraguas de la revolución. Por ver si es efectivamente la encarnación genuina de la moderna irrupción predominante, el papa consagra y corona a Bonaparte bajo el dosel ojival de *Notre Dame*. Tolerancia paternal, pero inútil. Aquello es un meteoro luminoso pero inconsistente que pasa. No es el pueblo coronado; ni siquiera se llega al pueblo por él. Bonaparte ha comenzado, es cierto, por una fe en el hecho y en el espíritu de la democracia; pero, al aspirar a la corona de emperador de la sangre, de miembro de la dinastía austriaca, ha tenido que abdicar la corona real, real en el sentido de *res,* cosa, realidad, esencia, nó en el sentido de *rex,* rey; ha abandonado la democracia, para transformarse en un César, un César más, un César ebrio, ebrio de soberbia y de crímenes de gloria, que adopta, como prueba de su instinto cesarista, hasta la nomenclatura y los símbolos romanos. Él pasa, porque es la apariencia; pero el pueblo, que es la realidad, permanece y acrece de día en día su poder; per-

manece el nuevo principio: el gobierno para los más aptos; los más aptos designados por la nación.

Pío IX, el gran Pío IX, hace los últimos esfuerzos por mantener la existencia de las instituciones intermediarias, por medio de las cuales la influencia del representante de Dios se ejerce sobre los pueblos. Pero es inútil; esas instituciones no están ya identificadas con el pueblo, y tampoco lo están, en general, con la Iglesia; no sirven a su objeto. Recordad, si nò, aquella aristocracia escéptica y disipada del siglo XVIII; recordad a los Choiseul, a los Aranda, a los Pombal... y tantos más, señores, tantos más. Lejos de acercar el pueblo a la Iglesia, esas instituciones lo alejan de ella, haciendo cargar a ésta con las culpas dinásticas; lejos de cooperar a que aquélla desempeñe su misión evangélica entre la sociedad, le niegan sus atributos esenciales, le minan su prestigio y su autoridad, le arebatan sus recursos.

¿A qué, pues, intermediarios entre Dios y el pueblo?

Es entonces, señores, cuando Cristo reaparece en la forma transparente como una visión profética de nuestro pontífice León XIII, que se dijera sentado entre un sepulcro y una cuna. Es entonces cuando se oye salir de los labios octo-

genarios del pálido pastor de las conciencias aquella voz que rodó como un trueno bajo los tronos y los poderes tambaleantes, y que recuerda el *"id y enseñad a todas las gentes bautizándolas"*. *¡Allez au peuple!* dijo el papa desde lo alto; id al pueblo, pues; id a él directamente; sed el pueblo vosotros mismos, pues el pueblo es la fuente de soberanía más indicada por la naturaleza, y las leyes naturales son leyes de Dios; no os atéis servilmente a las formas accidentales, transitorias y caducas; no os amarréis a los cadáveres de suicidas; aceptad la democracia, que es hija legítima de la fraternidad de la cruz; si ella no es cristiana, arrojad sobre su cabeza el agua lustral, y ella, como el fiero sicambro, adorará mañana lo que hoy hace arder, y quemará lo que hoy adora, para arrojar incienso sobre las ascuas.

La encíclica de León XIII, señores, su carta monumental a los obispos de Francia, firme y serena como una epístola de San Pablo, no inventa ciertamente una doctrina. Los papas no inventan, señores: leen el Evangelio inmutable y siempre nuevo en compañía del Espíritu Santo, y lo releen al pueblo cristiano, en el momento oportuno, y traducido en lengua vulgar.

La doctrina de León XIII, que causó tanta sorpresa en los hombres de fe estrecha que empequeñecen a Dios hasta hacerlo del tamaño de

sus rutinas; la doctrina del grande anciano sobre el origen divino esencial de la autoridad, y sobre sus formas accidentales, sobre la soberanía originaria del pueblo especialmente, no era otra cosa que la doctrina planteada ya en Grecia por Aristóteles, y proclamada en toda su plenitud por las escuelas cristianas: por el genio portentoso de Santo Tomás de Aquino; por los maestros de las universidades castellanas, y por los de la antigua Sorbona; por el Padre Vitoria, por Belarmino, por el ilustre Padre Suárez en pleno siglo décimosexto; por vosotros mismos, oh maestros queridos de la Compañía de Jesús, que, al pisar tierra americana, os sentís tan republicanos como nosotros, y, sofocando quizá tradiciones personales, nos enseñasteis y enseñáis a nuestros hijos a amar y a glorificar las tradiciones de la patria independiente republicana, nacida a la libertad por la voluntad y el esfuerzo soberanos del pueblo ungido por el sacrificio y por la gloria.

La palabra de León XIII produjo, sin embargo, una especie de pánico o de consternación en muchos buenos espíritus de Europa, adoradores de las formas o accidentes, idólatras sin saberlo.

¿Qué será de la Iglesia, llegaron a decir, sin el apoyo de los grandes?

En vez de decir, como pensó León XIII: ¿qué será de esos pequeños grandes sin el apoyo de la Iglesia?

¡La Iglesia sin el apoyo de los grandes!

¡Como si pudiera haber algo grande al lado de Dios, apoyo inquebrantable de la Iglesia de su Cristo!

¡Como si, debajo del Solo Altísimo, pudiera concebirse en el orden social nada más alto y más poderoso que el pueblo, cuando le llega la hora de ser el agente de los designios de Dios!

¡El pueblo! ¡El pueblo soberano! No hay que desconfiar de él, señores; hay que ir a él, como lo quiere León XIII; hay que esperar en él, porque el pueblo es bueno, cuando no lo hacen malo los que después de sembrar vientos en su alma, lo reniegan y lo incriminan porque salen de ella tempestades. Es verdad, señores, que, en el momento más formidable de la historia, fué ese soberano anónimo quien, bajo los balcones del pretorio, reclamó la muerte del Hombre-Dios, y aclamó a Barrabás, el homicida y ladrón. Pero no es menos cierto que, entonces como tantas otras veces, el pueblo procedía instigado por los grandes, por los escribas sectarios, por los fariseos opulentos, por herodianos dinásticos. Y no es menos cierto que también fué el pueblo el único baluarte humano del Justo divino; no es menos cierto que, por temor a una sublevación popular en favor del Maestro, acusado de agitador, de sedicioso, de enemigo del César, se buscó la complicidad

de las sombras de la noche y los caminos menos concurridos, para arrastrar al Divino Redentor ante el inicuo tribunal perjuro.

Notad, por fin, señores, una circunstancia esencial de la participación del pueblo en el drama santo de la redención humana. Las muchedumbres que condenaron al Justo fueron las turbas de la capital, acaudilladas por los políticos; el pueblo amigo de Cristo fué el pueblo de los campos, el que había venido a Jerusalén a celebrar las fiestas, y acampaba en las orillas del Cedrón; el que realmente representaba el instinto popular no contaminado. Los pobres son evangelizados.

La Europa católica ha tardado mucho, señores, en compenetrarse del pensamiento genial del gran pontífice, que ha envuelto en luz el problema sociológico contemporáneo y abierto nuevos rumbos a la humanidad cristiana. La Europa ha tardado en comprender que, muy al contrario de lo que pretendieron algunos soñadores, que querían poner al servicio de la revolución semi-bárbara la fuerza de la Iglesia, León XIII quiere poner al servicio de la Iglesia la fuerza de la revolución incontrastable, cuyas causas profundas y seculares no deben buscarse ciertamente en el pueblo. Lo único que ha hecho el gran pontífice ha sido cambiar de instrumento para ejercer su misión evangelizadora, aceptar el más eficaz, el solo

eficaz, impuesto por los hechos providenciales.

Pero si eso ha tardado en ser comprendido en Europa, señores, aquí estaba nuestra América, bien predispuesta a recibir esa doctrina, porque es la base de su ser independiente; aquí estaba nuestra América, democrática y republicana de nacimiento, que, sin preocupaciones, ni reatos, ni solidaridad con hombres ni dinastías, pudo romper y rompió los vínculos políticos que la ligaban con sus antiguos reyes y señores, sin por eso pretender romper ¡qué digo romper! sin por eso debilitar en lo más mínimo los vínculos que la ligaban con su Dios; antes por el contrario, recurriendo a Él en apelación de los injustos procedimientos de los hombres. Él es el rey de todos los reyes, el señor de todos los señores, la fuente única de toda soberanía, de todo imperio y de toda humana potestad; Él el que desata los vientos escondidos en el aire; Él, el que concita a los pueblos escondidos en la historia.

No, señores: la revolución de independencia de la América latina no fué la hija de la revolución anticristiana europea, cualesquiera que hayan sido las influencias que ésta haya podido ejercer para determinar el momento, y aun para vulgarizar, aunque adulterado, el principio, que era ya nuestro, de ser el pueblo la fuente más

natural de soberanía, y de que el gobierno debe pertenecer a los más aptos. La revolución de nuestra América tiene su carácter propio. No es el desarrollo de una teoría; es un hecho providencial procedente del Evangelio; es la inspiración del corazón popular no enfermo, no contaminado; es la obra del instinto de libertad cristiana, que hace que los hombres redimidos por Cristo se sientan nobles por ese solo hecho, iguales ante Dios, y obligados a inclinarse sólo ante Él, ya que todo poder y toda autoridad sólo de Dios proceden, y sólo al cumplimiento de su voluntad suprema se encaminan. Ese es el verdadero origen de los estados soberanos. Estos se forman por la reunión de los hombres movidos por una misma inspiración, unidos por un mismo propósito de felicidad común, sometidos a una misma autoridad, y dueños de una suficiente extensión de territorio, delimitada por la acción de otros grupos de hombres que, persiguiendo el mismo propósito, son dueños de los territorios limítrofes. Cuando tales circunstancias se reunen, las nuevas naciones nacen, porque deben nacer, porque quieren nacer, porque Dios quiere que nazcan, sobre todo.

Observad si nó, se ores, la diversidad de caracteres entre la revolución europea del siglo pasado, y la guerra de independencia de nuestra

América latina. Allí, de las oleadas de las muchedumbres, empujadas por el viento soplado por demagogos, brotaba un sordo clamoreo contra Dios, cuyos altares ardían; aquí, el pueblo se reúne precisamente en torno de los altares; se congrega en los mismos templos; sus aclamaciones son una solemne plegaria, algo como el rumor de un bosque sagrado habitado por la tempestad. Allí, los generales que enarbolaban la enseña roja o la tricolor tenían muy a menudo la blasfemia en los labios; las excomuniones del papa, decía Bonaparte, no han de hacer caer los fusiles de las manos de mis soldados; aquí, el general Belgrano hace rezar el rosario a su ejército prosternado, antes de la batalla, y depone, después de la victoria, su espada vencedora a los pies de la Virgen de las Mercedes. Allí, se imponía al clero católico la opción entre la muerte y la apostasía; el clero eligió la muerte; aquí, los sacerdotes americanos veían identificado su juramento sacerdotal con el solemne de fidelidad a la Patria, y acompañaban sus ejércitos, y bendecían, en nombre del Altísimo, sus banderas, y alzaban, en coro con el pueblo, las acciones de gracias por las victorias. La revolución europea, por fin, y es esto lo más esencial, definió su espíritu y sus propósitos en declaraciones y constituciones anticristianas, cuyos errores ha condenado la Iglesia. Pues

bien: yo os invito, señores, a recorrer la serie de las constituciones de los estados latino americanos, y a que me indiquéis una sola en que haya dejado de consignarse, como base de la nueva nación, la unión de Dios y de la Patria, el consorcio de la Iglesia con el Estado, la filial protección de éste en favor de aquella; yo os invito a que me mostréis una sola de esas constituciones en que se hayan escrito principios que los hijos fieles de la Iglesia estemos en el deber de rechazar.

Ah... sí, los hay, es verdad; sí, los hay, señores, en algunas constituciones americanas. Pero observadlo bien: los errores que inficionan a veces esas cartas fundamentales de los pueblos de América, no provienen del principio democrático republicano que en ellas se consagra; no son hijos del espíritu popular americano que sustituyó al antiguo espíritu dinástico; ni siquiera representan el reflejo de los principios de la revolución francesa. Son precisamente todo lo contrario: son los hijos del viejo y funesto regalismo monárquico, señores, que significaba todo lo opuesto a la soberanía popular; los hijos del regalismo, que tenía su origen en la ley de Partida que dice al pueblo que *deve ver e conoscer, como el nome del Rey es de Dios, e tiene su lugar en la tierra* (1); o la que dice que el monarca será considerado como el

(1) Partida II, título XIII.

"Vicario de Dios" sobre la tierra, y como el propietario de todos los países del globo sujetos a su cetro (1); son el *patronato real,* el *exequátur,* el *placet regio,* que, aunque nacidos, es cierto, de un acto de amor y gratitud del Estado hacia la Iglesia, y de una concesión de ésta, se había transformado, mucho antes del movimiento democrático moderno ¡muchos antes! en el gran recurso cesarista para maniatar a la Iglesia, para oprimirla, para humillarla, para arrebatarle, con su carácter de sociedad perfecta e inviolable, sus atribuciones inalienables; para arrancarle, en fin, su divina primogenitura, á trueque de un plato de lentejas rojas.

Oid, señores, lo que dice el esclarecido prócer don Nicolás Avellaneda, en el magistral estudio que nos ha dejado sobre el congreso de Tucumán, que declaró la independencia argentina el 9 de julio de 1816:

"No hubo jamás una asamblea más argentina, dice el ilustre presidente de la república hermana; ninguna que respondiese mejor al estado intelectual y moral del país. Hablamos de la pureza de sufragios con que fueron designados sus miembros, ya que el congreso mismo volvía con complacencia los ojos sobre lo inmaculado de su origen, recordando, en su manifiesto del 2 de agosto,

(1) Partida II, título XIII, ley XXV.

que casi todos los diputados habían renunciado, y que los pueblos ratificaron su nombramiento..."

"Leamos ahora sus nombres, y no encontraremos, a la verdad, los de los actores políticos que siete años de revolución habían hecho famosos."

"Son eclesiásticos en su mayor parte, y doctores todos de Córdoba y Chuquisaca. No habiendo vivido en la ciudad capital del virreinato, y sin haber salido del interior de su país, han permanecido naturalmente extraños a las influencias que vienen de afuera. No conocían los libros con que la Francia había removido los espíritus en el siglo XVIII; y, si los acontecimientos de la revolución llegaron a sus oídos, había sido solamente para inspirarles un santo horror."

"Van a emanciparse de su rey, y toman todas las precauciones para no emanciparse de su Dios ni de su culto; y es este recelo de sus espíritus el único sentimiento que pudiera atribuirse a la advertencia de los sucesos extraños" (1).

Ese es efectivamente, señores, el espíritu de la revolución americana. Si esos doctores de Córdoba y Chuquisaca, y todos sus congéneres de América, tenían errores que inficionaron algunas de sus constituciones, esos errores no eran hijos del

(1) Nicolás Avellaneda: *Ensayo histórico sobre el Tucumán.*

espíritu democrático republicano, sino residuos del regalismo tradicional, que sólo la democracia debe extirpar, porque si se declarase heredera de privilegios reales cesaristas, renegaría, por ese solo hecho, de sí misma.

No cabe, señores, en las proporciones de esta conferencia, la demostración, que podría ser amplísima, de esta mi afirmación fundamental; pero bástenos recordar que, después que el Rey Nuestro Señor Carlos III expulsó a los jesuítas brutalmente de los dominios de su corona, fundó en Buenos Aires, para sustituir sus colegios, el *Real Consistorio Carolino.*

¿Cuál era su espíritu? No es posible dudarlo. Estudiad sus anales, señores, y veréis las doctrinas que allí se enseñaban: el regalismo absoluto tradicional en la monarquía, el regalismo universal, el verdadero cesarismo, que hace de la lealtad al rey, considerado el ungido directo de Dios, el dogma supremo, y niega a la Iglesia el carácter de sociedad perfecta, independiente, y de origen divino: plena herejía.

La doctrina católica, señores, sostiene el origen divino de la autoridad. Sí, no hay duda ninguna; toda autoridad viene de Dios; lo mismo la doméstica, determinada por la generación, y que es indeleble en su esencia, aunque puede ser caduca en su ejercicio, que la civil o política, determi-

nada por los hechos en que puede o no intervenir la libre voluntad de los hombres, y que es esencialmente caduca con relación a las personas.

Pero vosotros sabéis perfectamente, señores, que de esa doctrina que establece *el origen* divino de la autoridad, a la unción de Dios, directa, personal, perpetua, atribuída a ciertos y determidos hombres o familias, considerados como seres superiores en la especie humana, hay un abismo. La primera es doctrina católica; la segunda nó; la primera engendra naturalmente la democracia y la república, desde que el hecho más natural para determinar la autoridad es la designación popular; la segunda es la madre del cesarismo que, en sus relaciones con la Religión, se ha llamado *regalismo*.

En este está, señores, vuelvo a repetirlo, y no en el principio democrático republicano, el huevo de los errores de algunas constituciones americanas.

En ese Real Consistorio Carolino de que os he hablado, se formaron los Larrañaga, los Irigoyen, los La-Robla; en él debe buscarse el origen de los errores regalistas del deán Funes, y de tantos otros, que son legión. Fué en esa época, señores, durante el reinado de Carlos IV, cuando se pretendió, contándose con la anuencia de doce obispos, separar de Roma la iglesia de España, a cuyo

efecto, cuando ocurrió la muerte del pontífice Pío VI, el rey Carlos IV prohibía a todos los prelados de España y sus dominios que diesen noticia alguna sobre la elección del nuevo pontífice, y sobre el estado de la iglesia universal, a menos que esa noticia fuera recibida directamente del secretario de su majestad.

Esa era la doctrina predominante en la monarquía que la revolución democrática americana debía sustiuir por la soberanía emanada del pueblo. Convengamos, pues, señores, en que nada hemos perdido con la sustitución; convengamos en que los hijos fieles de la Iglesia católica, aunque sólo fuera en el carácter de tales, sólo podemos bendecir a Dios por la independencia de la patria americana, y, muy especialmente, por el espíritu democrático republicano que fué su aliento, su nervio, su vida intrínseca.

Pero, como antes lo he afirmado, señores, la revolución de nuestra América no fué el desarrollo de una doctrina; fué un hecho del dinamismo popular. El pueblo es su mente, es su corazón, al mismo tiempo que su brazo.

Pero es el pueblo del Cedrón, entendedlo bien, el amigo de Cristo; no el de la capital, que, incitado por herodianos y fariseos, declaraba no querer más rey que el César, y hacer de Barrabás su predilecto.

Por eso, señores, los grandes y clásicos caudillos de la independencia americana; los que de veras concentran el espíritu flotante en su tempestad de gloria, no son los hombres que bebieron inspiraciones en las bibliotecas de la enciclopedia, ni en las antecámaras regalistas, ni en los sanhedrines diplomáticos; no son los que, venidos de la Europa revolucionaria, renegaban del poder eficiente del pueblo, y fraguaban restauraciones o formaciones de monarquías americanas sobre la base de los híbridos principios del 89; de aquellos derechos del hombre sin deberes correlativos, de aquella tendencia a encadenar los tiranos exteriores, con el solo objeto de erigir en tales a los interiores, a los vicios y las pasiones del hombre.

Los verdaderos caudillos americanos fueron aquellos que bebieron toda su inspiración, y recogieron toda su fuerza, y cifraron todas sus esperanzas en los puros sentimientos populares, sentimientos esencialmente cristianos; los que, conservando los principios de libertad, de igualdad y de caridad, que habían sido traídos a América por los misioneros, por los verdaderos libertadores, no estaban contaminados por las rebeldías de la razón, ni por las apostasías del sensualismo utilitario.

Hay una teoría alemana, señores, según la cual todo período, toda nación, toda civilización, tienen su *idea,* que es como el gran núcelo cuya rotación atrae, determina y ordena todas las otras ideas. Donde Hegel, el filósofo germánico, coloca una *idea,* Carlyle, el original y conceptuoso escritor inglés, pone un *sentimiento,* que él concentra en un *héroe;* Taine, el historiador sociológico francés, nos habla de un *personaje reinante.* Hegel, siguiendo su método de las *ideas madres,* que funden en la unidad hasta los mismos contrastes, busca la fórmula de todo, de todas las cosas; Gœthe, siguiendo el mismo sistema, busca la visión de las ciencias, la visión de todo, y lleva a Fausto a la mansión obscura de las *madres* o de las *causas.*

El héroe, dice Carlyle, contiene y representa la civilización en que está comprendido. El pensador inglés resume, pues, en un hombre, todos los elementos dispersos que Hegel pretende concentrar en una ley, y Gœthe en una imagen. Aquellos viejos reyes del mar, dice Carlyle, silenciosos y sombríos, que, con los dientes apretados, desafiaban al Océano embravecido, y a sus monstruos, y a todos los hombres, y a todas las cosas, ignorando que fuesen especialmente valerosos, son los abuelos de nuestros Blakes, y de nuestros Nelson.

La verdadera historia, dice Taine comentando

a Carlyle, no es otra cosa que la epopeya del heroismo.

Yo no acepto, señores, filosóficamente hablando, esas teorías sobre la influencia del medio, como creadora de una conciencia colectiva. Yo creo que, haya lo que haya en el medio ambiente, concurran más o menos eficazmente las cosas y los hechos concomitantes a formar una grande idea, ésta ha de presentarse la primera vez *en una conciencia*. Y no hay más conciencia que la de los hombres, la de un hombre. Pero diciendo *transeat* a aquellas interesantes hipótesis, y hasta aceptando la parte de verdad que ellas contienen, y que es la que puede conciliarse con la personalidad y la libertad humanas, y con la absoluta imputabilidad de los actos del ser inteligente y libre, concentrad, señores, en un héroe, la idea o fórmula de Hegel, la visión de Gœthe, o el sentimiento heroico de Carlyle o de Taine, para formar la idea, el héroe, la imagen o el personaje reinante de la revolución americana; elegid en nuestra América el equivalente de aquellos viejos reyes del mar, abuelos de Nelson, que glorifica el inglés contemporáneo, y que, según él, tienen parte en el gobierno actual de la Inglaterra; buscad el personaje original, clarividente, sin preocupaciones extrañas, en contacto sólo con *las madres,* ajeno por completo a la influencia de las

grandezas cesaristas, la quinta esencia de estos pueblos recién nacidos a la libertad, y no hallaréis en la historia del continente una figura más clásica ni más homérica, que la que ofrece nuestra historia patria. Ese hombre es Artigas, el primer jefe de los orientales; el más calumniado, sin embargo, el más escarnecido de los héroes americanos.

Examinad, señores, los rasgos fisonómicos de esa genial figura, que proyecta, inmóvil como un mito, sobre el primer resplandor de nuestro patrio sol, y que es, para nosotros, mucho más ciertamente de lo que pueden ser para los ingleses aquellos viejos reyes del mar, que enaltece Carlyle como los abuelos de Nelson y como el genio de Inglaterra. El viejo Artigas, aunque de origen urbano y patricio, aunque de posición social independiente y de educación y cultura descollantes en su época, fué al pueblo, sólo al pueblo; creyó en él, no desconfió jamás de sus energías, ni de sus virtudes; tuvo fe en la democracia nativa.

Él rechazó las dádivas y promesas de los poderosos, porque ningún honor, según él mismo lo decía, podía superar al de ser caudillo y conductor de su pueblo heroicamente indigente; él, que pudo haber ocupado las más encumbradas posiciones, obtenido los más altos grados militares, conseguido el mayor predominio, y formado una

fortuna personal, fué siempre inaccesible al soborno; se alzó con el pueblo y cayó con el pueblo; vivió libre, en compañía de su visión profética, y murió mendigo, en compañía de un negro, soldado de su ejército sacrificado. Él, como el Fausto de la leyenda, estuvo en contacto con las causas, las visitó en la caverna obscura de los sueños, recibió de ellas la llave fantástica; él, acusado y perseguido, no sólo por los extraños, sino también por aquellos de los propios que renegaban del evangelio democrático republicano, huye como la fiera herida que lleva entre los dientes a sus cachorros; huye con todo su pueblo, con sus familias, con su miserable patrimonio; huye con la patria a cuestas, hasta ponerla en lugar seguro, hasta salvarla para la democracia.

¡Extraña figura, señores, extraña figura! No en balde ese genial personaje ha desorientado a tantos sociológicos de segunda mano, que sólo han podido distinguir en él las apariencias que lo confunden con los caudillos anárquicos y sangrientos. Es necesario mucho silencio, señores, para entrar en el secreto de los héroes. En nuestra América, no se ha hecho bastante silencio todavía en el sagrado de la historia en que los héroes habitan.

Artigas es la lucha del hombre que tiene el pensamiento fijo en la real esencia de las cosas,

contra los que lo tienen puesto en las apariencias, como dice el mismo Carlyle. Transformar lo accidental en esencial; creer en las viejas fórmulas de organización social como en el único medio de formar la patria, medio sin el cual sólo podía haber desquicio y anarquía interminables, eso fué lo que hicieron los hombres de la revolución que, aunque fueron grandes, no fueron genios. Artigas no fué de esos: fué una intuición, una fe, una fuerza nueva: la fuerza que al fin ha triunfado: la democracia nativa. Por eso no podía fundirse ni confundirse con los demás; describían órbitas distintas. Artigas era centro de nuevo sistema planetario; los otros eran astros, pero astros del antiguo; no concebían más sol que el sol: el rey europeo o incásico. Artigas creyó en el pueblo, en la materia cósmica, más o menos caótica, pero capaz de ser fecundada por la palabra creadora. Él la fecundó, y de su aliento brotó la patria nueva, la patria republicana de nacimiento.

Y digo *más o menos caótica,* señores, porque yo bien sé que hay quienes, imputando a ese salto brusco y sin preparación, del absolutismo colonial a la democracia, todos los males sociales y políticos porque han atravesado y atraviesan las repúblicas americanas, reniegan del origen de la patria, y escarnecen y denigran a sus primitivos

héroes proféticos. Esos sociólogos hubieran deseado tener la facultad de elegir madre antes de haber nacido, y hubieran elegido una gran dama aristocrática y opulenta. Pero la madre no se escoge, señores; y sobre todo, para llegar a la opulencia bien nacida, es preciso comenzar por el trabajo, por el esfuerzo tenaz, por el sacrificio heroico muchas veces.

Si: es indudable que las cosas hubieran ido mejor, si estos pueblos hubieran estado preparados prácticamente al gobierno propio al hacerse independientes, como hubiera sido mejor que los bárbaros, base de los pueblos occidentales hubieran venido del Norte con alguna práctica de la vida cristiana. Su civilización hubiera sido más rápida, sin duda alguna; el feudalismo allá, como el caudillismo acá, hubieran durado menos, y su transformación hubiera exigido menores esfuerzos. Pero eso, y perdónenme el desacato los sociólogos que tal afirman, tiene mucho de verdad de Pero Grullo: ¿no es verdad, señores? De eso no puede deducirse la condenación de los dos grandes ideales: el ideal cristiano allá; el ideal democrático cristiano aquí; y mucho menos la del héroe primitivo que desbravó la selva virgen, y arrancó de la cantera inviolada el bloque de mármol, duro pero sin grietas, en que modeló

con su martillo de hierro la estatua de la nueva diosa.

Ahora bien, señores, ¿no es verdad que pudiera decirse que ese hombre Artigas, tipo de la revolución americana, había lanzado o escuchado el grito de León XIII *¡allez au peuple!* ¡id al pueblo! con su mismo significado, con su misma extensión, cien años antes de haber sido pronunciado por el gran pontífice?

Artigas es, señores, la revolución americana; él es el viejo abuelo impertérrito que venerarán las generaciones futuras de América, cuando Nelson haya nacido entre nosotros, y cuando el Carlyle y el Taine americanos hayan hablado de los héroes. Hoy, en nuestra América, no se habla, o se habla muy poco, o se habla muy mal de los profetas.

Pues bien: si León XIII ha marcado en Europa al pueblo, erigido en fuente inmediata del poder, como la base de la restauración cristiana de los tiempos modernos, aun en aquellas sociedades en que esa base parecía chocar con venerables tradiciones seculares; si el gran pontífice ha sancionado expresamente la organización democrática que se ha dado una nación con tantos reatos como la Francia, y bendecido sus banderas, ¿con cuánta efusión no habrá bendeci-

do las nuestras americanas? ¿Con cuánta no habrá confirmado nuestra pura democracia, estas nuestras repúblicas recién nacidas, sin más base que los principios cristianos de libertad, sin más tradiciones que los esfuerzos y los sacrificios heroicos de un pueblo que siente por instinto la ley natural de su propia soberanía, con el solo anhelo de constituir su propio hogar para ser feliz, y para en él bendecir a Dios al bendecir a la patria?

Señores:

Cuando Colón, el cruzado navegante, con los ojos fijos en la visión azul como el mar que brotó de su alma, y le marcaba una ruta, emprendió su viaje para llevar la cruz a las regiones ignotas, él, como vosotros lo sabéis, no buscaba nuestra América; ni siquiera sospechaba su existencia: iba en pos de las costas de la India; buscaba sólo el oriente por el occidente. Ya lo he dicho en una ocasión solemne: no fué Cristóbal Colón el que se presentó a América; fué América la que salió de entre las espumas del mar al encuentro de Colón, para decirle: ¡Aquí estoy! ¡Esa cruz es para mí!

Cuando León XIII, después de hundir su pensamiento luminoso en las obscuridades del pro-

blema contemporáneo, más profundo que el mar tenebroso, salió con su visión mensajera, e indicó el pueblo como el nuevo mundo, base providencial de la restauración cristiana de la sociedad moderna, tampoco pensaba acaso en nuestra América; él pensaba en Europa, cuyos tronos seculares, como los dioses hieráticos de la India, se alzaban en el mar de las tempestades populares; pensaba especialmente en Francia, cuyas flores de lis se habían marchitado ya para siempre, al parecer.

Pero, como al paso de Colón desde el fondo de los mares, sale nuestra América al paso de León XIII, desde el fondo de sus tradiciones y sus glorias democráticas, y sus repúblicas independientes le dicen en coro: aquí estamos, señor; somos nosotras; somos el pueblo que ha pasado por tus visiones, el rey bueno del porvenir y del pasado: el que, en el porvenir, restaurará todas las cosas en Cristo; el que en el pasado fué el amigo del Justo, porque, acampado en las orillas del Cedrón, no fué el instrumento de los sanhedrines deicidas, ni oyó la voz de fariseos y de herodianos.

Señores:

Os prometí deciros algo de lo que yo había dicho a León XIII, al contestar su pregunta. Ad-

vierto que he estado con vosotros más locuaz, sin duda alguna, de lo que estuve con el augusto anciano; pero vosotros, señores, no seréis menos benevolentes que él, y me perdonaréis. Lo que os prometí deciros, bien o mal, os lo he dicho.

CHILE - URUGUAY

Discurso pronunciado en el banquete ofrecido por la Comisión Popular uruguaya a la "Delegación Chilena en el Río de la Plata", que visitó a Montevideo con ocasión del afianzamiento de la paz entre Chile y la Argentina. — (3 de Junio de 1903).

Señores:

Es para mí un motivo de ingenua alegría el poder decir algunas palabras en este banquete popular, y, sobre todo, el que me haya tocado decirlas ahora, después de haberse dado las primeras elocuentes bienvenidas a nuestros ilustres huéspedes, y de haberse interpretado el pensar y el sentir del alma colectiva de mi país, con relación al alma nacional de la patria chilena.

Yo, por muchas razones, hubiera tenido que permanecer callado, y gozando de este amable espectáculo de fraternidad chileno-uruguaya, si no me hubiera sido dado el ofreceros, oh amigos, el tributo de mis afectos personales. De tal mane-

ra dominan ellos mi espíritu exclusivamente, en estos días de calorosas expansiones.

Yo estoy convencido como todos, por supuesto, de la trascendencia de este cambio de manifestaciones amistosas, tan espontáneas, tan abiertas, entre chilenos y orientales, desde que, sea como diplomático, sea como periodista, sea como oriental, he tenido que meditar muchas veces sobre el problema internacional hispanoamericano, en sus relaciones con los destinos de mi país. Pero yo os aseguro francamente que no es nada de eso lo que recuerdo en este momento, que estimo un momento de felicidad. Yo estoy recordando y quiero recordar a mis viejos y queridos amigos de Chile; yo quiero vivir un momento, para vivirlo unido íntimamente con vosotros, en aquella época de mi vida en que, pasada apenas la niñez, y comenzada la primera juventud, se abrió mi espíritu entre vosotros, a las primeras impresiones perdurables, a las germinales meditaciones, a los nacientes afectos viriles, a los augurales ensueños de gloria. Todo eso se confunde en mi recuerdo, señores, con vuestro Chile, dejadme que diga con *nuestro* Chile, tan noble, tan bueno, tan valiente, tan generoso; con las azules transparencias de aquellos vuestros valles; con vuestras blancas montañas esculturales y gloriosas, cuyos perfumes respiré con avidez, hasta saturarme de patria chilena, en

esa edad en que los dolores y los desencantos de la vida no han nevado aún sobre el alma, ni han logrado todavía encanecerla.

¡Recuerdos, recuerdos amables! Tomadlos, oh amigos, completadlos; yo os los arrojo sobre el alma, porque sé que despiertan en ella melodiosas resonancias. Son mi tributo, son mi obsequio.

Todo eso ha pasado en el tiempo, señores; pero no pasa en el alma que vibra, que vibra con acorde musical.

Aquellos mis viejos amigos de adolescencia me están escuchando con vosotros, estoy seguro, en este momento en que hablamos de Chile con cariño.

¿Desde dónde?

No lo sé. La vida los ha dispersado. ¡Oh buenos amigos!

¿Sus nombres?

No quiero pronunciarlos individualmente; son legión aérea que pasa melodiosa. Muchos de ellos llevan los mismos apellidos vuestros, oh nuncios de nuestra fraternidad; pero todos ellos se llaman amistad, triunfo de amor sobre el tiempo y el espacio. Los unos de entre esos amigos, que aparecen en mi memoria, han quedado ocultos en la vida del hogar; los otros han hecho de sus nombres resonantes otros tantos emblemas de gloria chilena, y de esplendor americano.

Salta en este momento uno de esos nombres de entre la legión que pasa: es el del amigo de ojos claros y serenos, de mirada profunda y noble, de alma más noble y más transparente que su mirada juvenil: se llama Germán Riesco... Ah, señores, es verdad: hoy no puedo pronunciar a la ligera ese nombre sin irreverencia; hoy tengo que detenerme a saludar en él al ilustre actual Presidente de la República Chilena. Deteneos, pues, conmigo, señores; levantaos conmigo, yo os lo ruego, a saludar entre aplausos, al esclarecido ciudadano que hoy rige los destinos de la gran nación hermana...

(*El auditorio se pone de pie y aplaude largamente el nombre del Presidente de Chile*).

Y sin embargo, señores, otros amigos míos han subido más alto que él, mucho más alto todavía: algunos de ellos, algunos de los más queridos han muerto... y han muerto por la patria! Arrojados al fuego de la batalla, se han transformado en perfumes; sumergidos en la noche de la muerte... se han convertido en auroras.

. . . . . .

Vosotros comprendéis, señores, ¿no es verdad? que esos recuerdos no pueden saber mentir; vosotros me creéis, oh amigos los bienvenidos a mi patria, cuando os digo que amo a vuestro Chile con toda mi alma de oriental, y que esa mi alma

transparente refleja el alma buena de mi Uruguay, que os aclama sin reservas.

Pero tengo que seguir con mis recuerdos. Hay una nación hermana en cuyo seno discurrieron fugitivos los años de mi niñez, en que se ríe a través de las lágrimas. Allí también amé, allí también aprendí, allí echó profundas raíces mi corazón en flor, raíces que es imposible arrancar sin que el corazón se muera de sed. ¡Oh buena, oh gloriosa patria argentina! ¡Oh amiga escondida en las luminosas nieblas de mi primer recuerdo! ¿Cómo olvidarte en este momento de confidencias fraternales, si tú eres y has sido siempre nuestro refugio generoso, si eres la amiga de ayer, si eres la amiga de hoy, si serás la amiga de siempre, porque Dios lo quiere, y porque nosotros lo queremos?

Señores... no me miréis, aunque quizá lo merezco, con ojos distraídos; no tachéis estas palabras, que voy enhebrando sin concierto, de subjetivismo egoísta. Todo esto es algo más que la historia amable de una alma: es la historia del alma.

Todo eso os lo he mencionado, no sólo para ofreceros y ofrecer a vuestro Chile el obsequio de mis recuerdos, que son tesoro, pero sólo para mí, sino para poneros de relieve toda la angustia que

se apoderó del alma uruguaya, cuando vió que, con intermitencias que se sucedían como llamaradas de incendio, sacaba la cabeza de un cráter de los Andes una Medusa siniestra coronada de serpientes; cuando vió que esas dos hermanas que debían amarse entre sí, aunque no fuera más que por la ingenua razón de que nosotros las amábamos, estaban colgando crespones de un odio concentrado e inverosímil, y enlutando para la muerte los horizontes americanos. Yo he llamado a mis recuerdos para que os dijesen, para que os contasen algo de la alegría que se ha apoderado después de nuestro espíritu, cuando hemos visto que, vencedores de la hidra de cabezas renacientes, vencedores de vosotros mismos, grandes y fuertes como nunca, os arrojásteis el uno en brazos del otro; y, en medio de los júbilos de la reconciliación perdurable, pensásteis en nosotros, y recordásteis que os amábamos, y habéis venido a recoger los gajes de nuestro afecto.

No hablemos más de todo eso, no hablemos más.

Hoy, señores, una luz tenuísima, una luz recién nacida, parece difundirse por nuestros cielos muy altos, muy distantes; hoy parecen andar por ellos los cantos de la alborada de Belén: gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los

hombres de buena voluntad; hoy la estrella, que es un sol, y el sol, que no es otra cosa que una estrella, son astros buenos, astros amigos que anuncian felicidad. Ya podemos, señores, ¡gracias a Dios! trabajar tranquilos en nuestros días; ya podemos dormir tranquilos en nuestras noches silenciosas. Podemos dormir, y hasta podemos soñar: soñar en prosperidades inauditas, en fuerzas incontrastables, en soberanías intangibles de la América del Sud.

La gran república ibero americana del Norte se ha unido con nosotros a la gloria de vuestro triunfo: el nombre de nuestro hermano el Brasil es aclamado en estos momentos en Chile, como es exaltado el nombre de Chile en el Uruguay.

Son las constelaciones que se reúnen, señores, obedeciendo a una ley de atracción providencial incontrastable, buscando la sideral armonía.

Chile, la Argentina, el Brasil. Es verdad: son las tres grandes potencias de la América del Sud.

Pero yo quiero recordaros, señores, que la constelación clásica de nuestro hemisferio, la más hermosa de las constelaciones celestes, es una grande cruz de estrellas que sube y baja por nuestras noches autrales.

En esa constelación, tres estrellas son de primera magnitud. Pero recordad que en ella exis-

te una cuarta, que, no por aparecer como de segunda magnitud, deja de ser un astro de luz propia y perdurable. Bien sabéis, señores, que la magnitud en los astros, como en los estados, es sólo aparente.

Si escribís, pues, en los primeros de esos viajeros de lo infinito los nombres resplandecientes de Chile, de la Argentina, del Brasil, ¿qué nombre habéis de dar a la cuarta estrella, indispensable para formar la constelación indivisible del Sud, qué nombre habéis de darle si no es el nombre querido de mi Uruguay?

Hacedlo así, oh amigos que habéis sido los portadores de la buena nueva; dejadme que os ponga en el alma esa resplandeciente cruz de estrellas, como el recuerdo cariñoso y perdurable que os entrego, en nombre de mi patria, para que ilumine vuestras noches.

Señores: Brindemos a esa radiosa cruz de soles de nuestro hemisferio austral; brindemos porque esa constelación querida siga su ruta impertubable en torno a nuestro polo americano; brindemos porque con ella, sigan también su curso feliz y eternamente armónico, todos los astros que poblaron el cielo americano en los días de nuestras glorias, brotando del vacío al *fiat lux* omnipotente de la revolución de 1810.

MONSEÑOR JACINTO VERA

Discurso pronunciado, en el atrio de la Catedral de Montevideo, ante el cadáver del Ilustrísimo y Reverendísimo señor don Jacinto Vera, primer obispo del Uruguay.

Señores:

Por comisión del Club Católico de Montevideo, tengo que dar a la palabra dolorosa algunos momentos que me veo en el caso de arrancar a las lágrimas; a las lágrimas que, en este momento, bañan mi alma, y el alma del pueblo uruguayo enlutado y consternado .....

. . . . . .

¡Padre!... ¡Maestro!... ¡Amigo!... ¿Dónde estás?

Dinos que es verdad que esos tus ojos están cerrados para siempre; cuéntanos cómo esa tu mano ha caído para siempre postrada a fuerza de bendecir; haznos saber que la última sonrisa que debías cambiar con la muerte, tu última amiga, es esa que tienes helada entre los labios, y que en ellos quedará inmóvil para siempre; danos

la triste noticia de que ese tu corazón está por fin deshabitado, deshabitado del amor que en él vivió, que en él y con él se movió determinando sus latidos; dinos todo eso, por más amargo que sea... pero dínoslo una vez siquiera, para que sintamos, una vez más, el contacto de tu vida, para que podamos decir a nuestros hijos, a las generaciones a quienes transmitiremos tu memoria, cuál fué la última vez que escuchamos tu voz que era armonía, tu voz que consolaba, que acariciaba, que era verdad .....

.. ..

Señores, hermanos, pueblo uruguayo: el santo ha muerto. Su espíritu invisible anda en torno de nosotros, y recoge nuestras lágrimas, que, en este momento, son lluvia de la tierra al cielo.

Ha caído, señores, como él lo presentía, como él lo anhelaba: en actitud de apóstol, andando, abrazado a su cruz en medio de nuestros campos desiertos, mártir de su deber de caminante. Se ha desplomado en nuestros brazos, como el águila herida de muerte en los aires, que deja en ellos su vuelo, que es su alma, y devuelve a la tierra lejana su cuerpo solo.

Él tiene derecho, oh, sí, tiene derecho, señores, a arrastrarnos como nos arrastra en el dolor de su muerte, porque siempre nos envolvió en las bendiciones de su vida.

Yo no tengo, oh hijos de ese padre común, oh hermanos, yo no tengo una frase bastante dolorosa y perdurable para que enterremos en ella su memoria. El panegírico de sus virtudes lo ha meditado anoche sólo mi llanto; perdonadme, señores, si mi palabra incoherente sólo refleja el confuso pensamiento de las lágrimas de insomnio.

¡El santo ha muerto!

Ahora, inmóvil pero expresivo aún en su último lecho, no más duro que los que ocupaba en vida, es una sombra amiga. Vedlo: la misma muerte pierde su horror en su cara grave y apacible.

Nació predestinado a hacer la felicidad del pueblo uruguayo, y ha cumplido la voluntad de Dios.

Fué verdad, fué abnegación, fué consuelo, fué paz, fué ejemplo.

Él pobló de palabras acompañantes la soledad del lecho de muerte de nuestros padres, de nuestros hermanos, de nuestros amigos. ¿Recordáis su sonrisa? Ella sólo ahuyentaba los rencores, conciliaba las familias, desarmaba a los enemigos. Hablaba con los hombres, con la misma ingenua ternura que empleaba para bendecir a los niños. Y los hombres se sentían niños cuando

estaban con él. Su sola presencia era una resignación difundida; su voz curaba y alentaba: su plegaria fecundaba como un riego, como una lluvia lenta que cae sobre el campo mientras dormimos.

La historia de este anciano muerto, señores, es la historia íntima, amarga muchas veces, desconocida casi siempre, del espíritu de su pueblo. ¡Oh santo mensajero! Él se ha llevado en el alma el alma de nuestros dolores, al foco de las eternas redenciones; él es nuestra vida que alienta en la eternidad.

Maestro, buen maestro: las oraciones que nos enseñaste perfumarán de incienso tu memoria, de incienso ardiente. Duerme en paz, que nosotros velaremos.

Padre perdido para nuestro amor de la tierra: enséñanos a llenar el vacío que en nuestra alma dejas; enséñanos a llenarlo con los amores del cielo.

Amigo, santo amigo: te besamos en la frente, con un beso húmedo en lágrimas que corren. Ayúdanos a seguir el ejemplo de tu vida, como hemos seguido, oprimidos y llorosos, el camino de tus despojos.

Padre, maestro, amigo... Dios lo ha querido: te dejamos en la soledad de tu sepulcro.

Cúmplase la voluntad divina e inescrutable. Bendita sea la mano que nos castiga, sacándonos al que amábamos de nuestro lado.

Adios, buen padre; la fe y las oraciones que nos enseñaste serán nuestro tributo para tí. Tú has muerto en el Señor. Duerme en paz, duerme en paz en su regazo. Nosotros haremos silencio, largo y acongojado silencio...

DON FRANCISCO BAUZÁ

Discurso pronunciado en el Cementerio de Montevideo, al inhumarse los despojos del señor don Francisco Bauzá, el 5 de Diciembre de 1899.

Señores:

La Unión Católica del Uruguay, el Club Católico de Montevideo, que tengo el honor de presidir, y el Círculo Católico de Obreros, me han dicho que venga aquí, a decir adiós, en nombre de ellos, a ese muerto ilustre que fué mi amigo, que es mi amigo. ¡Oh santa amistad la de los muertos! Y he venido, trayendo hasta aquí mi corazón con esfuerzo; con mucho esfuerzo, señores, porque nada pesa tanto como el corazón, cuando está cansado.

¡Y yo tengo que hacer oir aquí la voz del mío a pesar de todo!

Se acaba de decir, por bocas elocuentes, y en representación de entidades excelsas del país, que la patria ha perdido un grande hombre; que es la voz de la elocuencia la que se ha extinguido en esa garganta que ya no vibrará jamás; que

una de nuestras hogueras intelectuales se ha apagado en ese cerebro para siempre frío bajo sus cenizas; que uno de nuestros hidalgos corazones ha quedado inmóvil para siempre en ese corazón vacío.

Se ha recordado al prócer, al soldado, al diplomático, al escritor, al ministro de estado, al pujante batallador de las luchas políticas.

Es verdad, señores: el senador don Francisco Bauzá fué un prócer ilustre, fué un prócer honrado. Amó a su patria por ella misma; porque amarla era ley, necesidad armoniosa de su espíritu; porque sentía identificadas con sus tradiciones domésticas todas las tradiciones de la patria; porque las sentía en la médula de sus huesos, que conservarán su huella aun después que se desnuden de su carne; en los glóbulos de su sangre, en el calor de su vida; porque, con la convicción intuitiva de su corazón, no concebía ni podía concebir una patria más grande que la patria uruguaya, desde que sólo ella era del tamaño de ese corazón, pues sólo ella lo llenaba; porque pasó su vida estudiando su pasado, luchando por su presente, soñando en las grandezas de su porvenir. Bauzá, señores, era un hombre para pensar; era un atleta para luchar; era un niño para sentir.

Los hombres así, señores, prosperan muy poco generalmente en el mundo. Encerrados en sí mismos, ajenos al pensar de los hombres que los rodean, son mirados como entes extraños. Van por la tierra tristes y solos en su gloria, encerrados en la columna de humo que envolvió a Moisés en el desierto. Son muchas veces desgraciados. Mueren pobres como ha muerto Bauzá, porque para andar por el suelo estorban las alas.

Pero las injusticias de la tierra, llaman a la otra vida, como llaman los niños desgraciados a su madre. Oh nó, no hay ni puede haber una injusticia eterna para el ser inteligente y libre; también las penas tienen su día de alegría: el último de la vida. Llegan, señores, sí, tienen que llegar los momentos de las grandes reparaciones para los hombres de bien, reparaciones que deben ser *para ellos* y no para nosotros. Y lo serían sólo para nosotros, en vez de ser *para ellos,* si esas justicias reparadoras se limitaran a estas manifestaciones, puramente terrenas, con que honramos a un hombre que ya no está con su organismo sensitivo en la tierra. Eso sería insistir en la injusticia, señores; sería hacer servir una vez más al hombre ilustre para nuestro honor, para la gloria nuestra.

Por esa consideración, señores, llego naturalmente al desempeño de la misión que me han confiado los centros católicos de Montevideo, que creen y esperan en la permanencia de la persona humana al través de la muerte. Es ahora cuando tengo que recordar y llorar, no ya al prócer de la patria, cuyo recuerdo será patrimonio de todos, sino al hermano en la fe, al amigo querido, al compañero de causa, cuya memoria no morirá jamás en el alma de los que nos arrodillamos al pie de los mismos altares, de los que libramos con él las luchas cívicas por los mismos ideales cristianos, de los que confiamos y esperamos con él en no ser desamparados en el momento eterno, de los que con él creemos en Jesucristo, divino redentor de la humanidad, y nos confortamos con el vino de sus infalibles promesas.

Yo quisiera, señores, que todos los que, unidos en un mismo sentimiento de respeto hacia ese muerto cristiano, acompañamos contristados sus despojos, estuviéramos también unidos en un mismo sentimiento de fe en la inmortalidad, y tuviéramos en los labios la misma fórmula de plegaria, la fórmula inefable que nos enseñó el Maestro; que todos pudiéramos pronunciar las divinas palabras que, bajo la paternidad del Padre común, consagran la fraternidad de todos

los hombres; que todos pudiéramos arrancar en coro unísono de nuestras entrañas dolorosas la plegaria inagotable, y decir al cielo en los momentos de dolor y de amargura: ¡oh Padre, Padre nuestro que estás en los cielos!

Esa sería, señores, la felicidad; porque si el orden es la armonía de las cosas, ¿qué es la felicidad sino la armonía de las almas?

Pero ya que tanta dicha no es posible en este mundo de contradicciones, dejadme que, en la representación que invisto, haga pasar por esta atmósfera sagrada, al despedir al compañero, al amigo, al hermano querido en la fe y en la esperanza, haga pasar por esta atmósfera sagrada las palabras que más gratas hubieran sido a esos oídos que ya no oyen, y que, sin duda alguna, él escucha desde el seno de la eternidad; dejadme acatar, en nombre de la fe, los altos designios de Dios; dejadme decir, en nombre de esa fe que represento, las palabras que son tributo expiatorio y suplicatorio por los muertos: oh Padre, Padre que estás en los cielos; Vos nos lo disteis, vos nos lo quitasteis; acatamos, oh Padre, tus soberanos designios; Tú solo eres bueno; Tú solo justo; Tú solo altísimo. Que se haga, en todo, y para siempre, tu santa, tu misteriosa voluntad!

DOÑA SOFÍA JACKSON DE BUXAREO

Discurso pronunciado, el 4 de Septiembre de 1900, al inhumarse, en el panteón de familia de la capilla de Jackson, en Larrañaga, los restos mortales de la señora doña Sofía Jackson de Buxareo.

Señores:

De nuevo venimos a abrir, bajo el ábside ojival de esta iglesia, ese venerable panteón de la familia Jackson, tan conocido de la familia oriental; tan amado y conocido sobre todo de los desgraciados.

En ese sepulcro, señores, han caído ya muchas veces las lágrimas de este pueblo; lágrimas de dolor, de respeto, de amor, de gratitud. Al levantarse la piedra que lo sella, parece que brotan, de su fondo lleno de noche, memorias santas que se encienden en lo obscuro, y salen a nuestro encuentro con la majestad de la muerte, de la muerte que es corona, y nimbo de luz perpetua, y serenidad celeste, en los muertos que se nos aparecen cuando pensamos en Dios.

En ese sepulcro han dormido y duermen los hijos el sueño eterno al lado de los padres: en él está Elena, la mujer de puros ojos azules, reflejo de un alma todo transparencia, de ojos que se llenaron de noche en pleno día; la amiga personal de los desvalidos; la que fué sonrisa de dolores ignorados, y cuyo recuerdo pasa en este momento por nuestra memoria como un perfume de lejanos paraísos. En él duerme Clara, aquella nobilísima matrona; aquella madre impertérrita ante los dolores con que la vida premió casi siempre sus heroicas y no olvidadas virtudes; aquella mujer que, transformando su hogar en santuario inaccesible al deleite, lo llenó del perfume de su propia alma de madre, y del incienso propiciatorio que subía al cielo desde sus resignaciones y sus ejemplos, desde las ascuas siempre encendidas de sus caridades. A él traíais ayer no más, señores, a don Juan, a aquel gran ciudadano, varón sin tacha, alma de hierro, forjada por Dios en nuestra tierra, para dejarnos un modelo perdurable de virtudes cristianas, y para que también nosotros tuviéramos el tipo de la humildad en la grandeza, del desprecio de toda vanagloria en la opulencia, de la rectitud de intención en la caridad hecha sólo por amor de Dios y sólo para su gloria, de la pobreza y de la humildad en medio de la riqueza, considera-

da por el que la posee sólo como un préstamo de Dios, y un instrumento de labor penosa y abnegada.

Todos ellos, señores, nos han estado aguardando en esa tumba hasta este momento, y aquí les traemos contristados lo que ellos esperaban. El último de los cuatro hermanos Jackson que, durante cuarenta años, no han cesado de derramar beneficios a manos llenas en este nuestro país, viene también por fin a esperar aquí la resurrección de su carne, al lado de sus mayores y de sus hermanos; a reunirse, al fin, al puro representante de la nueva generación, que la muerte arrancó prematuramente de su rama, para arrojarlo marchito en esa tumba.

La santa mujer que hoy traemos dormida a descansar en el seno de los suyos, era la última hermana que nos quedaba de la generación de benefactores de la sociedad que en ella termina, para dar paso en la tierra a la nueva, que está encargada por Dios de continuar la obra de caridad de sus progenitores. En ella parecían haberse reconcentrado todas las virtudes de ese apellido ilustre en los anales de la caridad uruguaya: ella reunía, a la dulzura de los unos, la viril serenidad y la honda conciencia de su misión de los otros; a las grandes resignaciones, las inagotables ansias de hacer el bien; a las altiveces

de la verdad y la virtud, las renuncias de todo predominio mundanal; al esplendor de la caridad munificente y generosa, la obscuridad de la vida que prepara a la muerte y predestina a la gloria.

En ella, pues, parece querer reconcentrarse, en este momento majestuoso, todo el homenaje de la gratitud social; y por eso, congregados en torno de ese ataúd, lloramos nosotros, en nuestras lágrimas, las lágrimas de millares; elevamos, en nuestra oración, una solemne y propiciatoria oración nacional.

Yo traigo aquí, señores, la misión de rendir un homenaje póstumo, abriendo la urna de la palabra dolorosa que guarde la memoria de esa mujer fuerte, cuyos despojos vamos a entregar a la tierra, que piadosa los recibirá en su seno; traigo esa misión en nombre de la *Unión Católica del Uruguay;* me la ha dado el *Club Católico* de Montevideo, que tengo la honra de presidir; me la han confiado también los *Reverendos Padres Salesianos, las Conferencias de San Vicente de Paul, la Cruz Roja Uruguaya de Señoras Cristianas.*

Yo cumplo, señores, mi misión, pronunciando especialmente los nombres de esas instituciones. Pero a mí me parece, al pronunciarlos, que cien voces, brotadas de todos los confines de la repú-

blica, se disputan el derecho de ser las primeras en hacerse oir, quieren a todo trance vibrar en mi voz, y reclaman el privilegio de formar las primeras en el acorde de la gratitud que en torno de este sepulcro se levanta, como un enorme estallido de corazones reconocidos. Oigo gritos de niños educados en los asilos, protestas de ancianos recogidos en las mansiones de la vejez, voces de vírgenes del Señor, que enseñan y forman el corazón de la niñez desvalida, que rezan por los que no rezan, que redimen la sociedad con sus plegarias y virtudes ignoradas; escucho bendiciones de familias socorridas, de dolores aliviados, y de grandes amarguras restañadas; resuena en mi oído, señores, la voz salmódica de los templos construídos por la munificente caridad de esa gran matrona, que puede decir con el salmo del divino rito: yo he amado, oh Señor, el decoro de tu casa, y el sitio que es la habitación de tu gloria; llega hasta mí el clamor de todas las instituciones de beneficencia amparadas por esa mujer, el de la prensa católica que protegió difundiendo el periódico y el libro conductores de la buena nueva; el de todas las comunidades religiosas que ella trajo al país y sostuvo con su dádiva generosa, para difundir la verdad y el ejemplo, para esparcir por toda la república simientes de vida en almas desiertas y abandona-

das, para repartir a manos llenas lo único que el hombre puede dar sin tenerlo él mismo: la felicidad.

Esa gran mujer, cuyos despojos traemos acongojados al sepulcro de los suyos, y cuya pérdida viste de luto a la nación; ese corazón que ya no tiene ritmo, señores, palpitó siempre, vosotros lo sabéis, movido por la pasión del bien que es armonía; anheló la gloria de Dios con la intensidad del apóstol; buscó su reinado en las almas y en la sociedad, con una tenacidad y una perseverancia que absorbieron su vida casi entera, su inteligencia luminosa, su voluntad inquebrantable; alzó siempre los ojos al cielo, para leer en él cuál era la voluntad de Dios, a fin de realizarla en la tierra; se consideró siempre como una simple administradora de los dones de inteligencia, de carácter y de fortuna de que Dios la había dotado, y ha estado siempre preparada a rendir cuenta escrupulosa de esa administración ante los tribunales eternos.

Hoy, señores, esa cuenta está rendida. Y no nos engaña nuestro corazón, no nos engaña cuando nos hace sentir en este momento, en torno del sepulcro de esa mujer que reposa, el eco de las divinas absoluciones, de los ósculos eternos, de las recompensas infinitas.

El duelo, señores, debe convertirse entonces

en apoteosis solemne; las lágrimas deben perder toda su amargura; el tributo de gratitud debe dirigirse, ya no sólo a la memoria de la bienhechora de nuestra sociedad cuya pérdida lloramos, sino al Dios de misericordia que ha hecho cesar los dolores de su sierva para llamarla a su seno, y para hacerle oir las palabras eternas, que son el germen y la raíz de todas las grandes virtudes, de todas las caridades heroicas que brotan a la sombra de la cruz: Venid, benditos de mi Padre, a poseer el reino que os está preparado desde la eternidad; porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, estuve enfermo y encarcelado, y me visitásteis, y me curásteis, y disteis a mi corazón la palabra de paz, la de consuelo, la de esperanza.

PAZ A LOS HOMBRES

Discurso pronunciado en el palacio de gobierno de Montevideo, el 30 de Marzo de 1903, en el "meeting" iniciado por la Cámara de Comercio con motivo de la celebración de la paz.

SUMARIO: El espíritu de la multitud. — La guerra civil. — Sus verdaderas causas en el Uruguay. — La nueva solución. — Lo que significa la manifestación popular iniciada por la Cámara de Comercio. — El señor Batlle y Ordóñez y los trabajos de paz. — La gloria común. — La paz hija de paz.

Señor Presidente de la República:

La Cámara de Comercio, iniciadora de esta manifestación popular, ha querido que sea yo quien os hable en este momento; que sea yo, el más modesto de vuestros conciudadanos, quien recoja el espíritu de ese monstruo de treinta mil cabezas y treinta mil corazones que acaba de pasar aclamando vuestro nombre por debajo de los balcones de esta casa en que vive vuestra legítima autoridad, y lo infunda en algunas palabras que palpiten y perduren.

Y eso no es posible, señor: la palabra no puede vivir cuando el pensamiento que la habita la comprime demasiado; estalla y se desvanece en el viento, sin transmitir la idea ni sugerir la emoción.

Esa multitud que os ha aclamado es muy grande; su espíritu muy complejo; indefinible, para mí al menos, esa su aun perceptible resonancia.

Ese clamor que acaba de pasar por aquí va sonando a júbilo y a alegría indudablemente, tiene acordes de entusiasmo y de esperanza; eso se percibe claramente. Pero ese grito tiene también mucho de un inmenso suspiro; en él se nota aún el dejo de las trémulas angustias y de las negras congojas por que ha pasado este pueblo en estos últimos días; algo de la sorpresa y del pavor de que se sintió poseído, cuando, sin querer dar crédito a sus propios ojos muy abiertos, tuvo que convencerse de que la guerra civil, la tenebrosa guerra civil, con todos sus desastres, iba a ser una vez más, si ya no era, una verdad en nuestra tierra; de que una vez más habíamos caído en nuestro delirio morboso, que ya se creía extirpado de nuestro organismo para siempre.

¡La guerra civil! La hija del espíritu de soberbia que perdió la facultad de perdonar y la potencia de amar! ¡La larva puesta tantas veces

por el orgullo o la inconsciencia en las entrañas de la libertad impúber!

Ahí van, pues, palpitantes aún en esa multitud clamorosa, las exclamaciones de desaliento de los hombres pensadores sorprendidos por los sucesos; las protestas sofocadas de los que, sin fuerza moral batante, se veían arrastrados a la guerra fatal contra su propia voluntad; los sollozos de las madres, que veían desaparecer del hogar, acaso para no volver, a sus briosos hijos adolescentes, llevados por el torbellino; los lamentos de los hombres de trabajo, que sentían la tempestad abatirse sobre el surco recién abierto, y arrebatarles el pan de su familia; los cantos tristísimos de nuestros campos, de ese nuestro gaucho desheredado, señor, tan noble, tan valiente, y tan resignado a su destino, que no ha sido otro sino el de ser empujado a la guerra y a la muerte por el brazo férreo de su patriotismo inconsciente. Ruinas, desolaciones, amarguras de todo género, profundas perturbaciones interiores, posibles y difíciles complicaciones exteriores, todo se amontonó sobre nuestras cabezas en la nube tempestuosa que apareció en nuestros horizontes; todo eso, y mucho más, va resonando aún en ese enorme suspiro de multitud que cruza, como una ráfaga de viento disipador de la tormenta, a lo largo de nuestras calles.

¿Y todo eso por qué? ¿Todo eso por quién?

Señor: recordemos nuestro pasado; miremos dentro de nosotros mismos, y encontraremos, en el fondo de nuestra alma, un irresistible y generoso sentimiento de piedad y de indulgencia hacia nuestro presente.

Fué el viejo espíritu, señor, al que no es ajeno ninguno de los que hemos nacido en esta tierra volcánica, al que no se ha sustraído ninguno de nosotros, el que amenazó en estos últimos días la felicidad nacional. No podemos ni debemos acercarnos a examinarlo con demasiada precipitación, porque acaso nos pasara lo que al atrevido e irrespetuoso personaje de la leyenda, que, al descubrir el ataúd, vió con pavor que era su propio cuerpo el del muerto que llevaban a enterrar.

Fué el inquieto espíritu heredado, el nativo genio turbulento, al que debemos nuestras glorias y nuestros desastres, y que no se resigna a quedarse sólo en el pasado; quiere a todo trance arrastrarnos hacia allá; atravesarse en nuestro camino; cerrarnos el porvenir; fueron los acontecimientos históricos, que se eslabonan de una manera fatal, porque los hechos tienen su lógica inflexible; fueron nuestros latentes problemas sociológicos y políticos, que no habían hallado solución en la inexperiencia del pasado, y se pre-

sentaban de nuevo a buscarla, una vez más, en la madurez del presente; fué el complejo fenómeno morboso de nuestro organismo social, el antiguo germen no extirpado de disolución, que hace su aparición de vez en cuando, provocado por circunstancias accesorias, y produce el vértigo que, perturbando la conciencia, hace reaparecer la subconsciencia atávica.

Era, pues, indispensable tentar esta vez una nueva solución; no la antigua convencida mil veces de impotente. Era indispensable hallar una fórmula hija de un examen profundo de la conciencia nacional, del medio ambiente, de las circunstancias atenuantes; una idea de estadista, de sociólogo, de varón fuerte, y, sobre todo, de patriota.

Para eso era necesario en el gobierno un hombre superior, capaz de sustraerse al vértigo del abismo, de comprender que se puede gozar de la libertad y de la fuerza sin servirse de ellas, y que es posible ser buen patriota sin experimentar las perjudiciales pasiones de la patria, como se puede ser buen hijo sin padecer las enfermedades de la madre.

Lo que quiere decir, pues, en resumen, señor Presidente de la República, lo que quiere decir esa solemne aclamación que acaba de pasar por

esa plaza, es que ese hombre en el gobierno habéis sido vos. O es eso lo que esto significa, o no tiene significado alguno. Hablan, pues, en mi voz, señor Presidente, esos treinta mil ciudadanos que van por las calles de Montevideo.

Bien ha comprendido ese pueblo, señor, las angustias de vuestros combates interiores; pero por eso precisamente os aclama con mayor pasión; bien ha sabido que os habéis visto solicitado por tendencias radicalmente opuestas, y sin embargo respetables, y por razones contrarias, y sin embargo poderosas; bien ha sentido la lucha de un átomo con otro de vuestra sangre, que se ha librado en la soledad de vuestras arterias; pero, precisamente por eso, hoy os proclama vencedor; porque vuestra mente serena ha sabido dar el triunfo que le correspondía a la sangre generosa que, enviada directamente por vuestro corazón a vuestro cerebro, hizo florecer en éste el pensamiento germinal de la tolerancia y de la paz.

El pueblo, señor, que no se engaña en sus grandes instintos, ha sabido que habéis padecido en su carne; que habéis vivido tantas vidas cuantas se vieron amenazadas por la guerra inminente; que habéis palpitado en tantos corazones cuantos estuvieron acongojados por las angutsias de estos días.

Por eso os aclama, señor, como símbolo de fortaleza y al par de justicia; por eso estáis realizando en estos momentos el supremo y difícil ideal de la democracia: ser a un tiempo mismo el jefe del poder público y el de la opinión.

Y nosotros especialmente, señor, nosotros, los que en distintas formas os hemos asediado sin compasión en los momentos de ansiedad, reclamándoos la paz, la paz a todo trance, la paz a toda costa, y haciendo cargar, acaso injustamente, sobre vuestro espíritu, todo el peso de la responsabilidad de un momento supremo; nosotros, que sabemos que el consejo es una especie de paternidad que crea deberes en quien lo da, venimos lealmente, y con resuelta satisfacción, a cumplir nuestro compromiso de honor; a rodearos y a estimularos en este momento de gloria, en que la inmensa aclamación del pueblo agradecido es la consagración solemne, definitiva, irrevocable, de vuestra conducta de magistrado, y justifica también la nuestra de agentes de concordia cívica, y de cívica esperanza.

En aquellos instantes de angustia, cuando se llegó a temer que una sola cláusula, al parecer poco importante, de las bases de pacificación, estaba a punto de hacer desmoronar las esperanzas

del pueblo, vos, que queríais sinceramente la paz, permanecisteis, sin embargo inflexible en vuestra primitiva exigencia. Pero en esa inflexibilidad hemos visto, señor, no sólo el propósito de conservar incólume, como lo habéis conservado, el principio de autoridad y el prestigio de vuestro gobierno, sino algo más grande y más generoso: hemos visto el propósito de compartir con esos mismos hermanos que se habían alzado en armas frente a la autoridad constituída, la gloria, la transparente gloria de haber cedido ellos también, ofreciendo así, también ellos, en esta fiesta lustral de los holocautos patrióticos, una ofrenda propiciatoria a la patria; pudiendo así también ellos, en esta pascua de nuestras esperanzas nacionales, comer con todos sus hermanos el pan sin levadura y el cordero sin mancha de sangre, que simboliza la nueva era; la era de la paz de noble estirpe; la era de la paz hija legítima de paz.

Así, y sólo así, vigorizaremos el principio de la autoridad constituída, emanación del pueblo libre; uniendo al pueblo y al Gobierno en una sola aspiración de paz y de justicia, superior a toda otra aspiración; así apresuraremos, como dice el poeta pensador, el camino de la razón en las almas retardadas, el advenimiento de la época en

que todos los que sean fuertes tendrán miedo de su fuerza, y en que, poseídos de un santo temblor, temblarán a un tiempo mismo, el poder, en presencia de sus deberes, los pueblos, en presencia de sus derechos.

OBRA DE PAZ

Discurso pronunciado, en el "Teatro Larrañaga" de la ciudad del Salto, en el banquete ofrecido por el pueblo al presidente de la república, don José Batlle y Ordóñez, el 1.º de Octubre de 1903.

SUMARIO: Las manifestaciones al presidente de la república. — Su significado. — El pueblo se aclama a sí mismo. — El principio de autoridad. — El acatamiento al fallo del sufragio. — La bandera y el abanderado. — El ciudadano Batlle y Ordóñez. — Sus títulos. — Los palmares de Soto. — La mujer en la obra de paz. — El brindis.

Señor Presidente de la República:

Señores:

Nó, no ha sido un triunfo de la generosa y elocuente insistencia de mi amigo el doctor Blixen, como él lo acaba de afirmar, el hecho de haberme yo levantado a dirigiros la palabra. Si vosotros no me hubierais pedido que os hablara esta noche, yo os hubiera rogado que me escucharais, pues para eso acepté reflexivamente, y muy agradecido, la invitación a acompañarlo en este viaje,

con que me honró el presidente de la república: para proclamar, definir y comprometer opiniones arraigadas en mí, tras larga y concentrada meditación; para unir mi adhesión, por insignificante que ella sea, a la que el pueblo del Uruguay quiere ofrecer y ofrece, en su devorante anhelo de paz y de normalidad, a la situación política que preside el ciudadano con quien bebemos en esta mesa el vino generoso de las cívicas cordialidades; para estimular intenciones buenas, y vigorizar esperanzas firmes, para unirse a vosotros, señores, el ejercicio de la virtud ciudadana que consiste en prestar franco y valiente apoyo a los gobiernos dignos de él por su origen y por sus actos, virtud que representa muy a menudo mucha mayor fortaleza e independencia mayor que la que consiste en combatir las tiranías.— (*Aplausos*).

(*Si bien en las piezas oratorias que forman este libro se han suprimido las manifestaciones o movimientos del auditorio, se han conservado en el presente discurso, tomado de la versión publicada en "El Día" de Montevideo por juzgarlo así necesario a la comprensión e integridad de la obra*).

Todo es sugestivo señores, en el ambiente de entusiasmo que hemos respirado y respiramos desde que, hace algunos días, dejamos, con el

presidente de la república el puerto de Montevideo. Pero yo he creído distinguir una idea protagonista, en medio de esta serie no interrumpida de aclamaciones populares. Estas manifestaciones completamente espontáneas, y en las que nadie podrá encontrar ni un átomo de esas imposiciones oficiales o de esas lisonjas falaces que no son raras en casos análogos, son la proclamación del gran principio, *alma máter* del régimen democrático republicano que todos amamos: el soberano originario, o, más bien dicho, la fuente inmediata del poder es el pueblo; él es el nervio de la soberanía. Y si hoy aclamamos al hombre que preside este banquete augural, es porque vemos en él la huella luminosa del dedo popular, que lo ha tocado en la frente, y le ha ungido la cabeza con el óleo sagrado del sufragio libre.—(*Grandes aplausos*)

Es el pueblo el que se dignifica y ennoblece, por consiguiente, señores, con estas manifestaciones de respeto a esa entidad consagrada que acata sin temer; con ellas se aclama altivamente a sí mismo, porque con estas aclamaciones, más aún que al abanderado, saluda y rinde tributo a la bandera, al pabellón de las instituciones libres, del orden, de la normalidad, del respeto a la ley, del imperio de la justicia, encarnados en la per-

sona del primer magistrado de la nación.— (*Aplausos*).

Yo he creído ver y palpar en las manifestaciones de ayer en Paysandú, y en las no menos vibrantes de hoy en el Salto, un hecho esencial. Vosotros me diréis, señores, si es o no exacta mi observación. O mucho me equivoco, o una parte de esas aclamaciones al jefe legítimo de la nación han brotado de labios y corazones de hombres que, en la reciente campaña electoral, no fueron partidarios de la candidatura del ciudadano Batlle y Ordóñez, para presidente de la república.

(*Varias voces: es cierto, es cierto.*)

Pues bien: ya que ello es cierto, digamos que, si todas las manifestaciones de adhesión que han poblado y pueblan el ambiente que respiramos son briosas y son fecundas, ninguna es más amplia, ninguna más libre, más democrática, que la de esos ciudadanos que fueron los adversarios del hombre que hoy acatan y sostienen; porque ella denuncia la convicción, instintiva en unos, científica y reflexiva en otros, de que la persona es lo accidental, de que lo esencial es el principio de autoridad encarnado en ella, y respetada como condición *sine qua non* del ejercicio de todas las libertades; que la bandera es el símbolo; que la realidad amable ante todo es la pa-

tria, la patria definitivamente constituída y apta para la democracia, libre, feliz, próspera por el funcionamiento ordenado de un robusto organismo institucional; porque eso indica que ya nos vamos convenciendo de todo lo estériles que son las luchas fuera del orden, y de que ellas son la causa de todos nuestros males; porque eso revela, en fin, señores, que nos vamos inclinando a seguir el ejemplo de la gran democracia del Norte, en donde, después de la más reñida de las elecciones presidenciales, la primera mano que se tiende muy abierta, muy grande, muy llena de jugo del bravo corazón norteamericano al candidato vencedor, es la mano del candidato vencido, derrotado en buena lid. Eso es lo noble, señores, eso lo valiente, lo fecundo... — (*Grandes aplausos y aclamaciones*).

¿Qué virtud cívica esencial entraña la aclamación que tributamos al amigo personal, o a la persona que nos es simpática y de quien somos bien queridos, cuando esa persona es elevada por el triunfo cívico?

¡Valiente virtud, señores, valiente virtud! La palabra virtud viene de *vis,* fuerza, y para aclamar al amigo triunfante no es necesario hacernos fuerza alguna.

La virtud está en lo contrario: en la aclamación y el estímulo ofrecidos al adversario legal-

mente vencedor, en el acatamiento democrático al principio que él ha triunfado.

Alzarse contra el resultado de una elección en que se ha tomado parte libremente, y alzarse contra ella porque no ha vencido nuestro candidato o nos es antipático el triunfador, es algo que casi deja de ser culpable a fuerza de ser pueril. Sí, señores, eso tiene algo del niño que se somete a tirar a la suerte con sus hermanos pequeños el juguete apetecido, pero sólo en el caso en que la suerte le sea favorable.

Nos vamos, pues, haciendo hombres, señores: nos vamos convenciendo de que los destinos de la patria no son juego de niños voluntariosos y consentidos, que puedan depender de nuestras simpatías personales. Ya era tiempo, ciertamente, ya era tiempo.— (*Grandes aplausos*)

Pero aunque es ese el significado más amplio de estas manifestaciones altivas, señores, ellas revelan también, pues no es posible negar la luz a medio día, que el pueblo oriental está persuadido de que, en este caso, el abanderado es digno de la bandera... (*Grandes aplausos interrumpen al orador*) está convencido de que el abanderado es digno de la bandera, y por eso confunde, en una sola aclamación, los colores de ésta con las virtudes cívicas de aquél.

(*Aplausos prolongados*).

El ciudadano Batlle y Ordóñez, señores, ha exhibido sus títulos bien saneados al sufragio popular que ha ungido su cabeza; él no es un advenedizo afortunado; él ha sido, durante su vida entera, un soldado de la libertad política; cualesquiera que hayan sido y sean nuestras divergencias de principios y aspiraciones en otros terrenos, en ese, que es fundamental, él es el correligionario de todos los hombres libres; él ha luchado, confundido con todos nosotros, por el reinado de las instituciones; él ha padecido, con todos sus buenos conciudadanos, las grandes persecuciones por la justicia.

El discurso que acaba de pronunciar en este acto, firme y diáfano como un cristal de roca, es de una ingenuidad y de una intensidad tales, y tan entrañables, que es muy difícil que sean percibidas y aquilatadas en una sola audición; el país lo verá mañana hasta el fondo, y sabrá apreciarlo en toda su profunda transparencia. Sí, ha dicho en él el presidente, mostrando su alma abierta de par en par, porque nada tiene que ocultar en ella; sí, yo he luchado, en lucha franca y leal, por la presidencia de la república; mis actos pertenecen al juicio de mis conciudadanos; pero más que ejercitar un derecho, he creído cumplir con ello un deber: el deber de ocupar el puesto en que más eficazmente podía realizar

nuestros comunes ideales de libertad y de justicia. Es el pueblo el que ha subido en mí, y, como supremo estímulo de mis actos de magistrado, yo he traído a la presidencia de la república mi conciencia, que es la misma, exactamente la misma, que rigió mis actos de ciudadano batallador. No es un candidato el que habla así, señores, es un presidente, en los momentos de su mayor apogeo.

(*Grandes y repetidas salvas de aplausos*).

Yo acabo de cruzar, señores, por la primera vez, al través de las colinas de esta ondulante región del Norte de mi tierra, que es, toda ella, una continuación de mi ciudad natal; y al mostrárseme a lo lejos un grupo de palmeras, que el ferrocarril iba dejando atrás lentamente, y que parecían girar en la cumbre de la colina lejana; al decírseme que esos palmares eran los palmares de Soto, una niebla pensativa, tristemente luminosa, brotó, como una aurora sideral, del fondo de mis complejos recuerdos... ¡Oh recuerdos, recuerdos que os movéis en la bruma blanquecina, y habláis en ella largas palabras, y reproducís azuladas tragedias melancólicas!

Allí se luchó: esos palmares, que son símbolo de paz, y al mismo tiempo de gloria, lloran con el viento su larga elegía; lloran por todos los caídos en el regazo de la batalla, por los de una

y otra parte; a todos los confunden en una perpetua lamentación que parece maternal, porque brota de las entrañas del sagrado suelo patrio, sube con la vida del árbol, y se difunde entre el cielo y la tierra en los rumores musicales de sus hojas suplicantes.

(*Grandes aplausos.—¡Bien! Muy bien!*)

Allí luchó a nuestro lado, señores, el ciudadano Batlle y Ordóñez, por la libertad y por la justicia; yo no puedo olvidarlo; desde allí ha ido escalando lentamente la cumbre, dejando mucha sangre de sus pies en el áspero camino; ha subido mezclado a la larga peregrinación de los romeros del derecho, confundido con todos nosotros en la ambición de libertad cívica, cualesquiera que hayan sido nuestras discrepancias de doctrina y nuestras diferencias de criterio en lo relativo a ciertos hechos concretos; desde allí ha subido, por fin, con nuestros principios democráticos a cuestas, hasta la cumbre en que hoy aclamamos, y en que debemos sostener, en un acto de consecuencia y en un transporte de esperanza, como presidente de la república, al viejo soldado de esos palmares de Soto que hemos visto al pasar esta tarde, en la cumbre de las colinas solitarias. (*Aplausos repetidos*).

Hoy, señores, el que fué propogandista ardiente y soldado ciudadano, proclama la paz honrosa

que él mismo, mezclado al pueblo, ha conquistado para el pueblo, a fuerza de sacrificios. Es que ha llegado, señores, para este país, pues algún día había de llegar, el momento de realizar algo que es más difícil que sacrificarse: el momento de poseerse, el de preparar unidos el campo de batalla en que libraremos después entre nosotros mismos los combates incruentos de la idea.

Hoy, el antiguo soldado de los palmares ama y proclama la paz, no como una inconsecuencia ciertamente, sino como la más ceñida de las consecuencias lógicas; no como la base de su gobierno solamente, sino como la hija de sus entrañas de ciudadano, como el fruto de los sacrificios comunes de veinte años, como el depósito sagrado que el pueblo ha confiado a su energía, y que él está obligado a custodiar.

Por eso, sin duda alguna, siente un amor apasionado hacia la normalidad institucional conquistada; por eso, al imaginársela injustamente amenazada, siente en su naturaleza, en general poco expresiva, movimientos de celosa angustia, y se oyen notas de serena firmeza en las vibraciones de su voz.

Yo, señores, no formo parte de los consejos del señor presidente de la república, ni de su gobierno; no puedo constituirme en intérprete autorizado de su íntimo pensar; no estoy vincu-

lado, por otra parte, a ninguno de los partidos políticos de mi país; no tengo, pues, ninguno de los grandes recursos de hermenéutica política. Soy un principio que flota en medio de vosotros, una convicción que palpita, una voz impersonal que pasa por el viento. Pero con el simple buen sentido que Dios me ha dado para sustituir la falta de una inteligencia superior que tanto desearía en estos momentos para inocular en mi país la convicción que está en mi espíritu; con mi simple buen sentido, yo he visto bien claro, en el insistente anhelo de paz que, en varias formas, todas ellas amables y sentidas, ha manifestado en este viaje el presidente de la república, un grito premioso en el que dice a todos los hombres de buena voluntad: dejadme haceros bien; dejadme concentrar todas mis horas, todos mis pensamientos a ese solo objeto. Que no se atraviese, por Dios, en mis meditaciones, la idea de que existe el mal, y de que yo, como presidente de la república, estoy en el deber de prevenirlo, y conjurarlo y reprimirlo. Yo os prometo, una vez más, si es necesario, libertades, justicia, bienestar, prosperidad. Si no creéis en mis palabras, dadme tiempo para haceros creer en mis hechos. Pero es razonable que creáis en mis promesas, que abono con una vida entera de lucha por la libertad. Yo estimularé la ganadería, la agricultura, el comer-

cio; yo haré profundos y accesibles vuestros puertos, transitables vuestros caminos, inviolables y seguros vuestros hogares; yo no puedo hacer más, para abonar mis promesas, de lo que ahora estoy haciendo: arrojaros mi corazón, que es transparente, para que lo examinéis hasta el fondo. Pero cooperad todos vosotros a la obra; cooperad a ella, haciendo un postulado nacional de la paz, de la condenación enérgica de todo pensamiento que tienda a arrancarnos de sus brazos, o a arrebatarnos la fe en la eficacia de las instituciones, haciéndonos fundar una esperanza precaria y dolorosa en la destrucción y en el derrumbe.

Proclamad eso ante todo, porque la unión de todos en esa fe inquebrantante es la base indispensable de todo progreso político y material; no permitáis que se me imponga a mí esa preocupación, que debe ser la de todos y cada uno de vosotros; no queráis que se me grave con esa tarea, porque no es posible que yo me concentre al mismo tiempo a defender la puerta de la casa amenazada, aunque lo sea por fantasmas, y a realizar en el interior de ella la mayor suma de bienestar; porque no es posible, en fin, como lo dice el adagio vulgar, repicar en la torre tocando a rebato, y andar al mismo tiempo en la procesión.

(*Grandes y repetidas salvas de aplausos*).

El presidente tiene razón, señores, y no es sensato ver en sus palabras otra cosa que una nueva prueba del angustioso anhelo que siente porque el país lo deje hacer bien, todo bien, y nada más que bien. Démosle lo que pide, señores, porque es justo, porque es conveniente: démosle fe; demos apoyo, como lo estamos haciendo por medio de estas desinteresadas manifestaciones populares, a su autoridad, que es emanación legítima del pueblo; seamos todos pacificadores en la más honda de las pacificaciones, que es la unica que acaso nos queda por realizar: en la pacificación de los espíritus, en la pacificación de los deseos, de las intenciones, de las esperanzas. — (*Aplausos*).

¿Y cómo no recurrir a vosotras, oh señoras, que sois el principal esplendor de esta fiesta, cómo no recurrir a vosotras, para la realización de esa obra que podríamos llamar de evangelización política?

La empresa debe ser vuestra en gran parte; la obra es digna de vosotras; tomadla, hacedla vuestra con generosa pasión: trabajad por la paz; matad con el amor todo germen de odio que sintáis brotar en el alma de aquellos sobre quienes ejercéis vuestro irresistible ascendiente de ternura: sobre vuestros esposos, sobre vuestros hijos, sobre todos los que obedecen, aun sin que-

rerlo, la inerme tiranía de vuestro amor omnipotente.—(*Grandes aplausos*).

Yo bien comprendo que la mujer no puede menos de compartir los sentimientos de su esposo, de sus hermanos, de sus hijos, desde que su corazón, que es maravilloso instrumento de armonía, tiene que ajustarse al ritmo de los que ama, so pena de dejar de amarlos. Pero la nota de vuestro corazón, señoras, puede ser, sin desentono, la nota de la ternura, de la caridad, del perdón, en el acorde doméstico. Llevadla siempre a él, señoras; aplacad las pasiones, sin contribuir jamás a exacerbarlas; sed siempre el espíritu cristiano dentro de la tradición partidaria; sed la palabra que aplaca, la lágrima que perdona, el suspiro que se resigna, la mano débil y suplicante que detiene el brazo armado. Ese es el divino mensaje que tenéis en el fondo de vuestras almas; leedlo en ellas; leedlo bien, y trasmitidlo en nombre de Dios a esta sociedad, tan perturbada todavía por las reliquias de sus pasadas convulsiones.

Vuestro sexo, señoras, que ha sido llamado sexo débil, es el sexo fuerte por excelencia, cuando se encierra en su misión de amor: vuestra mente es de luz para la intuición, de hierro es vuestro corazón para el dolor; la primera no se ofusca cuando ve; el segundo no se quebranta

cuando ama. Ved, pues, claro en este asunto, y amaréis enérgicamente, y seréis la paz.

Tened fe en vosotras mismas; en todas las grandes empresas, en las divinas y en las humanas, la mujer ha sido siempre la fe vidente. Cuando el Hombre Dios, abandonado por sus amigos que huyeron ante el peligro, recorría su calle de amargura, sólo mujeres le dieron lágrimas y consuelo; sólo una mujer se desciñó las tocas de su cabeza para enjugar la sangre y restañar las lágrimas de su rostro luminoso profanado. Cuando, en la cumbre de la colina sacrosanta, abrió sus brazos la cruz, como el iris de paz encendido entre las iras del cielo y los pecados del mundo, casi sólo mujeres estuvieron al pie del patíbulo del Justo, sólo ellas vieron gotear la sangre de la Víctima divina, sólo ellas oyeron el testamento de Dios, y aceptaron por nosotros y nos trasmitieron nuestra herencia de redención...

(*Largos aplausos repetidos*).

Y cuando el genio errante por Europa con un mundo en la cabeza, pisaba desamparado la tierra española y pedía agua y pan para su hijo en las puertas del convento de la Rábida, ya lo esperaba en tierra española un amor de mujer capaz de acompañarlo y de alentarlo, y un genio de mujer capaz de comprenderlo, y que, según la

expresión del poeta, de su corona desprendió un tesoro, para engastar un mundo en su corona.

(*Bravo, bravo, aplausos*).

Señores, brindemos: brindemos a la bandera de las instituciones republicanas, por cuyo triunfo, dentro de la normalidad y la paz, estamos librando estas batallas; brindemos a su actual abanderado, que para ella recoge nuestras viriles aclamaciones; brindemos a la realización del ideal que aconsejaba un día el presidente Roosevelt a sus conciudadanos, en un acto como éste, y en un discurso memorable: hagamos de modo, les decía, que, llegada la hora de nuestra muerte, podamos morir en la convicción de que la humanidad es un poco mejor, porque nosotros hemos vivido; brindemos, por fin, al inapreciable concurso de la mujer en nuestra obra de justicia, de progreso, de libertad, de amor...

(*Grandes aplausos. La concurrencia, puesta de pie, aclama largo rato al orador*).

LAS MISIONES SALESIANAS

Conferencia dada, el 14 de Noviembre de 1900, en la tercera sesión pública del Congreso de Cooperadores Salesianos celebrado en Buenos Aires.

SUMARIO: El derecho de conquista sobre los primitivos pobladores de América. — Las diferentes doctrinas al través del tiempo. — La doctrina verdadera. — La Conferencia de Berlín. — Las soberanías africanas. — Los indios no constituían una persona política capaz de soberanía, pero eran personas humanas con la plenitud de los derechos de tales. — Las doctrinas de los teólogos españoles del siglo XVI. — Fray Bartolomé de las Casas e Isabel la reina. — El soldado y el misionero. — Las misiones jesuíticas del Paraguay. — Los misioneros salesianos. — Don Bosco. — Su semblanza. — Su vocación de misionero. — San Francisco de Asís y don Bosco. — El ensueño de don Bosco. — Su realización. — La concesión de almas. — El imperialismo salesiano. — La independencia de América. — La sociabilidad americana. — Su composición étnica. — El

misionero en el pueblo. — La civilización es inseparable del cristianismo. — La democracia. — Una balada alemana. — Gratitud.

Excelentísimos señores;

Señoras;

Señores:

Algunas de las personas que me escuchan lo saben felizmente: me he encargado sólo a última hora del desarrollo del primer tema de esta tercera sesión pública del congreso de cooperadores salesianos: las misiones.

¡Y me encargué, sin embargo! ¿Por qué lo habré hecho? ¿Por qué no insistí mucho más en la necesidad de que un asunto tan vasto, tan sugestivo, tan acreedor a una larga preparación, fuera tratado aquí por voz más elocuente que la mía? Es ahora, en vuestra presencia, ilustres prelados que me escucháis, es ante vuestra presencia, oh señoras y señores que formáis con ellos esta imponente asamblea, es ahora cuando siento todo el peso del irreflexivo compromiso que contraje, y todas las exigencias del asunto que acepté.

¡La noche de las almas! ¡El hombre salvaje! ¡El misionero! ¡El sembrador peregrinante del Evangelio, que traza con su sangre la primer senda para la civilización cristiana en el desier-

to, y enciende en él sus palabras, e ilumina lentamente con ellas la soledad!

¡Don Bosco! ¡El salesiano, el buen salesiano!

Todo eso, señores, y tanto más que sugiere mi asunto, produce una enorme resonancia en las almas armoniosas. Yo he creído escucharla muy a lo lejos, al ponerme a meditar sobre lo que estaba en el deber de deciros en esta sesión; pero la ráfaga musical pasó por mi espíritu, como el viento entre los árboles, sin desprender de él las palabras maduras que hubiera debido ofreceros; sólo tengo, señores, ideas aun informes, palabras sin bastante sol. El tema quedará casi desierto. ¡Qué le hemos de hacer!

Sírvame, sin embargo, de disculpa el hecho de haber aceptado mi compromiso con resistencia, y sólo a falta de mejor intérprete para mi asunto, y entremos de lleno a nuestro tema: las misiones salesianas, es decir, la difusión del Evangelio, por los peregrinos de Don Bosco, entre los hombres de nuestra tierra que no están aún incorporados a la civilización cristiana.

Nosotros, señores, hombres de raza europea o caucásica, vivimos en una tierra que hasta hace cuatro siglos, bien poco tiempo, por cierto, no pertenecía a nuestra estirpe; otra raza, que la habitaba desde los tiempos sin historia, fué des-

alojada a viva fuerza por unos conquistadores venidos en carabelas desde el otro lado del mar. Y esos conquistadores son nuestros padres; de ellos heredamos esta tierra.

No creo necesario demostrar que nosotros descendemos de los conquistadores, a despecho y pesar de los cantos líricos indígenas de nuestra independencia política; ninguno de entre nosotros se cree descendiente de los pampas, de los querandíes o de los charrúas.

Ahora bien, señores: ¿Es legítima nuestra herencia? ¿Es justo, y no precario nuestro título? Existió en nuestros causantes el derecho de conquista sobre las tribus indias que poblaban esta tierra que hoy llamamos nuestra? ¿Qué derechos tienen los vestigios de aquellas razas, los hijos de los conquistados, que aun viven en los desiertos, sobre nosotros, los hijos de los conquistadores, que hemos edificado ciudades y cultivado campos?

He aquí, señores, la porfiada controversia del siglo XVI que reaparece, y que recobra su interés en nuestros días. Estamos en época, no de descubrimientos, pero sí de exploraciones y de conquistas, de expansiones territoriales, de imperialismos como hoy ha dado en llamárseles. Y yo, que voy a ocuparos una hora para hablaros de una especie de imperialismo, del imperialismo de

un rey, (hablo de don Bosco) debo comenzar por plantear y resolver esa cuestión secular.

Vosotros conocéis las distintas fases por que ella ha pasado. Ora se ha sostenido que los pueblos salvajes o las tribus bárbaras no tienen derecho alguno personal sobre las tierras que ocupan, ni de propiedad, ni menos de soberanía; ora se ha dicho que tales pueblos sólo pueden pretender una soberanía limitada por los derechos de la *colonización y de la civilización;* ora, por fin, se ha proclamado a grandes voces, en nuestros días sobre todo, el derecho de aquellos grupos humanos a la independencia como entidad jurídica, a la propiedad colectiva de la tierra, y aun a la soberanía y al respeto absoluto de los estados cristianos, que les deben hasta el *comitas gentium.*

Es esta última doctrina la que prevalece teóricamente en el derecho de gentes moderno. En éste, la concesión pontificia de los antiguos tiempos, o la prioridad en el descubrimiento, o la posesión más o menos ficta que se invocaba como modo de adquirir el dominio por parte de los estados descubridores, han sido substituídas por la toma de posesión *real y efectiva,* notificada a las demás potencias colonizadoras. Esta tesis, adoptada por casi todos los tratadistas, desde Bynkershoek, Vatel y Martens, ha sido incorpo-

rada, como sabéis, al derecho internacional positivo, desde la conocida conferencia de Berlín de 1884 y 85, en que se establecieron las formas de ocupación de las costas del continente africano.

¡El respeto absoluto a la soberanía salvaje! ¡Los tratados y convenciones con los jefes de tribu! ¡Las cesiones voluntarias de territorios, y los protectorados paternales!

Ah, señores: todo eso está muy bien escrito en los libros; pero todo eso no es verdad en los hechos. El reinado de la fuerza no ha terminado en el mundo: se ha vestido de abalorios solamente. Si aun rige entre los pueblos civilizados ¿qué sucederá en las relaciones de éstos con los salvajes?

Ha dicho un gran pensador inglés, señores, que "las filosofías del hombre son generalmente el suplemento de su práctica, una especie de barniz lógico con que se adorna, una epidermis, de inteligencia articulada con que se recubre, y con la cual se esfuerza por hacer admisibles sus actos instintivos y ciegos después que los ha realizado".

A nada sería más aplicable esa profunda observación, señores, que a las relaciones entre los pueblos, aun entre los estados cristianos; cada pueblo tiene su filosofía internacional. Recor-

demos, si nó, esa llamada doctrina de Monroe, especie de camaleón dorado que, después de cobrar tantos colores como rayos de sol han tocado su piel articulada, ha dejado de ser una doctrina internacional como se creía, para transformarse o confesarse lo que siempre ha sido: un simple aforismo de política interna de un gran pueblo.

Bien sabéis, señores, que ese respeto a las soberanías africanas proclamado en nuestros tiempos tiene mucho de olímpica hipocresía, y que, si algún progreso entraña en la vida internacional, es sólo porque la hipocresía puede ser un tributo que el vicio o el error suelen rendir a la virtud o a la verdad; bien sabéis que ese respeto a las soberanías salvajes en nuestros días, y los tratados que se celebran con los jefes de tribu, más que una proclamación del derecho de los conquistados, es una precaución adoptada por los conquistadores, a fin de que las potencias puedan tomar más facilmente posesión de los nuevos territorios, sin lastimarse mutuamente; es, en una palabra, la tan criticada bula de Alejandro VI, expedida previamente por los grandes pontífices imperiales; bien sabéis por fin, señores, que la conquista moderna del Africa no difiere fundamentalmente de la antigua conquista de América, a pesar de los congresos y conferencias.

¿Por qué no establecer entonces, señores, con honrada sinceridad, los verdaderos principios, que son los eternos de la filosofía cristiana?

Voy a exponéroslos en la forma somera que consiente la naturaleza de mi discurso.

Yo creo que el título de propiedad sobre nuestra tierra que, como persona colectiva, hemos heredado de la otra persona internacional que fué nuestra metrópoli es un título perfecto, pues perfecto fué el modo de adquirir de nuestros causantes, los bravos descubridores y conquistadores de estas tierras.

Recordemos ante todo que, para concebir el derecho, el hijo de la justicia, que es relación jurídica entre personas, tenemos que concebir una persona que sea sujeto del derecho, y otra que sea su término o su objeto. No es menos esencial el recordar que existen dos clases de personas: la persona física, el hombre, y la persona colectiva o jurídica. Vosotros sabéis que, en derecho internacional, las entidades que son objeto y término del derecho no son las personas físicas, no son los hombres; son las personas internacionales, los estados o sus representantes, las agrupaciones de seres humanos que, en posesión estable de un espacio determinado de la tierra, constituyen esa especie de organismo per-

sistente al través de los tiempos y generaciones, capaz de vida interna y de vida de relación con los demás organismos de su especie, que llamamos sociedad política, estado independiente, nación soberana.

Ahora bien, señores: las tribus americanas que poblaban nuestro Río de la Plata, ¿constituían esa persona colectiva, ese organismo vivo, articulado, consciente, apto para ser objeto y término del derecho que rige las personas intenacionales?

Estoy firmemente persuadido de que nó, señores; estoy convencido de aquel hombre triste y melancólico que recorría desnudo, en número exiguo, un espacio capaz de servir de vivienda a cien millones de seres humanos; aquel hombre sin fe, sin ideal alguno de progreso, sin concepto alguno de soberanía ni de vida de relación, no ocupaba propiamente esta tierra; pasaba por ella como el pájaro por sus aires, como el avestruz por sus llanuras. Esos grupos de hombres, obscuros peregrinantes de la soledad, no constituían un organismo de la misma especie de las personas colectivas que son sujeto y término del derecho de gentes. Yo bien sé, señores, que la sociedad civil se constituye, *ipso facto e ipso jure,* por la coexistencia de los hombres, o más propiamente de las familias, que son la unidad primi-

tiva de esa sociedad, y que hallarán su unidad definitiva en la unión organizada de los estados civilizados; yo bien sé que no es concebible una reunión permanente de seres humanos que no constituya una sociedad con deberes y derechos inherentes; pero de esa sociedad civil primitiva a la *sociedad política formada,* organizada de modo a constituir una *persona internacional,* hay una enorme distancia. Y si bien no nos es dado establecer de una manera precisa el *mínimum* de condiciones requerido para que aquella persona se considere existente, es indudable que ese *mínimum* no era alcanzado por las tribus nómades de los territorios rioplatenses primitivos.

No habiendo, pues, señores, una persona colectiva apta para tomar posesión, como tal, de nuestra tierra, era ésta *res nullius,* a los efectos del dominio eminente, en la época de la conquista; perteneció pues, al primer ocupante *animo domini,* a la persona internacional que primero se estableció en ella, y que primero echó los gérmenes de las actuales sociedades políticas cristianas.

Ahí está, señores, a mi sentir, el verdadero título de dominio de nuestros causantes; ahí está el origen de nuestro propio dominio sobre nuestra tierra.

Pero sólo sobre la tierra, señores, sólo sobre la tierra; jamás sobre el hombre, que no es objeto de más dominio que el de Dios. Porque si si es verdad que en el conjunto de los hombres salvajes no existía una persona jurídica capaz de dominio eminente, es indiscutible que cada uno de esos hombres era una persona humana, libre, inteligente, no sólo capaz de deberes y derechos, sino idéntica por su naturaleza, por su origen, por su destino inmortal, al más encumbrado de los seres que forman la humanidad; idéntica al rey que conquistaba estas tierras, idéntica al mismo pontífice augusto que entonces las concedía en el nombre de Dios. Ese hombre, señores, era y es un hijo del mismo Padre común que está en los cielos, era y es un descendiente de Adán el primer progenitor, un expatriado, como él y como todos nosotros, del Paraíso en que tuvo su divino origen; ese hombre heredó como nosotros la culpa original, germen de su infeliz decadencia; y, título supremo de suprema dignidad, señores, por ese hombre, como por todos nosotros, el Verbo de Dios se hizo carne, hombre como el indio, y Cristo murió por él en la cruz. Era pues, nuestro infeliz coheredero; era un rey, el rey de la creación.

Esa persona humana, señores, tenía, como tal, la facultad lícita e inviolable de obrar que com-

pete a la persona; la inviolable potestad de usar de las facultades propias de su naturaleza, de unir a esa persona, por medio de los actos de esas facultades, los bienes exteriores, y de disponer de ellos como de su propiedad. Porque ese hombre tenía un fin idéntico al nuestro, tenía el deber de cumplirlo, y la necesidad de usar para ello de sus facultades y de las cosas de este mundo.

Y si en él residía la facultad moral llamada derecho, en todos los demás hombres, en todos, señores, y en la sociedad que éstos formaban, residía el deber correlativo: el de reconocerle, como objeto de perfección, un fin propio, no subordinado al de sus semejantes, un fin superior a las criaturas, desde que las criaturas son, cuando más, sus iguales en naturaleza; el de no tratarlo, por consiguiente, como un medio para que otros realicen su destino; el de acatar a esa persona como sagrada e inviolable en sí misma, y en todo aquello que le está unido por naturaleza o por acto de sus facultades; el de respetar, por consiguiente, su vida, su integridad, su libertad, su propiedad, su excelsa dignidad de persona humana.

Ese deber histórico asistió, por consiguiente, a nuestra raza, con relación al primitivo poblador de nuestra tierra; no podía exterminarlo,

no podía hacerlo esclavo, no podía despojarlo de su propiedad individual; tenía el deber de incorporarlo, en la plenitud de sus derechos y de su dignidad de hombre, a la sociedad civil y política que formaba en la tierra que aquel pisaba; tenía, por consiguiente, el deber de conquistar su inteligencia a la verdad, su voluntad al bien, su persona entera a la civilización cristiana. Y ese deber de nuestra raza, señores, ha pasado íntegro y reside en nuestros estados independientes; y el derecho correlativo reside aún en los vestigios de aquella raza, en el hombre de nuestro pueblo.

Esa es la doctrina, señores, la vieja doctrina cristiana, que hoy suele reproducirse, más o menos fragmentaria, como una conquista de los tiempos modernos, en los congresos y conferencias internacionales, cuando no se proclama la ley modernísima de selección o de evolución en la escala ascendente de la vida animal; era esa la doctrina que informaba las monumentales Leyes de Indias, y las que proclamaban los teólogos españoles, Victoria, Soto, Fray Melchor Caro, Fray Antonio de Córdoba, el Padre Suárez, que son los verdaderos fundadores, antes de Grocio, del Derecho Internacional, y sobre los cuales descuellan, como símbolo viviente y encarnación práctica de esas ideas, la figura mo-

nolítica de Bartolomé de las Casas, el fraile blanco, y la transparente figura de Isabel de Castilla, la reina católica, que hasta en su testamento escribía: "Por cuanto, al tiempo que nos fueran concedidas por la Sede Apostólica las islas y tierra firme del mar océano, fué nuestra principal intención la de procurar inducir y traer los pueblos de ellas, y convertirlos a nuestra santa fe católica, y enviar a las dichas islas y tierra firme prelados y religiosos para instruir y enseñar buenas costumbres a los moradores de ellas: Por ende, suplico al Rey mi Señor y a la princesa mi hija y al príncipe su marido que así lo hagan y cumplan, y que este sea su principal fin; y no consientan ni den lugar que los indios reciban agravio alguno en sus personas y bienes; y, si algún agravio han recibido, lo remedien y provean por manera que no se exceda en cosa alguna".

Ya desde entonces se inicia, sin embargo, señores, la pugna, que aun no ha terminado, entre el soldado, conquistador de tierras y de cosas, y el misionero, conquistador de almas; el uno es el derecho de posesión sobre la tierra, a la que tiende a encadenar el hombre como un accesorio; el otro es el deber de justicia y caridad hacia el hombre, desprendido de la tierra, y señor y dominador de ella.

Es verdad, señores, que esos dos elementos debieron y deben ser complementarios; es verdad que más de una vez lo han sido; pero confesemos, señores, que generalmente no lo fueron, que generalmente no lo son. Hagamos nuestro examen de conciencia social, y confesemos honradamente, confiésenlo todos, aun los que no piensan con nosotros, que, a no haber existido el misionero, nadie, desde los tiempos de la conquista hasta nuestros días, nadie hubiera pensado jamás acercarse con respeto al indio, sólo para decirle que es un hijo de Dios, y que tiene un alma que ennoblecer y que salvar; nadie se hubiera llegado a él para llamarle hermano; nadie para cumplir los deberes fundamentales de la raza cristiana conquistadora sobre los vestigios de la desventurada estirpe conquistada.

Ahí están, señores, al lado nuestro, las ruinas de las antiguas reducciones jesuíticas del Paraguay. La soledad que las habita habla largas palabras melancólicas. Esos escombros son el gran monumento levantado al misionero en el desierto americano. Allí vivió el salvaje al lado del evangelizador; el indio era allí un hombre; creía, trabajaba, amaba, era feliz. El misionero aplicaba a aquel hombre niño, a aquella raza infantil, el método racional educativo; el mismo que hoy prescribe para casos análogos la psico-

logía pedagógica moderna con su criterio experimental. La apología de esa colonización acaba de hacerla, al decir la última palabra de la ciencia económica, el eminente Enrique George; ese estado social de las misiones paraguayas, dice el gran pensador protestante, constituye el eterno honor de los jesuítas. Efectivamente, señores, allí se realizaba el ideal de la ciencia económica; allí el trabajo era reconocido como el elemento predominante de la producción; allí, ni la tierra ni el capital menoscababan, con las tiránicas exigencias de la renta o del interés irracional, el fruto sagrado del esfuerzo humano. Es cierto que se ha hablado de libertad al denigrar las misiones. Comparad señores la situación del indio en su reducción con la de muchos obreros modernos en sus fábricas, y decidme cuál de ellos es más libre, más feliz, más hombre. Fué arrojado el misionero de las misiones; fueron expulsados los jesuítas; triunfó allí la tendencia del soldado. Y el indio volvió a su selva, y olvidó el nombre de Dios, y reanudó su vida nómade y salvaje, y se derrumbaron los templos y las felices reducciones, como si se echaran a llorar la ausencia eterna de un espíritu; y la maleza envolvió todo aquello; y los tigres tomaron posesión de las viviendas del hombre, y el hombre fué a habitar las viviendas de los tigres, y a cruzar de

nuevo como ellos, desnudo y receloso y fiero, la inmensa soledad de los desiertos.

Oh, sí, señores; confesemos honradamente que el soldado, lo mismo el armado de arcabuz que el que dispara el fusil moderno de repetición, que mata tanto en tan poco tiempo, no es el que lleva al indio la prueba de que la raza conquistadora es más virtuosa que la doliente estirpe conquistada; confesemos que sólo el misionero ha sido siempre, y es, y seguirá siendo el único intérprete del Evangelio de caridad; el único que siente el supremo respeto por la persona humana del salvaje, el solo que lo eleva realmente, no en la teoría sino en la práctica de la vida, a la igualdad absoluta de naturaleza con los demás hombres; el único que realmente lo siente y lo llama hermano, pues sólo él se arrodilla a su lado, y, levantando los ojos a las estrellas, le hace decir al unísono con él: "Padre, Padre nuestro que estás en los cielos."

Las armonías del raciocinio filosófico abstracto me han alejado quizá demasiado de mi tema, señores. Perdonadme; vamos a él.

Ah, sí, seáis los bienvenidos a nuestra tierra, oh los buenos misioneros salesianos. Habéis venido a ella ¿no es verdad? ¿habéis venido a cumplir por nosotros el deber de nuestra raza para con el hombre cuya tierra es nuestra tierra?

¿Pero no sois vosotros los hijos de aquel Don Bosco que comenzó su apostolado reuniendo en torno suyo los niños haraposos que corrían por las calles de Turín?

¡Don Bosco! ¡Oh! ¡Bien lo recuerdo, bien lo veo en mi imaginación que ha ocupado tantas veces, con su cara sonriente, y sus ojos llenos de luz tranquila y de bendiciones plácidas! Lo veo rodeado de niños pobres bajo los árboles de los suburbios de la ciudad italiana. Lo circundaba el portento; un efluvio de compasiva ternura parecía brotar como una aureola luminosa de su vieja sotana negra; el birrete que ceñía su cabello y dejaba en él su huella circular, parecía predisponer para el nimbo aquella nobilísima cabeza que se inclinaba sin abandono sobre el hombro derecho en actitud de permanente indulgencia. ¡Y qué firmeza de resolución había en aquella frente erguida en su humildad, e inaccesible al desaliento! ¡Qué reposo en aquella boca que, pensando siempre en el cielo, nos hablaba del paraíso con sólo sonreir!

¡Don Bosco, el buen Don Bosco, el celestial amigo!

Seáis los bienvenidos a nuestra tierra, oh vosotros sus heroicos mensajeros, oh vosotros que vivís de su recuerdo y de su espíritu!

¿Pero cómo os habéis convertido vosotros, los hijos de Don Bosco, en misioneros de indios, si parece indudable que la vocación de vuestro padre no era otra que la de acudir al gran peligro de las modernas sociedades, amenazadas, no tanto por los salvajes del desierto, cuanto por los no menos temibles que hoy preparan en las ciudades la tercera invasión de bárbaros que registrará la historia, y que, como las anteriores, sólo el cristianismo podrá desarmar? ¿Cómo se transformó Don Bosco en misionero de las regiones patagónicas o ecuatoriales de América?

Señores: la historia de los peregrinos sembradores del Evangelio por el mundo, desde los apóstoles hasta nuestros días, es la historia del heroísmo humano en su más alta expresión; la vocación del apóstol, el impulso que pone un báculo en la mano de un hombre y una alforja en sus espaldas, y lo hace andar remotos caminos en busca de hombres desconocidos, de otra patria, de otra raza, con el solo objeto de predicar a esos hombres la fe, y dispuesto a dar por ello la propia vida, es un perpetuo milagro psicológico, pues interrumpe las leyes naturales del espíritu humano; sólo un agente supernatural extraordinario puede determinar ese impulso.

Don Bosco, como hemos dicho, no lo sintió al principio de su vocación. Si esa inspiración pasó

alguna vez por su mente; si hasta llegó a comunicarla al pontífice Pío IX, se vió obligado a desecharla, por consejo del mismo gran pontífice. Pensad en consolidaros en Italia, le dijo. Y los niños abandonados de las ciudades europeas continuaron siendo el único objeto de su caridad. Eso parecía bastar, y aun sobrar, para llenar sus ambiciones de inerme conquistador; muy poco parecía una vida, aun siendo la de Don Bosco, para tan grande empresa.

Pero de repente, y cuando su obra daba apenas sus primeros vacilantes pasos en Italia, la sugestión heroica reaparece en su alma, en forma imperiosa, irresistible. Don Bosco siente el anhelo de la aventura evangélica, de los descubrimientos de almas desconocidas; es el imperialismo de la caridad, señores. Quiere salir, no sólo de Italia, sino también de Europa; el mundo le parece estrecho; quiere correrlo, y dar a sus hijos la consigna que el pobrecito de Asís, el primer sucesor directo de los apóstoles, había dado seis siglos antes a sus frailes menores: *Su, miei figli, spargetevi pel mondo e annunziate la pace.* Ea, hijos míos, esparcíos por el mundo, y anunciad la paz.

¿Habéis notado, señores, las analogías entre don Bosco y San Francisco de Asís, entre la obra del pobrecito del siglo XIII y la del pobre-

cito del Siglo XIX? Habéis visto cómo la índole de ambos los induce a reclutar sus hijos en el pueblo, a confundirse con él, a ceñirse una cuerda, a tomar un báculo y una alforja casi vacía, y caminar los caminos del universo sin más guia ni apoyo que la Providencia de Dios? ¿Habéis visto la analogía entre los terciarios de San Francisco y los cooperadores salesianos? ¿Habéis notado la tendencia a hermosearlo todo con el arte, que acerca a Don Bosco y a San Francisco?

No cabe, desgraciadamente, en las proporciones de esta conferencia, señores, el estudio interesantísimo de ese parangón; debo sólo deciros cómo y cuándo cayó en el alma de Don Bosco la semilla inflamada del misionero peregrino por el mundo.

Ella cayó, señores, desde la región misteriosa de los sueños.

Don Bosco, en medio a las dificultades de sus primeras fundaciones, soñó durante una noche entera, hasta ser despertado por la aurora. Y no soñó con sus niños desvalidos que necesitaban pan; no vió las calles de las ciudades europeas, en que otros niños esperaban su amparo.

Voy a contaros lo que soñó.

Escuchadme, predisponiendo vuestro espíritu a escuchar una historia amable, de esas que se

cuentan a los niños, para que se duerman pensando en el cielo, y en los ángeles de alas blancas y transparentes.

Don Bosco vió una llanura; el desierto inconmensurable; ni colinas, ni montes; enjambres de hombres de largas cabelleras negras, todo desnudos, con pieles de animales colgadas de los hombros, y armados de lanzas, recorrían aquellas pavorosas soledades; los vió muy bien; distinguió su color, sus rasgos antropológicos. Algunos llevaban clavados en la punta de las lanzas trozos de carne sangrienta, otros cazaban bestias feroces; unos grupos peleaban contra grupos de su propia raza; otros luchaban contra soldados europeos. Luchaban ferozmente; el suelo estaba sembrado de cadáveres. En esto asoma, en la extremidad de la llanura, un grupo de misioneros. Don Bosco los mira; no los conoce. Los misioneros avanzan, y son destrozados por los salvajes. La batalla se renueva con sus escenas sangrientas. Otros misioneros asoman por el horizonte. Don Bosco los mira, los reconoce; ah, sí, los reconoce bien; son sus hijos, sus salesianos; reconoce personalmente a algunos, a los que vienen en primer término; pero a los otros nó, aunque también son salesianos; estos son el porvenir sin duda alguna. Quiere detenerlos, para evitarles el destino de los otros misioneros; pero

los salesianos avanzan rezando el rosario en voz alta; penetran entre los salvajes ... Éstos corren hacia ellos, y se detienen asombrados; se agrupan, se arremolinan, les abren paso, forman ala, y los misioneros siguen avanzando; llegan hasta el centro de la inmensa muchedumbre que los rodea, y se arrodillan. Los salvajes dejan sus lanzas en el suelo, y se arrodillan también; sus negras cabelleras cuelgan desde sus frentes hacia la tierra polvorosa. Y se oye entonces una melodía, una enorme sinfonía que se difunde como una ola resonante sobre el desierto; el cántico sagrado sube al cielo; salvajes y misioneros cantan unidos; sus voces forman un solo acorde sinfónico, como forman una sola armonía en la naturaleza las voces de los nidos y las de las cavernas y madrigueras, la de los tigres y la de las alondras; salvajes y misioneros cantan unidos el cántico sagrado: *Laudate María, o lingua fidele.*

¡Enorme sinfonía, se ores, enorme sinfonía de los desiertos y de los cielos! Bethoven, el genio musical cristiano que da nombre a su siglo, no soñó nada tan grande. ¡Oh, si él hubiera escuchado y contado en su divino idioma ese armonioso ensueño de Don Bosco!

Pues ese ensueño, señores, es el germen de las misiones salesianas; de ese ensueño venís vos-

otros, oh los buenos peregrinos del hombre santo que duerme en Valsalice.

Don Bosco se siente misionero; él ha visto la tierra que Dios le depara, ha visto los hombres que la habitan, los hombres que le están destinados.

Pero ¿dónde está esa tierra? ¿Dónde esos hombres?

Es preciso encontrarlos, y Don Bosco se lanza en su busca; su pensamiento comienza a recorrer los matorrales de la tierra.

Piensa primeramente que su región soñada debe ser la Etiopia. Interroga, recoge datos... Nó, no ve allí su ensueño; aquellos hombres negros no son sus hombres; no es su desierto aquel desierto abrasado. ¿Será Hong-Kong, la isla de la China? Don Bosco detuvo en ella su pensamiento por algún tiempo; pero pasó; tampoco aquello coincidía con lo que vió en sueños; ni los hombres amarillos ni las cosas. He aquí que se ofrece a su vista el continente oceánico: es la Australia. Don Bosco cree haber dado con la realidad de su ensueño. Y tan llega a creerlo, que encarga a dos de sus hijos que se consagren sin dilación al estudio de la lengua inglesa. Pero muy pronto su ilusión se desvanece; el rastro se pierde por ese lado, y la Australia es reemplazada por Mongolor, la isla de la India. Hubo un

momento en que no se veía en manos de Don Bosco otra cosa que mapas de la India cristiana, libros e informaciones sobre la región asiática.

Estaba en esa tarea, cuando llegó a sus manos una carta de América, de la República Argentina, en que se le invitaba a mandar allí sus hijos.

¡América! ¡La República Argentina!

¿Y si fuera esa tierra la tierra de su ensueño?

Su pensamiento acude al nuevo rastro. Busca libros, estudia, y una impresión solemnísima se apodera de su alma. En aquellos libros ve reproducido gráficamente su ensueño; aquellas llanuras sin límites, aquellos hombres cobrizos, huraños, de pómulos salientes, de cabellos y ojos negros, son sus llanuras, son sus hombres. Eran los patagones. No queda en el alma del apóstol ni el más mínimo resquicio de duda. Cree firmemente, y esa fe triunfará. Ha triunfado, señores: las misiones salesianas, que hoy agrupan millares de indios, desde el Ecuador hasta Patagonia, en torno a los hijos de Don Bosco, no son otra cosa que los ensueños de éste que se han posado en América. No me pidáis datos estadísticos sobre ellas, señores; ni los números ni las informaciones minuciosas pueden caber en los límites de esta conferencia de índole puramente sugestiva. Baste recordar que la enorme sinfonía que oyó Don Bosco resuena en estos

momentos en muchos desiertos. Las multitudes salvajes cantan en torno de los salesianos: multitudes de niños, de mujeres, de hombres evangelizados.

¿Hay alguno de entre vosotros que sólo oye en mis palabras algo así como un cuento fantasmagórico, o la narración de un caso patológico de perturbación mental?

Podéis creerlo así todos vosotros, señores; podéis creerlo sin desacato. Debo haceros saber con sinceridad que estaréis en buena compañía, cuando menos, pues así lo creyó el virtuoso cardenal Barnabó, cuando Don Bosco le hizo la narración que acabo de haceros, y aun cuando el pontífice reinante le ordenó emitir un dictamen sobre los propósitos del nuevo misionero. Es una fantasía, dijo el ilustre purpurado; no hay tales pueblos desconocidos en la América del Sur. Son utopías... ideas de mente enferma.

Sí, señores; todo esto no es dogmático, no es artículo de fe ni mucho menos; podéis dejar de creerlo. Pero si los que dudan tienen buena buena compañía, nosotros, los que creemos en la realidad de ciertos ensueños, la tenemos mucho mejor. Pío IX, el gran Pío IX, creyó con nosotros, a pesar del dictamen adverso del cardenal Barnabó; creyó en el sueño de la noche de Don

Bosco. Y, sin vacilar, dió su aprobación al pensamiento, otorgó el permiso necesario, armó a Don Bosco caballero del Evangelio, y le dió en propiedad las almas de los indios americanos que se le aparecieron en sueños.

¿En propiedad?

Sí, señores: es na concesión de almas. Puede discutirse, podemos discutirlo aun los católicos, el carácter en que el pontífice Martín V acordó en el siglo XV a los portugueses los países que descubrieran más allá del Cabo Bogador; el de Nicolás V y Sixto IV, al conceder al mismo pueblo la soberanía de la Guinea, en 1452 y 54; el de Alejandro VI, al trazar con su báculo, en su famosa bula de 1493, la línea divisoria entre los dominios españoles y portugueses en nuestra América. Yo mismo os he indicado ese problema al pricipio de esta conferencia; yo mismo disiento de los que, con Perin, el eminente autor del "Orden Internacional", atribuyen esa facultad al Vicario de Jesucristo, como inherente a su misión divina. Pero si es inaceptable la facultad, con origen divino, de Alejandro VI, para atribuir la jurisdicción temporal a los descubridores de tierra americana, es indiscutible la de Pío IX para señalar su jurisdicción espiritual a los descubridores y conquistadores de almas. Eso sí que es de origen divino, señores; eso sí

que se basa en las palabras más poderosas y permanentes que los cielos y la tierra: *Id y enseñad a todas las gentes.*

Don Bosco, se sintió, desde aquel momento, dueño de aquellas almas; las amó como cosa propia; vió aquellas regiones, su presente, su porvenir, con una intensided asombrosa, guiado por el espíritu de sus ensueños. Se dijera que había recorrido a pie toda la América Meridional. En la conferencia geográfica que dió en Lyon, en 1883, tuvo suspenso durante hora y media a su numeroso y escogido auditorio, hablando de la geología, de la etnología, de las minas, de la orografía, de la hidrografía, de la fauna y de la flora de nuestras regiones, con una precisión de explorador científico.

Con ese título, señores, Don Bosco lanzó a su ejército a la conquista de su concesión de almas, y le dió el santo y seña inmortal: *Da mihi animas, cætera tolle. Dadme las almas, y quedaos con todo lo demás.*

Es la conquista, el imperialismo, señores; pero no el imperialismo moderno reglamentado en el Congreso de Berlín: es el famélico imperialismo del celo por la gloria de Dios, famélico, sí, señores, no rectifico mi palabra; con hambre de almas, con hambre y sed de justicia y caridad.

Ultimamente, señores, un gran estadista de In-

glaterra, el pueblo protestante conquistador, establecía la siguiente fórmula del procedimiento tendente a realizar su expansión en el mundo: primeramente se envía al misionero bien rentado; después el cónsul; después el general. Comparad esa fórmula, señores, con la fórmula de Don Bosco, que envía el misionero, y después el misionero, y siempre el misionero. Las dos interpretan fielmente los dos imperialismos modernos: dadme tierras, dadme súbditos, dadme nuevos mercados para mis productos, dice la una; dadme almas, dadme esas almas que son mis hijas, las hijas de mis ensueños, dice la otra.

No ha faltado, sin embargo, señores, quien haya dicho y repetido en nuestro país, en circunstancia solemne: ¿a qué hablarnos de misiones, si ya no hay indios entre nosotros?

¡Entre nosotros! No los hay, efectivamente, señores, al menos con sus atributos exteriores, en la Plaza de la Victoria de Buenos Aires, o en la de la Independencia de Montevideo; no parecía tampoco que los hubiera, capaces de redención al menos, y dignos de otra cosa que de la descarga de Máuser del soldado, aun en las apartadas regiones de los territorios argentinos, antes de establecerse las misiones; pero han penetrado en los matorrales esos... ¿me permitiréis la ex-

presión? han penetrado en los matorrales esos lebreles de almas amaestrados por el espíritu de Don Bosco, y las almas aladas y huérfanas han brotado en bandadas innúmeras de las malezas. Era preciso optar entre exterminar esos hombres o reducirlos por el misionero. No hay término medio, señores. Y allá están agrupados, desde las soledades del Ecuador hasta las espesuras de Mattogrosso; desde los bosques del Paraguay hasta nuestras pampas y desiertos patagónicos: son hombres arrancados acaso al exterminio e incorporados a la vida por el misionero; son como creaciones de la caridad, señores; sin ella, esos hombres hubieran muerto, esas almas hubieran sido acaso desterradas para siempre del cielo y de la tierra. Yo bien sé, señores, que hay quienes, proclamando esa ley de selección o evolución en la escala de la vida animal de que antes he hablado, hubieran mirado con indiferencia cuando menos el exterminio de esos hombres; pero ese criterio, que convierte al que lo adopta en el verdadero salvaje, no merece el examen de las almas honradas; sólo sirve para demostrar hasta dónde puede conducir al hombre la ausencia del espíritu cristiano.

Y por otra parte, señores: ¿acaso termina el indio allí donde no existe el hombre que come carne cruda?

He aquí, señores, otro aspecto que nos ofrece este fecundo tema; un interesante estudio de psicología social se ofrece a nuestra consideración.

Os he hablado de la conquista española; os he recordado el habitante primitivo de estas regiones, y he indicado los vínculos jurídicos que lo ligan con nosotros.

Pero pasó la época de la conquista; pasó la del coloniaje español. Nos emancipamos de la metrópoli, y reclamamos nuestra herencia; nos hicimos dueños de esta tierra, y formamos en ella nuestra patria independiente y democrática.

¿Cambió por el eso el problema? ¿La transformación política produjo acaso una transformación sociológica?

Todo lo contrario, señores. Para formar la patria tuvimos que recurrir al pueblo, a la gran masa, sin distinción de razas, con todos sus vicios y sus virtudes. Esa gran masa respondió al llamado de la libertad, tal como era. Desde los batallones de negros de San Martín; desde las indiadas semisalvajes de las caudillos interiores, hasta los hijos de los hidalgos españoles, todos lucharon por la patria, todos sintieron el amor más o menos instintivo de la bandera, escalaron las cumbres, recorrieron las llanuras en sus potros sin domar, hicieron la nación independien-

te, con su carácter propio, con sus profundos sedimentos de influencias étnicas, sobre los cuales se han depositado los enormes aluviones de las inmigraciones europeas.

Es sobre esa patria, sobre toda ella, y no sobre la que nos fingen los ideólogos, sobre la que es preciso trabajar para perfeccionar el organismo nacional, señores. Veamos, pues, su verdadera estructura. Hoy se estudia nuestra psicología social, y se busca en razones étnicas o antropológicas las causas de nuestros males políticos y sociales. Un escritor ha dicho, después de estudiar la composición étnica del puebo argentino, que "el rasgo capitalísimo común a negros, a mestizos y a mulatos, a los que atribuye gran influencia en la idiosincrasia nacional, es la falta de un sentido moral cristiano. Este sentido moral, agrega, este imperativo categórico de nuestra conciencia es una aptitud que los europeos heredan de veinte siglos de ascendientes cristianos y que no es posible improvisar en conciencias mestizas".

Oh, señores, todo eso, y todo lo que con tales consideraciones se relaciona, llama más la atención por el brillante cascabeleo de su tecnicismo científico que por su verdad intrínseca. Yo no niego la influencia del organismo sobre las operaciones del alma; tampoco pongo en duda la de

la herencia, la de las predisposiciones atávicas, la de todo cuanto constituye la biología psicológica moderna, sobre las acciones de los hombres y los destinos de los pueblos. Eso no es nuevo; bien sabemos que la unión del alma con el cuerpo es una unión *sustancial;* que el hombre es un espíritu servido por órganos; y nadie ignora que el dogma del pecado original, la herencia morbosa moral de la humanidad, es el dogma fundamental de la doctrina cristiana. Pero nada de eso puede hacer desaparecer la libertad humana, el libre albedrío, la conciencia, la imputabilidad de los actos a la persona que los realiza, la influencia decisiva de la educación y del espíritu cristiano sobre el hombre; la influencia de la gracia de Dios sobre todo, la misteriosa influencia de lo sobrenatural en la humana naturaleza perturbada por la culpa. Para el cristianismo no hay diferencias de razas, no hay estigmas somáticos ni psíquicos que diferencien sustancialmente los hombres. Cristo redimió a todos por igual; para todos predicó el mismo Evangelio de caridad; por todos murió en la cruz. Todos fueron bárbaros, antes de Cristo; todos han sido y serán civilizados por Cristo, por su ley de gracia, por su ley de amor.

El problema, pues, señores, no es etnológico, no es antropológico solamente; es casi exclusi-

vamente sociológico. Es que en nuestras tierras ha continuado y continúa en muchas partes el desierto, aun en las regiones habitadas por hombres de las razas superiores; es que en nuestro país casi despoblado, donde se cuentan tres o cuatro seres humanos en el mismo espacio en que se cuentan 110 en Italia, 130 en Inglaterra, 225 en Bélgica, existen multitudes que, aunque incorporadas a la vida natural del organismo social, y decoradas con el nombre de miembros de la soberanía nacional, no pueden considerarse aún incorporadas a la civilización cristiana; no viven la vida sobrenatural; son multitudes que, como el indio primitivo, no han oído pronunciar el nombre de Dios, ni el de Jesucristo Redentor de la humanidad; hombres que no han oído hablar de deberes morales, de vínculos sagrados de familia, de mansedumbre y de perdón, de sanciones da ultratumba, de destinos superiores. Y el hombre en esta situación, señores, es salvaje cualquiera que sea su raza; no hay rasgo antropológico, no hay imperativo categórico de la conciencia que subsane la ausencia del Evangelio, y el ascendiente milagroso que ejerce sobre el hombre la palabra de eterna caridad que redimió al mundo de la barbarie antigua. El bárbaro de raza caucásica es y será tan bárbaro como el aborigen americano primitivo, como el

mestizo, como el cafre o el hotentote; y el indio y el hotentote, por el contrario, pueden hacerse santos, con solo amar a Cristo y observar sus mandamientos.

Si hay algo indiscutible, señores, es que la civilización moderna es inseparable del cristianismo. Basta abrir los ojos, para que penetre hasta el fondo del espíritu más prevenido ese postulado histórico; los límites de la civilización están determinados en el mundo por la difusión del Evangelio. Ahí está la Turquía mahometana, al lado de la Europa cristiana; ahí están las antiguas regiones cristianas de Africa, vueltas a la barbarie en cuanto el cristianismo las abandonó; aquí está nuestra América: la noche primitiva continúa entre nosotros, allí donde no ha penetrado el sol de la palabra de Cristo que pronuncia el misionero. El fenómeno es constante e idéntico, señores, se repite en todos los climas, entre todas las razas, cualesquiera que sean las predisposiciones del hombre.

¡Y hay, sin embargo, quienes combaten el cristianismo en el seno de los pueblos civilizados!

¡Y hay quienes hostilizan al misionero en su conquista de almas para la civilización!

Esos hombres que se dicen no cristianos en plena civilización no se dan cuenta de que no ven su propio cristianismo, por la misma causa que les impide ver sus propias pestañas: por tenerlas demasiado cerca de los ojos; no ven que ellos mismos están compenetrados del espíritu cristiano, que están sumergidos en él como en el aire que respiran; que todo lo bueno que piensan y sienten y ejecutan no es otra cosa que el reflejo inconsciente de esa atmósfera en que viven. Ese hombre que alza su copa en el banquete de la civilización americana, señores, para execrar el cristianismo, no se da cuenta de que, sin el cristianismo difundido por el misionero, esa copa que levanta estaría llena de sangre de yegua salvaje, ni de que los pensamientos que brotan en su cerebro serían los pensamientos del pampa, del puelche, del querandí o del charrúa.

El cristianismo es como el árbol del sándalo, del que se ha dicho que perfuma el hacha que lo hiere. ¿Recordáis la leyenda alemana? Quiero que me traigas el corazón de tu madre, dijo la hermosa mujer perversa a su joven amante calcinado por la pasión. Yo quiero el corazón de tu madre. Y el joven fué; y abrió con el puñal cincelado el pecho de su madre; y le arrancó el corazón. Y volvió con él a su amada; y el corazón goteaba sangre. Y el joven corría con los

cabellos erizados; veía sólo los ojos de su amada que brillaban siniestros frente a él; no veía el camino. Y tropezó, y cayó.

Y del corazón que llevaba en la mano, goteando sangre, salió entonces un grito dolorido y anhelante. Y salió de él una voz que decía llena de sobresalto, de angustia y de ternura: ¿te has hecho daño, hijo mío?

¡Oh, la Iglesia de Cristo perseguida, señores, la Iglesia lastimada en plena civilización cristiana!

Las naciones modernas le arrancan el corazón muchas veces, para obsequiar con él a la amada infernal de ojos siniestros, de carne envenenada, de abrazo mortal; y es de ese corazón de donde brotan los más intensos y dolorosos quejidos por los dolores que sufre la sociedad apóstata perturbada; es en ese foco de amor materno inextinguible en donde se esconden las más negras congojas ante la gran caída que amenaza a las modernas sociedades; es la Iglesia la que pugna sin descanso por la paz internacional, difundiendo el principio de justicia; la que busca la paz social saliendo a la defensa de los débiles oprimidos; es ella la que procura conjurar la tempestad que se acerca, y es a ella a la que se volverán, por fin, en busca de refugio, las sociedades atribuladas después del inevitable desastre.

Es ella la que os envía a vosotros a nuestra América, oh misioneros salesianos, a fin de que cumpláis por nosotros el deber que contrajimos para con el indio primitivo que nos cedió su tierra; el que nos vincula a la masa de nuestro pueblo que nos dió su sangre; el que tenemos para con la democracia que formamos.

Vosotros, que os envolvéis en la humildad de esa sotana salesiana, que es la sobreveste que cubre vuestra resplandeciente armadura de conquistadores de almas abandonadas, vosotros nos llamáis cooperadores, y nos pedís auxilio para vuestra obra, cual si reclamarais un favor. Y sois vosotros, sin embargo, los que venís, enviados del cielo, a cooperar a la obra nuestra fundamental; al cumplimiento de nuestro deber, o más bien, a cumplirlo por nosotros. Somos, pues, nosotros, los que tanto blasonamos en América de hijos predilectos de la democracia, los que debemos inclinarnos ante vosotros que asistís a nuestra madre.

Y sin embargo, besáis, como si fuerais mendigos, la moneda que ponemos en vuestras manos para esa madre democracia; y sin embargo, nos hacéis creer que sois los servidos, cuando sois los abnegados servidores; y nos dejáis, sin embargo, proclamar en las ciudades nuestro amor y nuestra sumisión a la soberanía de los pueblos,

mientras sois vosotros los que allá, en la soledad de los campos, de los desiertos, de los aduares, os inclináis ante el pueblo desheredado y casi abandonado, ante ese mismo a quien nosotros llamamos soberano, y que sólo recibe inmediatamente, sin embargo, los santos homenajes de vuestro amor y de vuestro sacrificio.

Es este, señores, el momento de las grandes gratitudes nacionales, de las gratitudes americanas hacia el tipo del misionero, desde el franciscano que bautizó el primer indio, desde el jesuíta que implantó la primera reducción, hasta el salesiano que, suscitado expresamente para las exigencias de los tiempos modernos, es la última palabra del verbo de caridad, y, realizando los ensueños de Don Bosco, toma posesión en nombre nuestro, y para nosotros, de esas almas *res nullius*.

No es sólo, por consiguiente, la voz de la fe, señores, la que se levanta en mis palabras como un incienso que arde, al elevar esta protesta de gratitud hacia el misionero salesiano; es la voz de la democracia, la de la civilización; es el eco de aquella enorme sinfonía que oyó don Bosco en su ensueño memorable y fecundo; el de aquel canto litúrgico de la inmensidad, que, fundiendo

en un solo acorde las esperanzas del misionero y las del salvaje, hizo descender el cielo hasta el desierto americano, y levantó el desierto a la visión esplendente de los cielos estrellados.

CÁRCEL DE MUJERES

Discurso pronunciado, en la inauguración de la Cárcel de mujeres de Montevideo, el 14 de Enero de 1899.

SUMARIO: El deber social. — Las penas y su ejecución. — El derecho penal y el derecho natural. — El origen del derecho de castigar. — La misión de las cárceles. — La construcción de la Cárcel de mujeres. — Las hermanas del "Buen Pastor". — Caridad. — La criminología moderna. — La ciencia y su esfera de acción. — La enfermedad de la delincuencia. — El delito y el pecado. — Misericordia.

Señoras;

Señores:

He recibido ayer, de la comisión de Damas que ha dado cima a la construcción de esta cárcel de mujeres, el encargo de pronunciar ahora en su nombre algunas palabras, que sean algo así como la tradición ficta de esta obra, su entrega a la sociedad con cuyo concurso se ha realizado.

Si es deber del orador, según dicen, el procurar colocarse a la altura de su auditorio, ¿cómo llenar ese deber para con vosotras, señoras, que

venís a ser auditorio y orador en este momento, pues debéis escucharme y hablar en mí al mismo tiempo? ¿Cómo dar forma, no sólo a lo que vosotras quisierais escuchar, sino a lo que quisierais decir y diríais en mi voz? ¿Cómo expresarlo, si no tengo la sensibilidad de vuestras almas, para poder arraigar en ellas mis palabras, y hacerlas florecer con el amable perfume que tendrían si fueran vuestras?

Yo espero, sin embargo, que vuestra bondad hará que no os desconozcáis por completo al escuchar a vuestro intérprete.

¿No estamos acaso en un acto de caridad?

Señores:

En nombre de la comisión de Damas, pongo en vuestras manos, entrego a nuestra sociedad esta su propia obra, que, aunque modesta materialmente, puede llamarse obra grande.

Si bien lo examináis, esta cárcel de mujeres representa, sin duda alguna, un nuevo gran paso que damos en el sentido de nuestra definitiva organización de pueblo culto y cristiano; hoy que la tenemos, nos parece imposible, ¿no es verdad, señores? nos parece imposible que no la hayamos tenido hasta hoy.

Muchos esfuerzos y muchos sacrificios ha impuesto su adquisición; por largo tiempo, el anhe-

lo de poseerla ha permanecido *in pectore,* como una espina clavada en la conciencia nacional, que sentía de vez en cuando, para olvidarla en seguida, la desazón que esas espinas producen; pero al fin la cárcel está aquí, gracias a Dios; al fin, señores, nuestro gran deber de conciencia está cumplido.

He dicho el gran deber, y debo desarrollar esa idea.

Según un tratadista ilustre, señores, la teoría de la ejecución de las penas se ha formado fuera de la ciencia del derecho penal; ésta, una vez pronunciada la sentencia, abandona al reo dentro de los muros de la cárcel, para hacerle sufrir su castigo. Pero si eso fuera cierto, señores, en cuanto al derecho penal, no lo es ni puede serlo en cuanto al derecho natural, que jamás abandona al hombre, así sea el más odioso de los criminales. Sí, señores; hay un derecho tutelar que sigue al criminal más allá de los muros de su encierro. Ese derecho, y el deber correlativo que reside en la sociedad, son los que han construído esta prisión.

El estado, la autoridad, tiene el derecho, o, más bien dicho, el penoso deber de castigar. El origen moral de esa facultad jurídica ha sido, como sabéis, muy estudiado y discutido; lo es todavía, y lo será hasta lo infinito.

La ciencia, se ha dicho, comienza por el asombro, y termina por el asombro. ¡Oh, el enigma de las causas!

No he de desarrollar en este momento ese debatido problema; pero yo creo que, al través de todas las teorías y disputas, se percibe clara y distintamente, como base de aquel derecho, un principio de justicia absoluta, una ley innata, escrita en la trama misteriosa de la naturaleza humana, que hace aparecer indisolublemente unidas en nuestra conciencia, como el cuerpo y su sombra, la idea de crimen y la idea de castigo. Las injusticias y las violencias de la tierra claman a Dios, llaman a la justicia amada y fuerte, señores, como los niños lloran llamando a su madre, y la llaman a gritos cuando se les hace sufrir.

La conservación o la defensa de la sociedad agredida por el crimen; el propósito de prevenir la comisión de nuevos delitos; la intimidación, la mejora del delincuente, y tanto más de que hablan los libros clásicos de ciencia, todo eso es o puede ser, no lo pongo en duda, efecto de la pena; pero no es su razón de ser moral, no es su causa primera. Esta no puede encontrarse sino en el orden, en la armonía, en esas armonías que, viniendo desde muy lejos, se difunden en la soledad de la conciencia humana, subiendo hasta ella desde los venerables silencios de una miste-

riosa subconciencia, como se propagan en los espacios las armonías de los orbes regulando su marcha, como se difunde por los organismos el ritmo de las moléculas determinando y sosteniendo y reproduciendo la vida, como se inoculan entre las almas, constituyendo la felicidad humana, las eternas armonías del amor. Y todo eso, señores, no es otra cosa que el espíritu del Creador que alienta en las criaturas; la voluntad del divino artífice que permanece en sus obras, y hace sonar, en la propia esencia de los seres, la nota que les corresponde para no desentonar en el acorde universal de lo creado. La ciencia no puede ser otra cosa, señores, que la investigación de esa voluntad; descubrirla, es la verdad; seguirla, es el bien. Os estoy hablando, señores, en lengua filosófica cristiana; bien sabéis vosotros que es mi lengua materna.

Si hubiera, entre los que me hacen el honor de escucharme, alguno que hablara otra lengua, acaso le fuera fácil traducir a ella mis palabras; con sustituir el santo nombre de Dios Creador por uno de los vocablos ideados para no pronunciar ese nombre, mi raciocinio estaría traducido; pero confesemos, que muy poco ganaría en la traducción.

Sí, señores: es justo, es necesario, es conve-

niente que la autoridad castigue los delitos; eso es lo que nos dice nuestro sentido íntimo, y no es menester que consultemos otro consejero: no lo hay mejor ni más sabio.

Pero lleguemos por fin al objeto de este mi raciocinio, señores: cuando la autoridad pública, ejerciendo aquel derecho, condena al hombre, en castigo de su culpa, a perder sus bienes o su libertad, no por eso le extingue su personalidad inalienable, ni los derechos que en ella radican: el derecho al amor de sus semejantes, a la vida, al honor, a la rehabilitación, a la conquista de una nueva fortuna moral o material, una vez que haya saldado su deuda con la sociedad. El antropófago, señores, se come al vencido; el salvaje lo mata; más adelante se le utiliza, haciéndolo esclavo o haciéndole pagar su rescate. Hoy, después que habló Cristo, se le impide hacer mal como enemigo, pero se le respeta, y aun se le ama como hombre.

Por eso, señores, si se condena al criminal, que es también un vencido, a la pérdida de la libertad, sólo libertad debe arrancársele; no vida, haciendo la cárcel un tormento que la acorte; no dignidad, haciendo del presidio un muladar que la infecte y la mutile o aniquile para siempre.

Nuestro país, señores, esperó durante largos años, después de constituído en estado independiente, la construcción de una cárcel penitenciaria que hiciera prácticos esos principios elementales del derecho cristiano. La obra se llevó, por fin, a término: una buena cárcel fué construída en Montevideo con arreglo a los dictados de la ciencia, y en ella se han procurado aplicar, y se aplican hoy en lo posible, los más adelantados sistemas penitenciarios.

Pero la obra no había quedado terminada con eso. Fué la Comisión de Damas la que lo advirtió, al ejercer la obra de misericordia de visitar los encarcelados; ella vió que una parte de los desgraciados que en la cárcel purgaban sus delitos no había sido atendida con arreglo a los principios de la ciencia del corazón: la caridad. Y esa parte era acaso la más digna de atención: era la mujer, que también tiene derechos, ¿no es verdad, señores? era la pobre mujer caída, que también clama al cielo por su regeneración, aun desde el fondo del delito y de la culpa.

No era posible, por razones que caen de su peso, responder a ese justo clamor, sin la construcción de una cárcel especial, distinta y separada de la del hombre delincuente, destinada a la mujer culpable. La Comisión de Damas se puso a la obra con el apremio de la caridad; era

preciso no perder un momento, no someterse a las interminables esperas de las obras públicas. Recurrió, pues, no sólo al Estado, sino al concurso popular; golpeó todas las puertas y todos los corazones; colocó la primera piedra del edificio, y sólo se ha sentado a descansar sobre la última, que ahora me ofrece como tribuna para deciros, señores, en su nombre, que nuestro deber social está, por fin, cumplido también en esa parte. Aquí está, dicen las damas que me han diputado ante vosotros, aquí está esta modesta cárcel de mujeres, que, confiada a la dirección de la benemérita congregación del *Buen Pastor,* tan acreedora por tantos títulos a la gratitud de nuestro país, es un modelo de organización interna. Ved esas mujeres que están ahí encarecladas: son delincuentes; pero son personas en la plenitud de los derechos inherentes a la persona humana; deben a la sociedad una parte de su libertad; pero nada más que eso; si algo más les arrebatara la sociedad, ésta, más aún que ellas, sería la delincuente.

¿Y a quién hubiera podido confiarse la aplicación de esos principios que nos son comunes en el régimen interno de esta prisión, señores, a quién hubiera podido confiarse mejor que a esas mujeres a quienes las penadas llamarán

hermanas, y que se llaman a sí mismas hijas o hermanas de la Caridad?

¡Caridad! ¡La palabra misteriosa, la inmensa palabra, la eterna palabra! Ella permanece inmutable, inquebrantable al través de las variaciones de escuelas y de doctrinas; ella es y será la sola creadora, la sola conservadora de todo cuanto existe.

Yo bien sé, señores, que la ciencia del derecho criminal atraviesa en estos momentos por una crisis que tiende a destronar, a olvidar desdeñosamente cuando menos, esas palabras eternas, esas grandes ideas madres que palpitan como corazones en el cerebro humano, y han sido y son la norma de conducta de la humanidad. La ciencia, procurando prescindir de la noción según la cual el hombre es un ser inteligente y libre, y está dotado de una alma substancial, originariamente libre y causa concurrente de sus actos, quiere ver en la persona humana un simple núcleo de energías que se modifica bajo el influjo de una fuerza exterior de esencia y de finalidad misteriosas. De ahí que las investigaciones científicas tiendan a concentrarse casi por completo, so pena de no ser consideradas tales, al estudio del organismo humano, al de sus funciones, a la estadística, a la antropología criminal, al de las causas físicas y sociales que pueden determinar la criminalidad,

al descubrimiento de ciertos supuestos morbosismos congénitos determinantes imperiosos del delito, al estudio de la herencia, del temperamento, del clima, de la alimentación, del medio social.

Líbreme Dios, señores, de mirar sin respetuosa admiración la actividad científica moderna, que a todos nos arrastra en su anhelo de verdades experimentales inauditas. Sigamos hacia adelante con nuestros métodos perfeccionados; reproduzcamos artificialmente los fenómenos físicos, y aun los psíquicos de introspección, para interrogarlos, y confrontarlos, y forzarlos a revelarnos su ley; arranquemos al organismo humano la ley de sus funciones más recónditas, la de sus relaciones más íntimas con las operaciones de ese yo permanente que habita nuestra carne sin ser carne, y cuya actividad precede a la manifestación del ser sensible, mantiene su unidad al través de las modificaciones, y dirige su evolución según el tipo que debe realizarse; arranquemos a la célula el secreto de su misteriosa vibración, y el de su afinación intrínseca con la universal armonía; pero confesemos, señores, que las conclusiones de la ciencia experimental en esas materias son instables, son frágiles y variables; las hipótesis, esos inspirados poemas de la ciencia, que es también poesía, se suceden sin cesar, se rectifican, se devoran las unas a las otras; los sabios se contradi-

cen, o nos ofrecen sólo verdades provisorias, que serán a no confirmadas por las investigaciones futuras.

Y mientras los sabios se ponen de acuerdo, señores, el tiempo pasa y pasa indefinidamente. Y la humanidad no puede sentarse a esperar, para saber a qué atenerse en materia de conducta; no puede sentarse a esperar el término, que no existe, de la investigación científica. Todo el bien que pudiera hacer la ciencia experimental no sería comparable, por consiguiente, al mal que produciría, si ella, para vivir, tuviera que matar o debilitar esas verdades permanentes, esas palabras eternas a que antes me he referido, y que no son el simple resultado de los raciocinios o de las vacilantes experiencias del hombre.

Recuerdo en este momento, señores, una profunda observación de Taine en su estudio sobre la literatura inglesa. "Un inglés que entra en la vida, dice el ilustre pensador, encuentra respuestas hechas sobre todas las grandes cuestiones; un francés que entra en la vida, no encuentra sobre todas las grandes cuestiones, sino dudas propuestas. Le es necesario, en este conflicto de opiniones, hacerse la fe por sí mismo, y, no pudiendo hacer tal en la mayoría de los casos, su espíritu queda abierto a todas las incertidum-

bres, expuesto a todas las curiosidades, presa de todas las angustias".

La ciencia es y no puede menos de ser benéfica, señores, en todas sus aplicaciones, incluso las que se refieren al derecho criminal, al tratamiento de los delincuentes, al régimen de las prisiones; pero es a condición de que no pretenda apagar, ni siquiera nublar a los ojos del hombre, la luz del sol que brilla en el cielo, a título de que ya existe, para sustituirla con ventaja, la lamparilla eléctrica encendida por el sabio en su mesa de labor; es a condición de que no intente desalojar con sus hipótesis y sus experiencias las grandes verdades evangélicas que son la base de la sociedad cristiana; es a condición de que el ministro de la ciencia no se considere incompatible con el ministro de la caridad.

Hoy se sostiene, señores, que el criminal es un enfermo. Yo, por mi parte, aun dentro de mi criterio cristiano, puedo asentir sin violencia a tal proposición, sin por eso, confundir en absoluto la ciencia penal con la ciencia antropológica. Sí: hay mérito en ser bueno, porque se ha nacido malo; sí, señores, el hombre es un enfermo, el criminal es un enfermo. Y precisamente por eso, es la caridad la que ante todo debe presidir nuestro criterio al penetrar en estas cárceles, y es la

hermana de caridad la que debe ser el agente de la sociedad cristiana en su régimen interno.

Es verdad, señores, que la ciencia del derecho penal no confunde ni puede confundir el delito con el pecado; pero si eso acontece en el orden jurídico, no acontece otro tanto en el orden moral, en lo relativo al sentimiento que el criminal debe inspirarnos; si eso acontece en las relaciones del hombre con la sociedad, no sucede lo mismo en sus relaciones con sus semejantes ante el tribunal de Dios. ¡Cuántos de los penados de esta cárcel, señores, no serán menos culpables que yo a los ojos de Dios que mira los corazones! ¡Cuántos no se presentarán menos confundidos que yo, el día en que, según la expresión de Kempis, aparecerá el Maestro de los Maestros, Cristo, el Señor de los ángeles, para oir la lección de todos, esto es, para examinar la conciencia de cada uno! Entonces, dice la ciencia del espíritu cristiano, registrará a Jerusalén con lámparas, y se pondrán de manifiesto los secretos de las tinieblas y enmudecerán los argumentos de las lenguas.

Así habla, señores, la ciencia del espíritu, que es también una ciencia; según ella, todos somos enfermos, todos tenemos necesidad de compasión; según ella, el delincuente jurídico debe hallar en nosotros, lo que nosotros, delincuentes mo-

rales, tenemos necesidad de encontrar en el Supremo Juez: caridad, misericordia.

Es ese el espíritu que nos garante en el interior de esta Cárcel que inauguramos la presencia en ella de esas mujeres vestidas de blanco a quienes las penadas llamarán hermanas, y que siguen las huellas del *Buen Pastor,* del que abandonó el rebaño para ir a buscar la oveja extraviada entre las malezas, y cargarla sobre los hombros para devolverla al aprisco.

¡Pobres mujeres culpables! Ahí quedarán, señores, dentro de los muros de esta Cárcel que les hemos construído para que paguen su deuda a la sociedad. No es posible que dejemos de experimentar, pues somos cristianos, un sentimiento de conmiseración y de pena al dejarlas en su prisión; pero es indudable que nuestra pena se atenúa, y casi se disipa por completo, al pensar que, al mismo tiempo que el castigo, les hemos dado todos los elementos de regeneración y de paz.

Y examinemos bien ese generoso movimiento de nuestro espíritu, señores: nuestro consuelo no se basa sólo en el hecho de poder decir "quedan en manos de la ciencia"; se funda sobre todo en el hecho de poder decir, al mirar esas hermanas que permanecen encarceladas con ellas, "quedan a la sombra de la Caridad".

INDICE

TOMO II

A TRABAJAR EN PAZ

Discurso pronunciado en la velada literaria que tuvo lugar en el Club Católico de Montevideo, el 4 de Octubre de 1888.

Sumario: Diputado católico. — Su carácter como representante del pueblo y su progama. — La confirmación social de sus poderes. — Ratificación de sus invariables declaraciones. — La frase programa del Presidente de la República: "A trabajar en paz por los intereses de la Patria". — Puesto y programa de los católicos en la ejecución de ese propósito. — El progreso material y el progreso moral. — No sólo de pan vive el hombre.—La riqueza.—El dinero.— La inmigración y el hombre de la tierra. — Lo que es la virtud del patriotismo. — El gaucho.— La única entidad que se acerca al pueblo para elevar su nivel moral. — La organización católica. — La parte que en ella corresponde a la mujer. — La revolución del Quebracho. — Ineficacia de las revoluciones para el mejoramiento moral del pueblo. — El único recurso eficaz ..... Pág. 7

A LOS AMIGOS

Discurso pronunciado en el banquete ofrecido al autor por sus amigos, en el salón del Club Católico al regresar de su misión diplomática en España y Francia. — 12 de Setiembre de 1896.

INDICE

Sumario: Contestando la bienvenida del prelado. — Agradeciendo a los amigos. — Yo creo, Señor; ayuda Tú mi incredulidad.—La obra literaria.— La labor diplomática. — Lo que es la fe. — El ciego de Jericó. — Los servicios a la causa católica. — Retribuyendo el abrazo de la amistad ..... Pág. 39

EL ARZOBISPO DE MONTEVIDEO

Discurso pronunciado en el banquete ofrecido al Excelentísimo y Reverendísimo señor Arzobispo de Montevideo, Monseñor Mariano Soler, a su regreso del Concilio Latino-Americano celebrado en Roma.

Sumario: Ofrecimiento. — Monseñor Soler, tercer obispo de Montevideo. — Las circunstancias de su elección.—El Arzobispado de Montevideo en el Concilio Latino-Americano. — Concepto de que goza Monseñor Soler en el Vaticano. — Monseñor Soler se debe a su patria. — Las actuales perturbaciones del mundo, y la parte de responsabilidad que corresponde a los católicos en ellas. — La voz de León XIII. — El significado de las manifestaciones populares a Monseñor Soler. — El bridis filial ..... *Pág.* 51

UNION CATOLICA DEL URUGUAY

Discurso pronunciado en el tercer Congreso Católico Uruguayo, celebrado en Montevideo, el mes de Noviembre de 1900.

Sumario: — El tercer Congreso Católico Uruguayo.— Un lapso de siete años. — Causas. — La Unión Católica. — No se refiere a los artículos de la fe. — Tampoco a formas de gobierno o tradiciones políticas. — Objeto característico de la

INDICE

Unión Católica del Uruguay. — El partido católico del porvenir. — Cifras de su programa. Muertos, dormid; no es hora todavía. — El "leader" del futuro. — Clodoveo el sicambro. —Cristo vive, reina, impera. ..... Pág. 61

BODAS DE PLATA DEL CLUB CATOLICO

Discurso pronunciado en la velada celebrada en el Club Católico de Montevideo, para celebrar el XXV aniversario de su fundación.

Sumario: El Club, casa madre de todas las instituciones laicas de la república. — Su fundación por Monseñor Vera. — Situación del país en aquel entonces. — Sus jóvenes fundadores. — Horacio Tabares, primer presidente. — El doctor Soler.—El primer Arzobispo de Montevideo.— Obras que se han desprendido del Club. — "El Bien Público", los "Círculos de Obreros", la "Unión Católica del Uruguay". — Misión que se ha reservado el Club. — Paz y Alegría. — Los coros de niñas. — La poesía ..... Pág. 83

LAVALLEJA

Discurso pronunciado en la plaza de la ciudad de Minas, el 12 de Octubre de 1902, al inaugurarse la estatua ecuestre del General Juan Antonio Lavalleja, Jefe de los Treinta y Tres.

Sumario: El monumento de la Florida. — El héroe de la patria. — Ahí está. — El himno de los himnos: la aclamación popular. — Cómo nacen las patrias. — Artigas el mensajero. — La independencia del Uruguay, ley geológica, etnológica, geográfica y sociológica; ley superior a la voluntad de los hombres e irrevocable.—La leona herida. — Artigas se ha ido. — La espectativa de la patria abandonada. — El nuevo ungido. — Lavalleja. — En la Agraciada. —

INDICE

A pie. — Una página de Homero. — Cheveste volverá, y volverá con caballos. — Lavalleja a caballo. — El caballo de Lavalleja. — Artigas, Rivera y Lavalleja. — Los tres vértices .. Pág. 109

LEÓN XIII Y LA AMÉRICA LATINA

Conferencia dada en la velada que tuvo lugar el 30 de Junio de 1902 en honor de S. S. León XIII, en el Colegio Seminario de Montevideo.

Sumario: Cómo la misma Santidad de León XIII propuso ese tema al orador. — Recuerdo del gran pontífice. — León XIII es el pontífice suscitado por Dios para confirmar, en forma expresa, la independencia de la América Latina, cuyos estados son hijos de la democracia cristiana. — La perpetua reaparición de Cristo en la serie de los pontífices romanos. — La cuna de la dinastía sagrada.—Pedro el pescador y sus sucesores. — Tocando las cumbres. — El imperio romano; los bárbaros; fundación de las sociedades cristianas sobre la base de los bárbaros convertidos. — La nueva invasión. — La revolución de 1879. — Los bárbaros "sans culotte". — Un nuevo elemento. — El pueblo.— El origen del poder público. — La soberanía popular. — Una evolución natural precipitada por la revolución. — León XIII aplica a los bárbaros modernos el mismo procedimiento aplicado por la iglesia a los antiguos bárbaros. — El procedimiento de la Iglesia. — Pío VII y Napoleón. — Pío IX. — Las dinastías. — ¡"Allez au peuple!". — El nuevo soberano originario. — La América democrática y republicana. — La revolución americana no es hija de la revolución francesa. — Caracteres que las distinguen y diferencian. — El regalismo. — Opiniones de Avellaneda sobre el Congreso de Tucumán. — Teorías de Hegel, Goethe, Carlyle

y Taine. — Artigas como espíritu de la revolución americana. — La América al encuentro de Colón. — Sale al encuentro de León XIII ..... Pág. 129

CHILE - URUGUAY

Discurso pronunciado en el banquete ofrecido por la Comisión Popular uruguaya a la "Delegación Chilena en el Río de la Plata", que visitó a Montevideo en ocasión del afianzamiento de la paz entre Chile y la Argentina. — (3 *de Junio de* 1903). ..... Pág. 171

MONSEÑOR JACINTO VERA

Discurso pronunciado en el atrio de la Catedral de Montevideo, ante el cadáver del ilustrísimo y Reverendísimo señor don Jacinto Vera, primer obispo del Uruguay ..... Pág. 179

DON FRANCISCO BAUZÁ

Discurso pronunciado en el Cementerio de Montevideo, al inhumarse los despojos del señor don Francisco Bauzá, el 5 *de Diciembre de* 1899 ..... Pág. 185

DOÑA SOFÍA JACKSON DE BUXAREO

Discurso pronunciado el 4 *de Setiembre de* 1900, *al inhumarse, en el panteón de familia de la capilla de Jackson, en Larrañaga, los restos mortales de la señora doña Sofía Jackson de Buxareo* ..... Pág. 191

INDICE

PAZ A LOS HOMBRES

Discurso pronunciado en el palacio de gobierno de Montevideo, el 30 de Marzo de 1903, en el "meeting" iniciado por la Cámara de Comercio con motivo de la celebración de la paz.

Sumario: El espíritu de la multitud. — La guerra civil. — Sus verdaderas causas en el Uruguay. — La nueva solución. — Lo que significa la manifestación popular iniciada en la Cámara de Comercio. — El señor Batlle y Ordóñez y los trabajos de paz. — La gloria común. — La paz hija de paz ..... Pág. 199

OBRA DE PAZ

Discurso pronunciado, en el "Teatro Larrañaga" de la ciudad de Salto, en el banquete ofrecido por el pueblo al presidente de la república, don José Batlle y Ordóñez, el 1.º de Octubre de 1903.

Sumario: Las manifestaciones al presidente de la república. — Su significado. — El pueblo se aclama a sí mismo. — El principio de autoridad. — El acatamiento al fallo del sufragio. — La bandera y el abanderado. — El ciudadano Batlle y Ordóñez. — Sus títulos. — Los palmares de Soto. — La mujer en la obra de paz. — El brindis ..... Pág. 209

LAS MISIONES SALESIANAS

Conferencia dada el 14 de Noviembre de 1900, en la tercera sesión pública del Congreso de Cooperadores Salesianos celebrado en Buenos Aires.

Sumario: El derecho de conquista sobre los primitivos pobladores de América. — Las diferentes doc-

trinas a través del tiempo. — La doctrina verdadera. — La Conferencia de Berlín. — Las soberanías africanas. — Los indios no constituían una persona política capaz de soberanía, pero eran personas humanas, con la plenitud de los derechos de tales. — Las doctrinas de los teólogos españoles del siglo XVI. — Fray Bartolomé de las Casas e Isabel la reina. — El soldado y el misionero. — Las misiones jesuíticas del Paraguay. — Los misioneros salesianos. — Don Bosco. — Su semblanza. — Su vocación de misionero. — San Francisco de Asís y don Bosco. — El ensueño de don Bosco. — Su realización. — La concesión de almas. — El imperialismo salesiano. — La independencia de América. — La sociabilidad americana. — Su composición étnica. — El misionero en el pueblo. — La civilización es inseparable del cristianismo.—La democracia.— Una balada alemana. — Gratitud ..... Pág. 225

CÁRCEL DE MUJERES

Discurso pronunciado, en la inauguración de la Cárcel de mujeres de Montevideo, el 14 de enero de 1899.

Sumario: El deber social. — Las penas y su ejecución. — El derecho penal y el derecho natural.— El origen del derecho de castigar. — La misión de las cárceles. — La construcción de la cárcel de mujeres. — Las hermanas del "Buen Pastor". — Caridad. — La criminología moderna. — La ciencia y su esfera de acción. — La enfermedad de la delincuencia. — El delito y el pecado. — Misericordia. ..... Pág. 265

868.69 Z89 C7 V02

a39001 008208863b

86869
Z89
C7
V.2

30 de mayo de 1929.

Sr. Presidente del Banco de la República, Dr. Don Alejandro Gallinal.

Señor Presidente:

Tengo honor de acusar recibo de la honrosa nota en que me hace saber que el Banco de la República, tan dignamente presidido por Vd., ha resuelto, por el voto unánime y expresivo de su Directorio, realizar una edición de mis obras completas, en conmemoración del cincuentenario de **La Leyenda Patria**, y para discernir a su autor, antiguo colaborador, como Delegado del Gobierno en esa fecunda institución modelo, un honor tan señalado como lleno de carácter y de expresión benevolente.

Por más que lo considero muy superior a mis merecimientos, yo debo aceptar y acepto agradecido ese honor, y desempeñaré con placer el encargo que recibo de ordenar mis obras completas, secundando en un todo el propósito generoso del Banco.

Quiera Vd., señor Presidente, hacerse intérprete ante su Directorio, ante todos y cada uno de sus miembros, de la gratitud que, con su amable actitud, me han impuesto para siempre, y aceptar Vd., personalmente, las protestas de consideración afectuosa con que retribuyo cordialmente las suyas.

Juan Zorrilla de San Martín.

Imprenta Nacional Colorada